Talón de Aquiles

LOS MITOS GRIEGOS Y LA NIÑA DEL HOLOCAUSTO

Hélène Waysbord

ROSAMERÓN

Talón de Aquiles

LOS MITOS GRIEGOS Y LA NIÑA DEL HOLOCAUSTO

Hélène Waysbord

ROSAMERÓN

«¿Cómo
recomponer
una vida
rota?»

Talón de Aquiles

EDITORIAL
ROSAMERÓN

Talón de Aquiles

LOS MITOS GRIEGOS
Y LA NIÑA DEL HOLOCAUSTO

HÉLÈNE WAYSBORD

Traducción de Alberto Torrego

Derechos exclusivos de la presente edición en español

© 2022, editorial Rosamerón, sello de Utopías Literarias, S.L.

Talon d'Achille

Primera edición: octubre de 2022

© 2022, Société d'édition Les Belles Lettres

© 2022, Alberto Torrego, por la traducción

Imagen de cubierta © J. Mauricio Restrepo

Imagen interior: Caballo de Troya de una miniatura del Virgilio Vaticano, Henry René D'Allemagne, Histoire des jouets

ISBN (papel): 978-84-125630-0-9

SBN (ebook): 978-84-125630-1-6

Diseño de la colección y del interior: J. Mauricio Restrepo

Corrección de textos: Francesc Esparza

Selección de textos clásicos: Daniel Tubau

Compaginación: M. I. Maquetación, S. L.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución y transformación total o parcial de esta obra por cualquier medio

mecánico o electrónico, actual o futuro, sin contar con la autorización de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal).

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por tanto respaldar a su autora y a editorial Rosamerón. Te animamos a compartir tu opinión e impresiones en redes sociales; tus comentarios, estimado lector, dan sentido a nuestro trabajo y nos ayudan a implementar nuevas propuestas editoriales.

editorial@rosameron.com

www.rosameron.com

«Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es.»

JORGE LUIS BORGES

ARBEIT MACHT FREI

Nota del editor

En esta edición española de Tallon d'Achille, se ha incluido un apartado final con una antología de algunos pasajes de la Ilíada y la Odisea a los que se alude a lo largo de la obra. De esta manera queremos acercar al lector a estos textos clásicos una y otra vez reinterpretados, todavía tan poderosos y presentes en nuestra cultura, como demuestra la autora de este libro.

Todas las traducciones de la antología se han revisado y actualizado, obtenidas originariamente de las versiones de estas dos epopeyas de Luis Segalá y Estalella, publicadas por la editorial Montaner y Simón en 1927.

Prólogo

SI VUELVO LA MIRADA HACIA ESE PASADO ya lejano que es el mío, extrañamente, poco de él me queda. No veo ningún paisaje desplegarse ante mis ojos, más bien una suerte de mapa fragmentado, en el que asoman salientes, momentos aislados, matojos enmarañados.

¿Puede la escritura reconstruir, lograr que episodios que permanecen ocultos emerjan?

Según señala mi biografía, mi vida fue zarandeada, rota desde la más tierna infancia. Aspiro aquí a entender lo que fue la sucesión de dos existencias. Como si un anillo mágico hubiera puesto todo en mi contra, sin yo saberlo, una parte del mundo desapareció y me encontré en el otro hemisferio, la cabeza abajo, los pies en alto. Una ilusión. No se trata de recomponer los trozos, sino de imaginar la tenacidad del joven ser que seguía siendo y que sin embargo no era ya, aquel ser que había sobrevivido al seísmo. ¿De qué modo?

Y Aquiles y su talón, ¿qué pintan en esta historia? Son parte de mi aprendizaje escolar. A mi memoria acude el esfuerzo constante por dominar la lengua griega, con la dificultad que ya de entrada suponía leer un alfabeto distinto, a diferencia del latín, cuya solidez me fascinó de inmediato. Más tarde, para las oposiciones a cátedra, tuve que ejercitarme en la traducción improvisada de una página de Homero: la temible prueba del pequeño Homero, como la llamaban. Por desgracia, tras dejar de enseñarla, acabé perdiendo mi familiaridad con la lengua antigua, y siento la tristeza de lo que fue una deserción por mi parte. No obstante, aún hoy el vigor de esas historias sigue vivo en mí, más incluso que en aquella época de exámenes.

¿Es oportuna todavía la lectura de estos clásicos, ante los misterios y las indagaciones sin fin que las maravillas tecnológicas nos

proponen? En mi juventud no contábamos con nada parecido: unas pocas imágenes de anuncios que te transportaban a los trópicos, mientras el frío y la guerra hacían estragos. Destellos, un instante de embeleso. Pero, ¿de qué modo la vida interrumpida de la niña que era yo logró proseguir sin el hilo conductor del relato? Vivir y narrarse a sí mismo son una misma cosa, incluso cuando las palabras no se han grabado aún en nuestro interior.

Cuando revisité más de cerca aquellos años lejanos, percibí hasta qué punto se habían nutrido de fábulas mitológicas: fábulas que uno inventa a partir de arquetipos suspendidos en el entorno y, más tarde, de obras escritas. La Ilíada y la Odisea son una fuente pura e inagotable para todo lector que se aventura en ellas durante años, sin abandonarlas jamás, como hice yo.

En mi búsqueda del imaginario de la niña de aquel tiempo, seguí las veredas de los antiguos relatos. La Odisea de Homero, con su fascinante narración de un largo vagabundeo, se presta a ello. Leyéndola ahora a retazos, me emociona de forma muy distinta a cómo hacía entonces, y me extravío con deleite en el dédalo de mi propia historia y en los fascinantes rodeos del relato.

Cuando son tan pocos los recuerdos y no hay trazas claras que seguir, solo queda emprender la búsqueda. Pero, en una época en la que contaba aún con testigos que podían ayudarme en ello, no lo hice. ¿Fue casualidad o es que de inmediato elegí la ficción como modo de vida?

En la época de la guerra de Troya, la dilatada familiaridad entre dioses y hombres, su trato cotidiano, llegó a su fin. Quedaban los héroes, los protegidos de los dioses, a quienes estos, de forma fugaz, incierta a veces, se revelaban mediante indicios, su aspecto, su modo de moverse. Los dioses, en aquel mundo que acababan de abandonar, se convirtieron en privilegio de unos pocos.

Tras la caída de la ciudad que guardaba el estrecho de los Dardanelos, llena de oro y de héroes, una civilización entera se hundió: cuatro siglos, conocidos como “Tiempos oscuros”, sucederían a la edad de oro de Troya la grandiosa. La epopeya de Homero, hacia el 800 antes de nuestra era, recoge los fragmentos de una época ya desaparecida, ya para siempre inalcanzable.

Dos mediadores permanecen. Aquiles y Ulises permitirán interrogar al pasado a fin de esclarecer el presente. ¿Qué vínculo es posible establecer aún con las fuerzas sobrenaturales? La nostalgia de los héroes manifiesta la voluntad humana de proseguir, mal que bien, su historia. Cuando los dioses se han retirado a un exilio definitivo, ¿cómo hacemos para escucharlos? El gran Pan ha muerto. Los héroes homéricos son los únicos que participan aún de los dos mundos: el cercano y el del más allá.

Dos mundos, ¿qué niña se halló tan entre dos mundos como la del otoño de 1942? Desgajada en un instante de todo cuanto había sido su vida. Sus padres se hallaban de viaje, dioses en un exilio definitivo. Un rapto a la salida del colegio, en las afueras de París. Deslumbramiento. Oscuridad. Ninguna continuidad entre el antes y el después. ¿Cómo situarse en adelante en el tiempo, cuando un momento absurdo que deviene fatalidad, se impone como destino? Dos vidas separadas: la niña convertida en campesina aprende los códigos, aprende a seducir para gustar a todo el mundo. La otra aguarda, aún, a la salida del colegio.

Un tiempo tan largo, décadas. No importa, mientras las palabras no se pronuncian, lo real no queda registrado. El alma aguarda siempre. Una frase engañosa, dicha por una extraña a la salida del colegio, «papá se ha ido de viaje», nada indica. Por supuesto que se había ido de viaje… quién sabe adónde, hacia un destino desconocido. Pero para la niña no era así. ¿Por qué su dios la habría abandonado? Él, que tanto se preocupaba por su infantil deidad.

Aquella suspensión del tiempo de la vida es alucinación. Entre el pasado perdido y un porvenir arbitrario a inventar, ¿qué es verdadero? ¿En qué apoyarse para existir?

Y ella, perdida en los recovecos del tiempo, cuando un crimen silencioso puso fin a la existencia de los padres y a la de la propia niña. Alguien quedó ahí; un envoltorio vacío, aunque vivo. ¿Qué futuro, qué destino? ¿Qué recursos en aquel mundo desamparado?

Me hallaba a salvo y desplazada. Lejos de las botas y los gritos, me abandonaban en una isla verde y rica. A la vez bálsamo y herida. Tuve la suerte de acabar en un medio rural en el que todo hablaba de vida, de un modo carnal. Lo animal brotaba por doquier, al

alimentarse, al reír, al burlarse, al hacer el amor. La niña permanecía retraída, silenciosa, escuchando en la gran sala del café que sus salvadores regentaban, sentada al borde de la chimenea, durante días, un mes… qué sé yo. Un siglo. El calor de los cuerpos me rodeaba; la gente reía mucho durante la Ocupación. Gracias a ello, la vida no se silenció dentro de mí.

Aquiles

CUÁNTOS SIGLOS ATRAVESADOS a la velocidad del rayo hasta llegar a nosotros por un héroe, siempre presto a hender el aire, raudo como el viento. Es apenas una estela, una bola de fuego cuya imagen no podemos fijar o reconstruir en tres dimensiones. Brad Pitt, modelo de seducción, tuvo que añadir prótesis a sus pantorrillas para estar a la altura del personaje al que encarnaba. Aquiles, el de los pies ligeros, de hermosas grebas. Rizos rubios lo coronan, es un niño mimado por la naturaleza, que a él todo le reserva: la fuerza y la belleza.

Cuánto talento, cuántas vidas le fueron ofrecidas. Las leyendas nos hablan de su exuberancia. De su gusto por las mujeres, revelado bien pronto, siendo aún adolescente, en la corte del rey Licomedes, donde su familia lo ocultó. Bajo sus ropajes femeninos, su belleza causa estragos. Seduce a la hija del rey y la deshonra.

Tiene cuantas mujeres desea: le son entregadas o bien él mismo las conquista. De la arisca Pentesilea se enamora en el momento de herirla de muerte.

Se le atribuye incluso una aventura con Helena, bajo los muros de Troya, ante los que su ejército se halla detenido. Una noche, clandestinamente, ella acude desde la ciudad sitiada, se le entrega, dócil, dispuesta a ser su esposa. Justa compensación, piensa él, a su tentativa abortada para sustraerse al reclutamiento. ¡Partir y morir lejos de su país, por culpa de un cornudo que ha movilizado a Grecia entera haciéndola creer en el rapto de una mujer que no había dudado en abandonarlo!

Todo le está permitido, se le consienten, sin límite, como a todos los poderosos, toda clase de iniciativas.

La fama del personaje sigue vigente, cuando el pasado antiguo es ignorado por los estudiantes o destruido por los bárbaros. Hoy en día, ruinas y recuerdos se encuentran por igual amenazados. El antiguo héroe subsiste por los siglos de los siglos, o cuando menos así lo hace su nombre, encerrado en una expresión.

Aquiles el ejemplar, el único hijo con vida de Tetis, la ninfa que buscaba convertir en inmortal su linaje, surgido de su forzada unión con un mortal. ¿Cómo aceptar para su retoño un destino inferior al suyo? Así se expresa la ambición de toda madre. En su voluntad de triunfar sobre el destino asignado a su progenie, Tetis somete a fatales experimentos a sus recién nacidos: los expone por demasiado tiempo a las llamas o los sumerge en el flujo impetuoso del río Estigia, en los Infiernos.

Pero cuando le llega el turno al último de sus vástagos, Tetis lo sujeta fuertemente del talón, que mantiene asido contra su pecho. Aferrado por su madre, el recién nacido resiste la prueba y el agua lo vuelve casi inmortal… Casi, si bien tratándose de inmortalidad, la norma es todo o nada. ¿Cuál será el resultado de aquello? Su valentía, su belleza, sus arrebatos de furia lo convertirán en el mortal más cercano a un dios, pero su deseo lo conducirá siempre a su madre. El río del olvido lo borrará todo, excepto aquel momento de unión con la divina ninfa. Condenado a una fijación infantil que lo hará permanecer por siempre aferrado al regazo materno.

El punto débil del todopoderoso héroe dejó su impronta a lo largo de los siglos en el habla cotidiana: el “talón de Aquiles”. Fue su divinidad imperfecta la que le aseguró la longevidad. Los héroes no pueden ser bloques de una pieza, nos atraen por su debilidad, por sus pequeñas vulnerabilidades, aunque sean el minúsculo talón de un recién nacido.

La probable herida, siempre pronta a abrirse desde el comienzo de la vida, ¿no será acaso la forma de humanidad que todos albergamos en lo más profundo de nosotros mismos? El talón es la adhesión a la madre, a la tierra que nos sostiene y nos permite existir. Un héroe al que nada detiene, y al que una humilde flecha clavada en su talón devolverá a su destino como humano, que no es otro que el errar sin fin en el reino de las sombras. Un héroe solitario, desautorizado.

El narrador de la epopeya juega con la ambigüedad de Aquiles. El más valiente de los guerreros de Troya, el único capaz de hacer retroceder al enemigo Héctor, se ha retirado a su tienda, largo tiempo ausente de los combates narrados en la Ilíada, enfurecido porque el jefe de la expedición, Agamenón, la autoridad suprema, le ha privado de su cautiva Briseida. Al contrario que el monarca de todos los griegos, la verdadera realeza de Aquiles es la de un guerrero, una realeza sin asiento dinástico, fundada solo en el valor.

El inicio de la narración se abre con un enfrentamiento entre jefes, una disputa de patio de recreo entre dos personajes infantiles, ajenos uno y otro a toda razón. Antes de ceder a la orden de devolver a Briseida, Aquiles deja estallar como un niño sus pulsiones, sin respeto alguno por la jerarquía. Lo embarga la rabia, a la que seguirán los sollozos cuando no le quede otro remedio que ceder.

La Ilíada es una historia de furores y lágrimas, de injurias proferidas, de los más violentos insultos: «¡Miserable! ¡Borracho! ¡Tienes la cara y la impudicia de un perro y el corazón más flojo que el de un cervatillo!».

En su tienda, Aquiles se ocupa de otros quehaceres, halla consuelo en sonar la cítara al lado de Patroclo, su amigo más querido. ¡Qué paradoja que un héroe que permanece sentado durante todo el primer relato del combate se presente como un modelo para los siglos venideros! Un universo íntimo se revela entonces bajo aquella tienda, lejos de la fuerza y la virilidad de los combates: el placer de la música, el premio del vínculo personal, el desconsuelo por la mujer perdida. Un microcosmos de humanidad, un tiempo suspendido al margen del caos de la guerra.

La muerte de Patroclo, llegado in extremis como refuerzo en una situación desesperada para los griegos, va a cambiarlo todo. Buscando vengar a su amigo, Aquiles regresa al combate. Sin la presencia del amado, ha perdido el gusto por la vida. Es el final de la Ilíada. ¡Qué recorrido entre cantos extremos! El combate reivindicado como valor primigenio ha dado lugar al hastío de vivir en un mundo desencantado por tanta violencia y sangre derramada. El héroe acepta la ley del destino y va por delante de su anunciado final, la muerte en combate.

Cuando leemos el relato que los Antiguos escuchaban, cantado, ritmado, recorremos con ellos un camino de humanidad conquistado al precio de un sacrificio, el de dos héroes ejemplares, cada uno a su manera: Héctor y Aquiles.

¿De qué más nos habla? La guerra de Troya causó un seísmo sin precedentes, desplazó el centro de la civilización de Asia Menor a Atenas y contribuyó al nacimiento de Europa. Hoy en día parece que aquella historia iniciada hace treinta siglos se invierte, como si se produjera un retorno al Oriente, allende el Helesponto, donde otro sueño comenzó, el de Alejandro Magno.

Hay lugares de paso en los que la historia se repite; el estrecho de los Dardanelos, cerca de Troya, antaño Ilión, es uno de ellos. Como un imán. César, Augusto, el emperador Constantino pasaron por allí, meditaron en aquellos litorales, escenarios de enfrentamiento a lo largo de los siglos. ¿Qué parece decirnos Homero ocho siglos antes de nuestra era? Un estrecho exiguo entre continentes, ¿es un puente o una frontera? ¿Qué sentido darle a la unidad de Europa, hoy en busca de su identidad? ¿El destino de las civilizaciones, como el de los hombres, es volver una y otra vez a sus orígenes? ¿Por qué ese encarnizamiento actual por destruir las ruinas, testigos que nos unen a nuestro entero linaje?

La onda mnemónica

PRIMERO FUERON LAS MAÑANAS BLANCAS, vibrantes de hielo, la noche cayendo pronta en un pueblo inmerso en la más absoluta oscuridad, entre campos misteriosos. ¿A qué se dedicaban tantos animales, ocultos durante el día bajo tierra, cuando la oscuridad llegaba para anunciarles el despertar?

Día tras día, surcando un invierno sin fin. El frío, el área de la estación, los raíles, la barrera blanca abriéndose entre dos franjas de hierba que conducían a la niña a un lugar desconocido, todo aquello formó su mundo desde entonces. Inscritos como elementos primigenios de una mitología fundadora. Pero la niña tenía que entrar en ese mundo, adoptarlo, o más bien hacerse adoptar por él. Una niña distinta, llegada de lejos; la parisina, refugiada allí. ¿Por qué? No se hablaba de ello, no se susurraba siquiera, allá cada quien… Pero, ¿qué sentido podía tener aquella palabra no pronunciada ante aquella niña de ojos del color de la miosota: judía…?

Reprimidos: el nombre, la imagen; todo fue borrado, oculto en su interior. Nada se sabe, nada se ve. Borrón y cuenta nueva. Pero, en el corazón, el fuego del olvido de sí misma siguió ardiendo. Profundo como un sueño que durará siglos. Lo impensable, un terror sepultado bajo la ceniza. El instante en que todo se disipó, el yo perdido. Qué laberinto tuvo que atravesar, devorada por el Minotauro, para convertirse en otra, borrados sus recuerdos. La metamorfosis.

En su interior, aquel negro fuego no dejó de arder bajo la ceniza, así la imagino al cabo de tanto tiempo… Ese fuego confería fuerza a cada sensación, al más insignificante de los instantes. Un alfabeto nuevo que aprender cuando te va en ello la vida, que exige toda su atención, fulgurantes progresos.

Llegada de otro lugar, la niña tuvo que ganarse el sitio tras realizar un recorrido iniciático. Atenta a empaparse de todo, de la más mínima expresión en el rostro, de cualquier ruido inusual. Bajo la serena capa de los deberes y de su aplicación en hacerlo todo bien, su mundo, tal y como solo alcanzo a imaginarlo, se hallaba poblado de presencias invisibles. ¿Buenas o malas? Resulta difícil decir, ambas se confundían.

El pueblo contaba con sus propios personajes fantásticos: ferroviarios de cara tiznada, llegados de la cercana estación; vagabundos harapientos a la caza y captura de un vaso de sidra durante las horas en las que el café estaba vacío. Y también contaba con sus locos. Bueno, su loca más bien. María la Cuatrogranos, la llamaban. Era objeto de las burlas de los niños, y también de su miedo, cuando los amenazaba blandiendo su muleta en el aire y los hacía huir corriendo mientras le gritaban su mote.

No resulta tarea fácil recomponer a una niña a partir de los fragmentos del estallido en la puerta del colegio de Argenteuil, el otoño de 1942. Llevada de pronto a una zona rústica, sin el aroma a pegamento del taller del zapatero, sin las risas del padre, el color del té dorado. Una vida que reinventar entre el olor del tabaco y las blasfemias de la sala del bar del pueblo.

Ulises, durante los largos años de la guerra y de su imposible retorno, ¿quién era?, ¿qué era? Tras haber pasado por una serie infinita de maleficios: las islas del Olvido en tierra de los Lotófagos; la isla del Sol, en la que los hambrientos marineros oían gritar en sus manos los trozos de carne de las vacas sagradas que acababan de descuartizar; la bruja Circe, desarmada por el filo de la espada, y el héroe solitario en medio de un rebaño de puercos embobados que en su día fueron sus compañeros.

Yo no conocía aún esas historias, pero encontraban su correspondencia en el compás de la vida en el campo. Antes del verano, en la granja, los aullidos del cerdo degollado, mientras la negra sangre caía a borbotones en la palangana de la morcilla para el festín. En ese momento de deleite olvidábamos la guerra, las privaciones, la humillación. ¡Ah! ¡Los cerdos de Helena con los que se elaboraban chicharrones y patés, ese suave olor a grasa en la cocina en tiempos de escasez! ¡Benditos cerdos!

En otoño, los fines de semana realizábamos salidas de pesca nocturnas, en la pálida oscuridad. También los niños se apuntaban a esas expediciones, organizadas por los clientes habituales del bar. ¡Cangrejos…! Eran nuestro bogavante, una ansiada delicia que más tarde cocinaríamos, entre todos, dentro de grandes ollas.

Recuerdo cómo se extendía a nuestro alrededor el vasto decorado de sombra, apenas iluminado por el redondel blanco de la luna, cuando, con el corazón a mil por hora, atravesábamos las largas praderas nocturnas siguiendo el curso del río. Los hombres llevaban reteles preparados con carne medio podrida para atraer a los golosos crustáceos. Las vacas no tardaban en incorporarse a la fiesta, atraídas por el olor. ¡Qué miedo daba aquella extraña corrida nocturna! Era como si los apacibles rumiantes normandos se transmutaran bajo la luna. Cuanto más corrían los portadores de los reteles para intentar apartarlos, con más ahínco embestían. ¿Mugían bajo la luna blanca? No sabría decir. En mi recuerdo la escena aparece silenciosa, estática. Para aquella niña, las vacas se transformaban en toros bravos que, cuales caníbales, intentaban devorar los pedazos de sus propios congéneres, o puede que desearan ofrecerles un último rito sacrificial.

La luna blanca, las pezuñas impetuosas, los hocicos en alto, todo daba forma a la mitología fantástica de aquella isla de sortilegios y de mil peligros; aquel era el lugar al que había ido a parar aquella niña.

Sacrificar aquello que se es para salvarse del mayor de los peligros. «Tus papás están de viaje». Ni una lágrima, ni una pregunta. Abolición. Lo verdadero no se pronunciaba, se negaba. Ninguna frase aparte de esa. Y no obstante, el melodrama era el género reinante en aquella época… En el teatro del patronato se interpretaba con éxito la obra Las dos huérfanas, con sus personajes corrientes cuya fama póstuma se había visto acrecentada tras la Gran Guerra y la sangre derramada por toda una generación de hombres, de jóvenes campesinos. Yo misma no tardaría en verter inagotables lágrimas en esa función, pero, en lo que a mí respecta, aquella palabra jamás se pronunció. ¿Huérfana yo? Yo no era huérfana. Pronto se me empezó a conocer por un nombre más

familiar que el polaco de origen. Incluso dándole un toque inglés no resultaba fácil pronunciarlo, y me convertí simplemente en la pequeña Medea, como la familia que me había recogido.

Quien me salva es quien a la vez me arrebata la vida.

Bajo la costra endurecida del tiempo, no ha dejado de manar un flujo subyacente. La pena necesita brotar. Se toma su tiempo, y este acaba por convertir el agua adormecida en un torbellino. Malestares, a modo de presagio, y depresiones que no tardarían en hacerse crónicas anticiparon la catástrofe. Solo hizo falta un amor perdido, un abandono, para que la desesperación del pasado traído al presente se alzara como una ola, causando un seísmo que se llevó todo por delante.

Certeza y terror ante la catástrofe que se aproxima; es imposible resistirse, se acerca. Soy apenas una brizna, una ramita que el torrente arrastra consigo. La catarata de lágrimas se derrama en olas persistentes que ni la más poderosa presa, ni la de Asuán, sabría contener.

Los Invisibles se desbocan, reclaman su existencia. ¿Qué rostros?

Las primeras sesiones en el psicoanalista desencadenaron sueños nocturnos, inmensos como epopeyas. Lamento no haberlos anotado, mi agotamiento me lo impedía. Eran escenas grandiosas. Todavía veo una de ellas, recurrente: en la cima de una meseta alta y empinada, sobre el abismo, las siluetas de unos gigantes tallados como con mazo, ágiles y desnudos, de un color terroso, en medio de unas rocas que se desprenden y que ellos desplazan en un alegre movimiento bajo la luz. Sin astro que los ilumine. Tono sobre tono, color terroso, a plena luz.

El psicoanalista respetaba esas imágenes sin pretender interpretarlas; gracias a él, aquel sueño permaneció tal cual, con sus formas y su movimiento, sin sentido alguno, como una frase perfectamente desarrollada. Nuestras existencias son geológicas, se anclan en lo más remoto, y a veces la suerte decide captar un detalle concreto de aquellos orígenes. Es la parte mágica de nuestras vidas. El soñador es como un botánico del tiempo, que trae de este la flor seca de lo que fue y de lo que vendrá.

Niña que quedó aguardando en la puerta de la escuela: aquellos dioses a los que aún hoy sigues llorando regresarán. Flujo y reflujo de la memoria que dura un siglo. Entonces era tiempo de cuento, pero hoy es la duración común de nuestras existencias. Cuando las décadas se acumulan, el pasado se torna más activo y presente que el ahora. Nos deslizamos sin cesar por el tiempo, de la infancia a la muerte, o casi. Vieja hija de mí misma, rondo mi propia existencia sin poder vivir en ella. Fantasmas.

Los dioses del Olimpo recorrían a velocidad supersónica el espacio entero para acudir a velar a sus amados mortales. No tardaremos en conquistar su privilegio: entonces remontaremos el curso del tiempo hasta los márgenes últimos, donde velan los Invisibles.

Calendario litúrgico

¿QUÉ PASÓ? Tiempo suspendido, bloque de frío inmóvil, invierno sin fin que hay que recorrer, paso a paso, al compás del chasquido de las suelas de madera, hasta llegar a la escuela al otro extremo del pueblo: dos veces al día, ida y vuelta. El agua se hiela en la pila del aseo, el frío se ceba con las extremidades, la nariz, los dedos, los pies llenos de sabañones.

Estábamos en noviembre, en diciembre, al comienzo de un largo invierno de penitencia. ¿A espera de qué, en aquel tiempo de Adviento? A medio camino de la escuela, al fondo de la plaza del mercado, la masa sombría de la iglesia asomaba mañana y tarde. En su interior, estatuas petrificadas cubiertas de un velo morado, silencio. Nadie al órgano para interpretar el Gloria. De regreso a casa, cae la noche, el oficio de tarde resuena lentamente, como si tocaran a muertos. Todo se detiene, a la espera del acontecimiento.

¿Cuál? Nadie lo sabe. Adviento, nada peor que la espera, puertas abiertas a la autoridad. El Diktat inminente pende sobre las cabezas, como una espada presta a cortar todos los lazos. Ya ocurrió al salir del colegio, en Argenteuil. En el corazón de la niña, sin que ella lo advierta, la fragua negra de la desesperanza no cesa su actividad. Su imaginación se deja penetrar por la liturgia que organiza la vida colectiva. Día tras día, la pesada carga de recuerdos sin revelar es arrastrada por los símbolos del gran relato litúrgico.

Una familia huye del Faraón; un niño nace en un establo, bajo el calor del aliento de las vacas atadas en el pesebre. Todo calor es bueno, y el de los animales es gratis. En el belén no se colocaba al niño de cera hasta medianoche. En la iglesia el frío era glacial, habría hecho falta el aliento de varios rebaños para calentarla.

Las figuras se desplegaban en función de la estación, buscando completar el drama histórico que la niña no podía comprender ni

aceptar. Crucifixión, sacrificio, duelo de la Virgen y de la pecadora Magdalena: aquel era el apoyo con que contaba el dolor clandestino de la niña.

En el crucero izquierdo, en una capilla cerca de la sacristía, descansaba bajo el altar un personaje de cera, espléndidamente esculpido en su vitrina transparente. En el cuello, sobre la piel blanca, gotas de sangre por encima de la casulla color púrpura. San Marcelo de la Garganta Degollada. Así se llamaba el carpintero protector. ¿Por qué ese castigo? ¿Qué pecado había cometido yendo al rescatar a la niña y alejarla de las botas y los perros?

La guerra sigue tronando sin parar. Los soldados alemanes acampados en el pueblo confiesan su miedo a que los trasladen al terrible frío de Rusia. Aquí, en el campo, tienen su refugio, a menos que llegue la orden de desalojarlo. No deja de tener su gracia que también los esbirros del Lobo Feroz tiemblen de miedo.

El caleidoscopio de las estaciones avanza inexorable: el otoño morado de la melancolía, el invierno glacial de la separación. ¿Qué esperan las gentes? ¿Qué regresos aguardan, temen? Y por fin llega la primavera, la de verdad, con el anuncio del desembarco en las playas de la Mancha. La noticia nos llega en medio del estrépito de los bombardeos que asolan las ciudades vecinas.

En los bordes de las cunetas, los colores de las primeras prímulas y los cantos del cuclillo dejan paso a la esperanza. En las aguas, las truchas vuelven a saltar cerca de las esclusas. Y, pronto, el campanario que se oye a lo lejos redobla hasta los confines de los campos cercanos. La vida está de vuelta, como un tiovivo. Saltos de alegría a la salida de misa el domingo, donde la bendición espera en la confitería bajo una cúpula de nata salpicada de perlas de plata. Una auténtica iglesia de la glotonería, cuyo patrón es la tarta Saint-Honoré, justo después del Ite, missa est.

Aquel tiempo tan preciso sigue ahí: los colores, el suave aroma a flores pisoteadas en la fiesta del Corpus Christi, el olor a incienso que inunda la nave de la iglesia. Me siento atrapada, en un todo que afecta a cada uno de mis sentidos. ¡Qué fuerza debió de conferirme aquello, para permitirme sobrellevar mi asombrosa historia! Desplazada a un nuevo territorio en el orden de los ritos, me

transportaban como a una figurita que formara parte del gran relato de siempre, con la promesa de bellas aventuras en la recargada catedral del tiempo.

Los nombres

EL ERRAR Y EL EXILIO son la suerte de millones de almas que trashuman hacia ningún pasto, rechazadas a lo largo y ancho del Mediterráneo —el crisol del que procedemos—, sin permiso para desembarcar en el suelo italiano que dio la bienvenida a Eneas y permitió alumbrar una nueva civilización. ¿Existen aún los grandes relatos en los que puede uno sustentar su identidad? ¿Tiene aún hoy sentido hacerse semejante pregunta, o es una idea trasnochada de una vieja humanista como yo?

Ya nadie asegura la salvaguarda de las ruinas del mundo antiguo, cuna de nuestra humanidad. Ruina de ruinas ante nuestros ojos: Palmira, Mosul, Irak. A muy menor escala, yo intenté buscar de nuevo la casa de Argenteuil. Nada queda ya de la contraventana roja del taller del zapatero que daba a la calle. En su lugar, hay un pequeño inmueble de los años sesenta. ¿Qué podría encontrar en Kojenice, en Polonia? Ni lo he intentado. Únicamente el barrio de la estación del pueblo donde desembarqué hace setenta años, lejos de los circuitos turísticos, permanece inalterable.

La fuerza de los relatos antiguos y de sus protagonistas, ¿guarda alguna relevancia para quien se halla perdido en el laberinto del desarraigo, del peligro y del duelo? Homero relata la caída de un imperio glorioso, la Troya bañada en oro, pasaje entre dos mundos. Un héroe menor, Eneas, huye en plena noche de la ciudad en llamas; lleva a su anciano padre a cuestas y carga en brazos la urna en la que reposan los lares, los protectores de la ciudad. Su periplo lo llevará a la costa italiana, donde más tarde Roma será fundada. Una nueva epopeya comenzará siglos después.

El lazo con el pasado es promovido por un relato mítico. ¿Es acaso también capaz de conferir fuerza a una vida individual trastocada? ¿Cómo hacer para mantenerse a flote entre el caos de la historia? Cada quien avanza como puede, a ciegas, sin urna ni cenizas, en un

mundo poblado de personas errantes, en el que los puntos de referencia han sido borrados en un instante, la nada. ¿Qué puedo aprender de aquella niña del otoño de 1942, de aquel minúsculo drama entre los millones que se vivieron en Europa durante los años que siguieron a la claudicación ante el Ogro en 1933?

Otoño en los suburbios de París. Hija única, adorada. Salgo del colegio, una mano desconocida me agarra y me aleja de allí a toda prisa.

«Tus padres se han ido de viaje».

Arrojada fuera del tiempo, ese dédalo oscuro que hay que atravesar y cuyo rastro jamás he recobrado, a pesar de mi ejercicio de la memoria y la escritura. Un vacío, una vida sin engarce, sin territorio; ni siquiera Argenteuil, donde mis padres, quienes tenían prohibido vivir en Polonia, creyeron haber hallado refugio. Ni la Polonia del regreso forzado, lugar de la muerte sin nombre, donde ellos fueron únicamente un número entre millones.

¿Con qué recursos contaba aquella niña de parvulario, sin estrella amarilla, ignorante del relato antiguo, tras llegar a un país desconocido? Debe aprenderlo todo sobre su vida: presta atención a cada detalle, procura comprenderlo hasta en su menor indicio. Se lo toma todo en serio, de ahí lo profundo de su campo. Me gustaría evocar aquí el país concreto que me tocó en suerte en mi segunda infancia. Oído atento a cada cosa, a cada palabra. ¿Seré capaz de expresarlo?

Los habitantes del nuevo país eran sin duda de un tipo también nuevo: el acalde se llamaba Rossignol, Ruiseñor. El vendedor de cuadernos, al que iba a conocer pronto, al empezar el colegio, vendía también fruslerías, regalos para grandes eventos, para el Día de la Madre o la primera comunión; su nombre, Lhirondel, La Golondrina. Matriculados en el colegio había no pocos Lelièvre, La Liebre.

La vecina de bar de la Estación era la señora Poulain, Potro. Formaba una singular pareja con su esposo, un granjero criador de caballos de carreras, con una panza tan enorme que una vez se le trabó en el volante del coche. Ella era asidua a los hipódromos. La

estoy viendo mordisquear el lápiz de apuestas, que se llevaba a la boca por debajo del velo del sombrero. Aquella adicción la llevaría a la ruina.

Sus héroes eran los caballos. Estaba enamorada de ellos, les hablaba, los animaba. El suyo era un verdadero diálogo, como el de Aquiles con sus divinos corceles, indomables en el combate, intérpretes de los dioses, poseedores de la virtud del habla, con la que anuncian al héroe su muerte. ¿Le reconvendrían a la señora Poulain sus excesos? No lo sé, pero si así fue, ella desde luego no los escuchó.

Margarita era uno de los nombres más comunes entre la población. Era signo de bastardía, de eso me enteré más tarde. El comerciante de grano se llamaba Fougères, Helechos. Para la ingenua y atenta niña, el pueblo en su conjunto era una inmensa pradera jalonada de oro, poblada de animales familiares y sobrevolada por armoniosos cantos. El pueblo, rodeado de vastos espacios circundantes, extraía de estos su vitalidad, dotada de una identidad con dos caras: el reverso vegetal-animal y el lugar. Ambos compartían parentesco y se intercambiaban sin problema.

La niña cuya vida se había vuelto en un instante del revés, contaba así con su lugar imaginario. El vago sueño de un vasto mundo donde animales, plantas y gentes podían comunicarse sin barreras de ningún tipo. Dormía en la habitación estrecha con tragaluz que daba al patio trasero, bajo una colcha de plumón de oca. Aquella burbuja animal la envolvía en un cálido abrazo, protegiéndola como a una pequeña Leda. Era el contrapunto de la pesadilla de la verdad oculta. Un rostro bucólico había cubierto tanto el terror del que la libraron como sus auténticos monstruos. Un cuento rural que la mantenía a salvo.

Recuerdo un nombre más: el del vendedor de zapatos, Piednoir, Pienegro. Para sacar conclusiones bastaba con estar atenta, y yo lo estaba. Vivía en un pueblo en el que los nombres estaban en armonía con la realidad que designaban, era como si hubieran puesto en mis manos una baraja viva de cartas que iba desbrozando al tiempo que descifraba su significado. Una vuelta al origen del mundo, por así decirlo, a su conformidad esencial entre las palabras y las cosas. Una equivalencia que la escritura busca siempre y de la

que el lenguaje común se deshace.

En aquel reino imaginario en el que todo encajaba yo era Helena. ¿Una reina de fantasía? ¿Tuvo en ello algo que ver el nombre que mis padres me pusieron? Era un legado de por vida, expresión de todo el amor que deseaban transmitirme, su sueño de belleza y de claridad. Helena, Hélène: al pronunciarlo, el sonido de aquel nombre se prolonga suavemente, con sus vocales y sus consonantes líquidas. Una suavidad que se funde en la boca. Aquella falta de contundencia, de hecho, me irritaba un poco. Era inevitable agarrarse al estereotipo que inexorablemente alguno de los clientes del bar se encargaba de recordar: la bella Helena.

Homero consagró numerosos pasajes de la Ilíada a Helena, en un intento por trazar un retrato completo del personaje. También a él, como a todos los hombres, le fascinaba. Alzar a un ejército tan grande en armas y arriesgar reinos y el destino de toda una civilización por una mujer… ¿por qué, a ver?

A diferencia de tantos héroes, que a lo largo de veinte años de guerra y de naufragios mueren en el combate o a su regreso del mismo, Helena es insumergible. Como una liana que el viento agita, se une con desenvoltura a los hombres que pasan: Menelao, Paris, de nuevo Menelao, cuando desde lo alto de las murallas de Troya lo ve combatir con su rival. El deseo de su esposo, de su antigua ciudad, se apodera de ella ante el espectáculo del ejército de los héroes griegos, prestos al combate, y a quienes ella, orgullosa, designa uno tras otro por su nombre y sus conquistas. No muestra el menor desgarro, como si viviera en un puro presente de deseo inmediato, sin remordimiento ninguno.

¿Y cómo podría Helena ser culpable de un destino ya designado?

Los ancianos de Troya, en plena angustia por la cercanía de la batalla en la llanura que se extiende ante ellos, se dejan seducir ante su aparición en la muralla, envuelta en sus perfumados velos. ¡Qué visión!

No hay que extrañarse […]

si por semejante belleza sufrimos tanto.

Nuestro mal no vale una sola de sus miradas.

Se susurran de oreja a oreja aquel cumplido, avergonzados de verse cautivados a su edad por el deseo.

¿Y Helena? En los episodios que la mencionan, el poema nos habla de la belleza, del poder de un rostro que barre cualquier otro sentimiento de un plumazo. Lejos de toda razón, arranca a cada uno de su historia, de sus motivaciones. Un arranque, un rapto. Si bien para rapto, el de la propia Helena.

Más tarde, en la escuela del pueblo, me apasioné por esos lejanos relatos. Sin yo saberlo, sorbía toda oídos el sentido de la belleza y la necesidad del deseo de vivir y aceptar. Helena atraviesa, siempre floreciente, los meandros del tiempo; tras el desastre de Troya, recuperará en Esparta su antiguo estatus real. En ella el tiempo no hace mella alguna.

A la tragedia devastadora de dos continentes, el relato opone el aura de una mujer infiel, traidora a su patria y, peor aún, a su hombre. En ella no hay lugar para la imprecación ni el remordimiento, a diferencia de otras mujeres de sangre real —Hécuba, Casandra, Andrómaca, Clitemnestra—, toda una galería de víctimas, y también de monstruos. Ella posee el don de la vida y del amor.

Es posible verse privado de la propia historia y seguir viviendo. Yo era demasiado joven para tener conciencia de ello. Y a pesar de todo, mi vida había recibido su sello, un nombre antiguo que servía de garantía a mi futuro.

¿Héroe de su propia vida?

SE ME HAN CONCEDIDO MUCHOS AÑOS, mucho más que los días previsibles tras una muerte anunciada por la Gestapo. ¿Cómo me adapté a tan incierta existencia? ¿Qué veían mis ojos en ese espejo de fragmentos dispersos?

Dicen que, en el momento de la muerte, la película al completo pasa a toda velocidad ante nuestros ojos. No tardaría en visionarla. ¿Tenía esa película algún atisbo de unidad? ¿Era yo a fin de cuentas la heroína de mi propia vida? Cuando los años se decantan y apenas quedan algunos instantes lejanos, ¿qué traza dejan? ¿Pude o supe encarnar mi sueño primigenio, si es que jamás lo tuve? Un pensamiento que atormenta: ser fiel a uno mismo. Pero, ¿de qué uno mismo se trata? ¿Cómo es posible captarlo?

La epopeya homérica es para nosotros el primero y el último de los grandes relatos heroicos, cuando el don de la palabra permitía a los humanos aliarse con el mundo de los Invisibles allá arriba. Vivir entre dos mundos, ese es el rasgo propio de los héroes de Homero: aunque su tiempo haya pasado, gozan aún, por breve tiempo, de cierta conexión con los dioses. Aquiles, hijo de diosa y de mortal, viene de nuevo a la mente: hermoso, joven, de cabello rubio y rizado, avanza corriendo, siempre en movimiento. Solo le falta una pizca de eternidad, pero, ¿no es ese el caso de cada uno de los humanos en su perfección intrínseca? Y más ahora, cuando la eternidad empieza a perfilarse.

Su divina madre no tiene otro remedio que aceptar su muerte tal y como la dicta el Destino, al que ninguna voluntad, ni siquiera divina, puede oponerse. No hay recurso posible. Aquel héroe emblemático, ¿logró hacer realidad el sueño de su vida, la gloria de vencer en el combate a todos sus adversarios? Su anhelo de derrotar al mundo entero por la fuerza fue plasmado en su escudo, forjado por el mismísimo dios herrero.

En él aparecen representadas en movimiento la totalidad de las formas de vida en la tierra. Los guerreros aúllan en el tumulto de la guerra, los bueyes mugen en el sosiego de la vida pastoril, mientras los campesinos cantan y danzan alrededor del rey. La enseña del héroe, descrita con tanta precisión, sirve de excusa para elogiar el buen hacer del artesano, Vulcano en su acepción latina, quien ase con fuerza su herramienta.

Cómo recuerdo los gestos resueltos del carpintero en la cocina cuando forraba mis libros de clase a mi regreso del colegio, sobre todo los recios diccionarios: el de latín de Gaffiot, luego el de griego. Usaba un papel oscuro y grueso, el mismo con el que envolvía los paquetes de picadura de tabaco que se vendía en el estanco, adjunto al bar. De ese modo, me adentré en los textos antiguos con un olor a tabaco, una singular mezcla, mi droga. El carpintero, como el ilustre cojo de Homero, no sabía acariciar, pero su palma rugosa manejaba el más mínimo objeto con extrema delicadeza: la pizarra fina, el dintel de roble. Taciturno y misántropo con todo el mundo, abría los secretos de su corazón en el intercambio de miradas con la niña rescatada. Todo amor y generosidad para su niña del alma; al mirarla, su rostro se iluminaba.

El escudo de Aquiles, obra maestra cumplidamente descrita, nos descubre el sueño secreto del héroe; la totalidad del mundo aparece allí representada, viva en todos sus aspectos. Verlo todo, probarlo todo, tal es el gozo voraz de los hombres poderosos, lo he comprobado con varios con los que me he cruzado a lo largo de la vida.

¿Con qué soñaba Ulises durante los diez años de su retorno imposible?

Homero nos extravía en el sinuoso dédalo de su narración. Aquiles, Ulises, cada uno de ellos es héroe de una epopeya, ¿cuál de los dos se lleva la palma en la leyenda? ¿A quién dar la primacía? A menudo se compara a Ulises con un tendero, ocupado en maquinar subterfugios para salir de un aprieto. Aquiles, en cambio, ha quedado fijado en nuestra memoria con su triunfante juventud,

absolutamente intratable.

La Ilíada es el poema de la ira de Aquiles, desposeído por el rey de reyes de su cautiva, su parte del botín en los combates que preceden al asedio de Troya. Niño colérico, se retira a su tienda, condenando a la nada a todos los griegos. Que el mundo entero se desplome por mor de su angustia.

Así, el poema a mayor gloria del valeroso entre los valerosos no nos lo muestra en combate durante todo el asedio, a excepción del final. Retirado en su tienda con su amigo del alma, Patroclo, que sustituye a Briseida, su cautiva, Aquiles gime, se lamenta, se entretiene.

En la Odisea que lleva su nombre, Ulises, quien al principio trató de servirse de una treta para sustraerse a la guerra, sobrevive a todo, y de vuelta a su reino, cual sheriff del Oeste, masacra a todos los pretendientes y se reencuentra con Penélope, su mujer, a quien no han logrado hacerla olvidar ni veinte años de guerra, ni seducciones femeninas, ni Circe, ni Calipso, ni tantas ávidas ninfas, ni más tarde la regia Nausica.

¿Cuál fue el talismán que le permitió resistir? Lo revela el final del relato. Tenía metida en la cabeza la visión de la cámara nupcial ocupada enteramente por el lecho, labrado en el interior del tronco de un olivo e imposible de mover. Ese era el sueño que lo dominaba: acostarse en él de nuevo, al lado de ella. El lecho de amor y felicidad, su emblema, lo había construido él con sus propias manos.

Un escudo y un lecho de amor: signos opuestos con los que imantar una vida.

A menudo la fantasía nos confunde. Cuando se trata de hacer realidad la propia vida, más vale no confundirse de sueño. En Aurion, la ciudad refugio, la música del Danubio Azul, mi escudo en la tormenta, me hacía soñar con valses en medio del torbellino de la vida. Las primeras cadencias me encantaban hasta el punto de hacerme llorar. Bailando el vals con vestido largo, un poco recogido, en un hermoso salón: así me veía, ¡qué presuntuosa! Yo, que jamás pude mantenerme en pie con los patines que un vecino

enamorado me había prestado en la calle de la Estación. Siempre en permanente desequilibrio.

En la danza de los días, habría deseado interpretar a la heredera burguesa, como la nieta del alcalde de largos tirabuzones rubios. ¿Y cómo habría podido hacerlo yo, niña extraña marcada por la sospecha, en aquel país tan profundamente católico que me acogió generosamente, a condición de que permaneciera quietecita en mi rincón?

¿Qué rincón era ese? Primera de la clase en el colegio, pero, ¿y en la sociedad? Lo entendí una vez que debía entrar en el palacio del Elíseo. No podía pretender actuar en el escenario del poder, estaba ineludiblemente marcada desde el principio: una niña desnuda a la salida de la escuela primaria. Desposeída. Una existencia desposeída.

El abandono era el lugar de mi singularidad en ese mundo, el punto ciego donde situarme y desde el que captar algo de mí. Homero me ayuda a comprender gracias a la compleja disposición de sus relatos que, paso a paso, avanzan en la comprensión de los héroes, de sus imágenes paradójicas o invertidas, según la situación en la que se vean.

Todo el mundo debe elegir entre incompatibles. El sueño único es un don que otorgan o bien los dioses o bien la casualidad. Hay que encontrarlo.

La mano que da

¿HUBO, A FINALES DEL VERANO ANTERIOR, algún gesto entre el carpintero y el padre que confirmara la promesa de salvar a la niña en caso de que se produjera la desgracia? Esta se había ya producido, ampliamente, el mes de julio, en el Velódromo de Invierno[1], incluso en el departamento de Mayenne. Dos días de redadas coronadas de éxito, nadie sabía que hubiera allí tantos… judíos… ¿Qué eran exactamente? ¿Forasteros del pueblo?, ¿parisinos? ¿De qué clase? El silencio rodeaba las detenciones, silencio ante las puertas reventadas.

¿Hubo entre los dos hombres una especie de juramento de fidelidad, o un apretón de manos en vez de palabras? La generosidad del carpintero no era elocuente, era activa. Bien lo había entendido mi padre. Se conocían desde hacía poco, pero su experiencia bastaba. Él estaba acostumbrado a evaluar a quien tenía delante para reclutar a posibles militantes, primero en Kojenice y después en Argenteuil. Y de hecho, cumplió con su promesa en el momento de mayor riesgo. ¿Un milagro?

La palma: una protuberancia en aquella mano de operario, la palma de un artesano que debe manejar sus herramientas, como la segueta, palabra hoy ya perdida que me emociono al recordar de pronto, como si me la legara él mientras escribo. La había olvidado, si bien de niña me sorprendió mucho oírla por primera vez. La palma de la mano, a la vez tierno cojín para acariciar; probablemente el obrero, educado a lo bruto, no supiera usarla para ello, pero sí el padre, que acariciaba a su adorada recién nacida, aquel bebé tanto tiempo deseado, mientras permanecía tumbada para la foto encima de una alfombra de piel de conejo, como era habitual por aquel entonces en los estudios de fotografía.

Doble mano trágica de mi salvación. A la salida del colegio, primero, la mano de una militante que de un tirón pone a salvo una

vida. Luego, otra mano en la estación de Montparnasse, entre los gritos y los perros —pastores alemanes precisamente—, la salva de una muerte segura y la pone a salvo una vez más.

Vuelta a la salida de la escuela, a la niña abandonada. Momento fundacional que la proscribe. ¿Para qué los certificados oficiales, la partida de nacimiento y todos aquellos papeles amarillentos, con los bordes raídos por el tiempo? El texto escrito a mano, como era habitual en la época, está casi borrado. Cuando me sentí lo bastante fuerte como para reabrir la carpeta del pasado con todos sus documentos, encontré pocas confirmaciones y muchas preguntas. ¿Por qué la declaración en el ayuntamiento está firmada por mi madre, y es ella quien reconoce a la niña? ¿Dónde está el padre en aquel momento, a mediados de noviembre? ¿Retornó clandestinamente a Polonia, como me contaron, a fin de desenmascarar al traidor causante de tantas detenciones? La fecha que consta en la partida de nacimiento es 19 de noviembre, pero la contradice una foto más tardía del 20 del mismo mes, escrita en caracteres yidis. Como un temblor en el tiempo, como parte de una existencia de contrabando, y frente a eso la fuerza inexpugnable del instante en el que todo se arruina en el destello de la explosión.

Tantos años después, deberé regresar a la explanada de la escuela, catedral de la muerte, único documento acreditativo de una vida de permanente sufrimiento. Oficina de objetos perdidos. Pero en el corazón de la niña subsistía un apego a ese instante que la niega. Ni un recuerdo, ni la menor impronta de existencia.

De este instante no se hablaba en el pueblo, ni se formulaba pregunta alguna sobre el aberrante momento. Yo era una niña errante por dentro, que se agarraba a las raras imágenes del tiempo. Una de ellas se convirtió en algo familiar para mí. Veo en el suelo las alfombras de la basílica, cuando me llevaron a misa por primera vez, sin duda para así evitar preguntas. Debió de ser a las pocas semanas de llegar.

Nos colocamos atrás, en la parte sombría, lejos de los arcos espigados de la nave, de sus vidrieras encendidas de claridad. Yo allí sentada, en el banco asignado a la familia Medea. ¿Era costumbre o prescripción de obligado cumplimiento? No hay que mezclar los rangos sociales. En el muro a mi izquierda, casi al

alcance de la mano, un tapiz raído, color gris rata, todo en el mismo tono. Distinguía la cabeza de un joven encima de un tajo algo difuso, los ojos mirando hacia arriba, un brazo armado con un cuchillo en alto, listo para clavarlo. En el extremo superior de la tela, una mano alada lo detiene. Era el sacrificio de Isaac, me decían.

El cuchillo de degollar, ¡cuántas escenas de la vida cotidiana lo traían a la imaginación de la niña! El golpetazo de cuchillo de cocina en la nuca del conejo, que deja por fin de patalear. Unas incisiones en las patas traseras bastan para arrancar de un gesto la piel entera. En un momento se ha convertido en carne flácida, lista para su consumo. Era frecuente criarlos, bastaba con una simple caja en el patio trasero. Aprendí a observar aquella eficaz técnica y a los diez años ya sabía despellejar al animal; en cuanto al golpetazo asesino, siempre me negué.

Pero en la iglesia, ¿cómo explicar que un chico joven estuviera dispuesto a que lo sacrificaran sin ofrecer resistencia? En los corrales, todos se debatían: el cordero, el pavo, el cerdo. Las ocas graznaban, feroces. Era una decisión rara la de ese joven, me sentía confusa. El tapiz de la iglesia me oprimía, no quería pensar en él, ahí atrás en la oscuridad silenciosa. ¿Y quién era aquel barbudo que blandía el cuchillo?

Las imágenes se combinan así, heterogéneas, para encarnar la locura de la vida. Terror y repliegue. Una mitología infantil agreste y religiosa ligaba todos los órdenes del mundo, las metamorfosis de lo animal a lo humano y viceversa. De niña habité en un mundo variopinto, que mi terror y mis ansias de vivir habían creado.

Mucho más tarde comenzó el obligado viaje en el tiempo, hacia atrás, hasta el momento en que hubo que asir de la mano a la niña que esperaba. Reunir en ese gesto aquellas dos manos que no se llegaron a saludar: la del padre, ausente ya para siempre, y la que tendían a la niña, y que durante largo tiempo subsistió gracias a esa mano de carpintero.

El único viaje al pasado que se me brindó descansa en bien poco: unas pocas sensaciones, un color dorado o la sombra oscura, una risa ruidosa, el tacto de una mano infundiendo seguridad, el calor

del té en la boca. Biología de la memoria, historia de manos, no del talón.

La entrada “mano” del diccionario acude en ayuda de mi historia, del misterio en el que intento penetrar. Propone un tesoro de páginas dispuestas a suscitar una ensoñación que asocia la lengua con mi mitología personal. Mi historia, desde aquella salida de la escuela, podría ilustrarse con una cadena de manos. La mano salvadora de la militante, luego la del carpintero. Misterio de ese “de mano en mano”. Ningún protocolo, nada contratado, ¿era acaso por desconfianza del padre hacia las instituciones, igual que hacia los refugios organizados por los judíos? Confianza en los individuos que, en junio de 1942, indignados por el distintivo impuesto a una parte de la población, la estrella amarilla, empezaron a resistir. Una población marcada como ganado aguardando al matadero, escribiría mi padre al final de su estancia en Beaune-la-Rolande, en una carta fechada en 1943.

En todas las variantes del diccionario, la mano, debido a sus múltiples encarnaciones: ágil, larga, indolente, buena, manazas, de hierro… es como un geniecillo que se activa siempre en nuestras historias. Espíritu maligno en mutación perpetua, con un papel por lo general benéfico.

Buena mano para las plantas: capaz de hacer crecer cualquier vegetación que acaba de brotar, de hacer que de un suelo nuevo crezca una niña que, hasta lo más profundo, se ha visto privada de sus raíces.

La mano en el corazón: allí debía de tenerla el artesano bajo su aspecto arisco, aquel hombre que acudió a la estación de Montparnasse en busca de una niña judía con la que nada tenía que ver y que, en un momento en que el dinero escaseaba, se convertiría en una carga. Los compañeros del pueblo intentaron disuadirlo, le hicieron ver los peligros, pero sin dudarlo, tras saber de ella por una llamada de teléfono, fue a tender la mano a la niña para siempre huérfana, sin familia ni territorio.

Confianza y solidaridad son los valores más frecuentemente expresados mediante el simple término mano. No hay que tener miedo a echar mano de la cartera, porque la recompensa existe. ¿No fue esa mano la de Marcel, quien me quiso como a una verdadera hija, sin la menor diferencia? Una complicidad de espíritu bien

distinta de la que lo ligaba a los compañeros de bar o de salidas a pescar truchas o cangrejos, según la estación.

Con la niña despierta, la vida empezaba de nuevo para él. El menor de una familia de carpinteros escapó al reclutamiento en 1914. Nadie se libraba, muerto o gaseado, los pulmones destruidos para siempre, el rostro destrozado. Pero él había podido ir a la escuela hasta terminar la primaria.

Aunque yo soy hija de zapatero, la mano resume mi historia mejor que el talón. ¿Tenía el zapatero la habilidad manual del carpintero, la delicadeza en los gestos del oficio que representa ser miembro de la Federación Profesional de Artes y Oficios de Francia? Estaba orgulloso de ello. «¿Sabes?», me decía, «el armazón del tejado de las catedrales es mi oficio». Del zapatero en el taller iluminado con su risa recuerdo solo el gesto interrumpido, martillo en ristre y clavos fuera de la boca, para así poder hablar sin parar.

El origen del relato

UN VERANO CONSAGRADO a la lectura ininterrumpida de la Ilíada. ¿Lo había hecho ya alguna vez, en el transcurso de mis largos estudios clásicos? «Quiero leer en tres días la Ilíada de Homero», así comenzaba Ronsard un poema en medio de la embriaguez del descubrimiento de un nuevo mundo, no solo América, sino también un pasado antiguo y olvidado. Una misma aurora se alzaba entonces sobre dos continentes, el de la memoria y el del porvenir.

De niña me encantaba el viaje de Ulises, pero se me escapaba en cambio el poderoso encanto de la Ilíada, que me repelía por la violencia de las interminables escenas de guerra. Tantos años después, la capacidad de aquella obra para suscitar una lectura distinta me cautiva.

Un autor desconocido recogió distintas versiones no escritas de dos siglos atrás, entonadas por los aedos en los caminos que conducían a las ciudades de Asia Menor y de las islas, y nos desveló un mundo naciente, poblado de contrastes y de magia para aquellos que la supieran reconocer. Los hombres, los animales, la sociedad, las técnicas, las ciudades, todo aquello representa una primera cartografía del mundo, desplegada por el legendario narrador ciego ante nuestros ojos. La primera forma de organización y pensamiento del mundo.

Así, por la magia de las palabras, la Edad del Bronce se convierte en nuestra contemporánea. Qué maravilla.

Persigo a Aquiles, héroe de radiante renombre que durante tanto tiempo se hace de rogar en el combate bajo las murallas de Troya, y lo persigo también al releer la Odisea, intentando aclarar enigmas. La disposición y la fuerza de los relatos que contiene, los cuales encajan a su manera, sin subordinarse a la continuidad cronológica,

resultan sorprendentes. Acaso se deba a los episodios intercalados por los aedos, que logran que nuestra curiosidad se mantenga en vilo. Bien entrada la obra, no hemos conocido aún nada de la historia del propio Ulises, aunque el final de su periplo esté cercano. ¡De nuevo el héroe ausente, motivando nuestro anhelo!

Cuando el náufrago perseguido por Poseidón hace su aparición entre las cañas, sucio y desnudo, y habla a Nausica, la joven hija del rey, las marcas del tiempo se dejan percibir en él. No es solo su apariencia, es también lo que dice: es un hombre que ha vivido mucho y ha conocido la belleza en todas sus formas. La de aquella joven lo confunde.

Luego el huésped es recibido con todos los honores debidos a un extranjero en el país de la hospitalidad.

En el transcurso del banquete ofrecido por Alcínoo en su honor, Ulises escucha cómo el aedo canta episodios sucedidos bajo las murallas de Troya y en los que él mismo ha participado. En boca de otro, a saltos, su propia historia de los combates que tuvieron lugar le llega al corazón.

Restituida de nuevo a su forma oral, cuatro siglos después de aquellos sucesos, la epopeya revela al héroe quién es realmente. La obra narra este momento de una forma muy tangible y visual. Reproduzcamos aquellos instantes en que Ulises se reconoce a sí mismo.

Las lágrimas acuden a sus ojos, que por dos veces cubre con su túnica; desaparece para que nadie vea su rostro y luego aparece de nuevo para confesar quién es, como si aquel poema le hubiera permitido reconocer la imagen del héroe en que se ha convertido. Devenir uno mismo ha sido una larga prueba vital. La celebración de sus hazañas por parte del aedo le permite al fin conocerse y también darse a conocer.

Ahora puede ya decir su nombre: «Soy Ulises».

Soy Ulises, un contrapunto a la respuesta que dio al Cíclope en una de sus anteriores aventuras: «Soy nadie». Ahora confiesa su identidad de forma muy distinta a cuando gritó con arrogancia su nombre al Cíclope

burlado, mientras su barco, con él y lo que quedaba de su tripulación, se alejaba de allí: «Soy Ulises, hijo de Laertes, mis tretas me han hecho célebre entre todos los hombres y mi gloria alcanza el cielo».

Las palabras de vanidad y triunfo no bastan para hacerse coronar.

El mendigo desnudo, hambriento, el cuerpo empapado de barro, lanzado como un desperdicio a la orilla, halla también en el relato de sus aventuras su verdadera realeza. Los extremos se tocan: humillación y reconocimiento. Revelar su verdadero nombre exige someterse al orden del mundo. Un lento emerger, a cuyo término se produce la metamorfosis. Diez años de guerra, diez años errando para alcanzar la identidad a través del sufrimiento padecido. Ya puede contar él mismo su relato, a la vez héroe y narrador consagrado.

La lectura me traslada a la infancia, a mi infancia. A cuando acabó la guerra, a una niñita huida del desastre que ayudaba de buena mañana en las tareas domésticas en el café, en un país extranjero. ¿Qué puntos de referencia podía tener? Padre y madre ausentes, un linaje borrado, familias abolidas y ya lejanas, a las que jamás conocí. ¿Quién soy yo? ¿Cómo habría podido decir mi nombre? ¿Qué nombre?

Mi nombre y apellidos eran los últimos de la lista que pasábamos por la mañana en la escuela. Encima, era impronunciable. Una W tras la larga lista de los Martin, Marguerite o Lelièvre. La singularidad me pesaba y para vencerla me encantaba volver el alfabeto del revés con mis éxitos escolares. Necesitaba hazañas, ser la primera en todas las asignaturas, incluida la de lección de las cosas[2]. Era un combate a la medida de aquella niña venida de lejos, de alguna ciudad desaparecida.

No sé qué sombra de vergüenza se metió en mi interior, pero al poco de mi llegada me pasaba el día brincando por las aceras del pueblo, cantando a voz en cuello el estribillo de moda de la época: «Es la romanza de París, florece en las esquinas de las calles»[3], a fin de dejar clara mi ascendencia parisina, de reivindicarme como tal. Nada de una niña de aquí, como decían divertidos los vecinos del barrio. De aquí no, no era uno de ellos; lo sentía así, con toda el alma, y para disimular ante mí misma, fanfarroneaba.

Sin embargo, la parisina no era una singularidad gloriosa. «Parisien tête de chien Parigot tête de veau»[4], me gritaban los críos del pueblo al salir de la escuela. Con todo, mejor eso que un origen susurrado a veces en el bar… cuidado con los oídos alemanes, con los colaboracionistas, nunca se sabe. Varias semanas después de mi llegada, se arregló el problema: me convertí en la niña adoptada de la familia, la pequeña Medea. Una dinastía mítica de la que pasaba a formar parte. No lo entendía, pero yo era una niña del mundo antiguo y de sus masacres, transmitidas muchos siglos después.

¿Cómo pronunciar su nombre? ¿Con qué escudo pertrecharse para esconder la diferencia?

Las palabras eran mi único territorio, entre ellas me sentía como en casa, a salvo; conseguían hacerme olvidar el omnipresente sentimiento de acecho.

Mientras escribo, vuelvo a hallar el antiguo placer de las palabras en el patio del colegio de niñas, después de la cena, en el recreo que precedía subir al dormitorio. En la inmediata posguerra, las niñas internas llegadas del campo a la capital del departamento éramos como monjitas, custodiadas muy de cerca por un ejército de señoras mayores y vigilantes: la enfermera, la administradora… hasta llegar a la cima, la directora. Todo estaba prohibido en el estudio, incluso la lectura de novelas. Dumas y Balzac, proscritos.

Después de la cena, apenas nos concedían un breve tiempo para respirar y hacer la digestión; a partir de las nueve de la noche, silencio obligatorio y oscuridad total en el dormitorio. En nuestro interior, las ganas de escapar eran intensas, pero no teníamos gran cosa para nutrir nuestros sueños. Procedíamos de familias pueblerinas de origen modesto, no contábamos con muchos detalles con los que soñar en un mundo que apenas salía del negro y del gris.

Cada quince días nos dejaban volver a casa. El sábado, dispersión hacia todos los rincones de la comarca; veíamos a la familia y nos traíamos provisiones caseras para el desayuno. Bien guardadas en el casillero. Poca variedad en mi caso: un gran tarro de mermelada de ciruelas, que a los pocos días había vaciado ya. Después, vivía de la generosidad de compañeras más favorecidas, de su amplia provisión

de chicharrones y patés.

¿Qué podía ofrecer yo a cambio? Tras el armisticio, las sesiones de cine del sábado noche se habían reanudado en el pueblo. El cine Le Select —una verdadera sala municipal, nada de pequeñeces— me ofrecía la oportunidad de aportar un buen lote de historias que contar y con las que mantener a las compañeras internas sujetas a mi autoridad.

Yo absorbía como una esponja la novela que desfilaba en la pantalla, enamorada de Clark Gable, el seductor del bigotito, un falso duro al que las mujeres acababan ablandando. Todavía oigo mis sollozos en la oscuridad de la sala del Select y las risas de los espectadores, que de sobra sabían de dónde venían esos lloros, comprensivos hacia la niña llegada allí de casualidad, que sucumbía una y otra vez al poderío de las imágenes.

Los lunes por la tarde se formaba en el patio del colegio un corro a mi alrededor y yo daba inicio a mi narración. No recuerdo si mimaba mis gestos; eran la seducción de los personajes o bien la de mis palabras en el silencio de la noche que caía lo que me arrastraba. Los acentos de la pasión, la fogosidad, la rabia. Las lágrimas se deslizaban de los ojos de las pequeñas campesinas petrificadas. Qué viene ahora, raudal de palabras, sueño de un país extranjero…

La escritura es un país. A menudo me transporta, de noche, sin brújula. Las palabras circulan en lo invisible, se coagulan como islas minúsculas, y en el momento en que ponemos pie a tierra, se borran tan rápido como llegaron.

En vías de extinción

ESTREMECERSE OTRA VEZ en brazos de Clark Gable, ¿cómo era posible que Scarlett dejara pasar de largo la felicidad y prefiriera en su lugar a aquel tronco con buenos modales al que ella infundía terror?

Durante la última hora de estudio, destinada a hacer los deberes, yo preparaba las palabras del relato que luego, en el patio, me encargaría de relatar. La vigilante, la señorita Carillon, me observaba atenta, esperando el momento en que levantara la cabeza para indicarme con su dedo en forma de gancho que me acercara a su mesa. Sin mediar palabra, metía la mano en mis ejercicios de latín con los que iluminaría sus comentarios cuando a continuación empezara el desfile de las demás alumnas, poco inspiradas en asuntos latinos. De sobra sabía ella con qué facilidad resolvía yo las dificultades del De viris illustribus. El latín era mi juego favorito. Era como un trabajo de albañilería, bastaba con colocar las piedras en el orden adecuado y el cemento de encima sostenía el edificio.

La veo, su inverosímil rostro de pelo gris recogido en un moño que dejaba entrever una cara flaca y arrugada. Tiras de algodón sobresalían de sus oídos, aún hoy no me explico por qué, con qué propósito. ¿Eran tal vez antenas para detectar ruidos sospechosos? ¿O acaso me he inventado ese detalle cuando me ha venido a la memoria el algodón? Una escena muda en pardo y gris. Tras haber absorbido mi trabajo, para así hacer buen uso de él con las restantes alumnas bloqueadas por la dificultad, expresaba su asentimiento con un gesto de cabeza. Ya podía volver a mi sitio.

En mi recuerdo, Scarlett permanece inmóvil en el cartel de la felicidad rechazada, pero a algo más de distancia veo las poses y las manías de aquel inverosímil ejército de mujeres desvaídas, de pelo gris y tenues palabras, a quienes se confiaba nuestra salvaguarda. Al verlas emerger del mundo de las sombras me impresiona haber

podido estar cerca de semejantes especímenes, como si me adentrara en una galería de especies amenazadas o extinguidas.

Tuve ocasión más tarde de participar en la renovación del Museo de Historia Natural, renovación de otro lado necesaria, porque el deterioro de aquella galería, sumida por entonces en la oscuridad, era la verdadera imagen del fin del mundo. Mi galería, por su parte, era más modesta, aunque también el reino de las especies que existieron en mi colegio estaba llegando a su fin. ¿Era yo consciente de ello? Los especímenes permanecen gravados con punta seca en mi memoria.

La señorita Raquette, la profesora de inglés, con su tez color ladrillo, como un ídolo primitivo en lo alto de un mástil. Por la calle la veías ir sola por la acera, farfullando. Se comentaba que pensaba abrir una leprosería cuando se jubilara. ¿Qué clase de enfermas éramos nosotras para ella? Nos torturaba con su inimitable acento en inglés. Teníamos que repetir las palabras una y otra vez, torciendo la boca hasta dar con su estilo. ¿Cómo hacen esos ingleses para escupir de semejante manera?

No es difícil imaginar el lío que se organizaba en esa doncellería cuando entraba un macho, uno de verdad, a enseñarnos matemáticas. Una irrupción marcada por la exigencia: una vez sentadas y en silencio, sacábamos los cuadernos, y las preguntas de álgebra se sucedían a la velocidad de una ametralladora. Big Jack disparaba más rápido que su sombra, como un Dalton. Aquel verdugo se convirtió sin tardar en verdugo también de corazones. No cabía duda: Rhett Butler había irrumpido en nuestras vidas.

Podría continuar mucho tiempo más con la recensión de aquel Museo de Historia Natural del colegio de señoritas.

La clase de Ciencias Naturales podría haber sido de gran utilidad para aprender a clasificar las especies desplegadas ante mis ojos. Pero no fue así. Nada podía explicar el lugar que Zezette ocupaba y la función que ejercía, excepto algún que otro conocimiento práctico en materia de recogida de setas. Las venenosas, de sombrero rojo salpicado de copos blancos, como la mortífera amanita phalloides, que merecía una lámina en colores en el Petit Larousse ilustrado, eran todo el conocimiento que los muchos años

de enseñanza de las ciencias habían permitido acumular a Zezette, a cuyo susurrar se sumaba un pelo en la lengua.

Salí de allí con el bachillerato en el bolsillo y pocos conocimientos. En cambio, había recibido una formación inigualable sobre el parque zoológico de formas específicas de humanidad. Un campo de observación y de curiosidad por la especie y por los múltiples detalles anatómicos que la componían se había abierto ante mí sin yo advertirlo, aunque el mundo al que hacía referencia era un mundo en vías de extinción. El colegio destinado a señoritas no merecía aún el nombre de Instituto, pero no importaba: después de la guerra se ponía a enseñar al primero que pasaba por allí. Aunque su desaparición se anunciaba ya. Tal y como yo lo había conocido, iba a incorporarse sin tardanza al atlas de los mundos perdidos.

Fuera de allí, la realidad había empezado a recobrar su colorido. Hollywood barría ese mundo viejo, y también mi hastío, y me proporcionaba material para encandilar a mis compañeras de internado con la magia en tecnicolor de las estrellas de Lo que el viento se llevó.

Un sueño infantil

LA FASCINACIÓN POR UN HÉROE puede hacerlo entrar en el círculo de los seres familiares. Por antiguo que sea, puede entonces manifestarse muchas veces, como si hubiera revivido. Me acuerdo de la señorita Burlat, mi profesora de Historia en el colegio de señoritas después de la guerra. Con su blanca y bien cuidada cabellera, sus labios de color cereza sangre y su aire triunfal, no se parecía en nada a las tres Parcas, a las que me niego a calificar de profesoras. Aquellas solteronas encargadas de darnos clase parecían salidas de un herbario de vegetales secos y torturados por el tiempo. A ella siempre la animaba una pasión dominante, que destapaba cada 2 de diciembre.

Yo estaba en sexto de bachiller, el invierno estaba próximo. Comenzó la clase. ¿Qué día es hoy? Un largo silencio, aterrorizadas. Elevando el tono de manera militar clamó: «¡Pero señoritas: Austerlitz!».

Bonaparte era su astro rey, iluminaba su vida de soltera; a menos que tuviera algún asunto por ahí, se oían cosas. La novela de la historia no se entiende hoy en día como se entendía entonces. Para ella, era una novela de amor. Aquella novela nos transmitió el sentido de las conmemoraciones, el gusto por hallar la historia en el presente, de modo parecido a cómo lo vivió un hombre que se hizo célebre en su búsqueda por resucitar a Aquiles y a Héctor, quienes desde pequeño velaban su sueño.

Ante el grandioso descubrimiento del sitio de Troya, origen de aquellos héroes, retrocedemos al sueño de un niño nacido en Alemania hace dos siglos, Heinrich Schliemann, quien, siguiendo las huellas de sus héroes, logró revivir ante los ojos del mundo la Grecia de Homero. Schliemann provenía de un medio social

modesto, la suya no fue una infancia privilegiada y pronto se vio obligado a abandonar los estudios. Su padre lo había iniciado en la lectura de la Ilíada y de la Odisea: aquellos cuentos, relatados para dormir al niño, mantuvieron a este despierto el resto de su vida, en pos de un mundo que yacía enterrado.

Desde sus primeros años, Schliemann se hizo con un bagaje de relatos que llevaba a todas partes. ¿Por qué yo no tuve nada de eso? Ninguna imagen, ninguna palabra mágica. Sin embargo, me rodearon de afecto, fui una niña largo tiempo deseada y única. Si quiero encontrar el tono de mi pasado, lo único que resuena es la risa de mi padre. ¿Me durmió con cuentos? Nada quedó en mi memoria, aparte de mi negativa a abandonar la cama de mis padres. Pataleaba, vociferaba; era una niña insoportable, por lo que más tarde me contaron en el pueblo.

Pero si me paro a pensarlo, ¿qué cuentos podían contarme? La historia de su época la marcaron los héroes a los que admiraban: el capitán Alfred Dreyfus, León Blum. Mis padres, Jacques y Fanny, no soñaban con aquel lejano país en Palestina, sino con una Europa en la que hubiera libertad e igualdad para todos. Nada de viernes noche a la luz de las velas, o de templo de Jerusalén o cautividad en Egipto.

Cuando llegué al pueblo era ya demasiado tarde para cuentos, y tampoco había tiempo para contarlos: había clientes en el café, partidas de cartas por la noche. Así que recogía lo que andaba en el ánimo de aquel tiempo: Las dos huérfanas, Sin familia o Cosette, todos ellos relatos de víctimas que me servían de inmediato como espejo. Indefectiblemente, la salvación para mí solo podía venir de la mano de un hombre como Jean Valjean. De él esperaba que cambiara mi vida.

Para el niño alemán de dos siglos atrás, el oro mítico de la ciudad fastuosa resplandecía aún. Creyó en su realidad desde el principio. Al leer el relato de su fabuloso éxito, y a tenor de los oficios que desempeñó, vemos perfilarse un nuevo Aquiles de rizos dorados. Y también un nuevo Ulises. Su vida aventurera los encarna a ambos. De Alemania a Ámsterdam, San Petersburgo, California, hasta su regreso, todo cuanto toca se convierte en oro por una suerte de magnetismo. Empezó como vendedor de arenques para acabar

comerciando con polvo de oro; comerciante oportunista y astuto, supo acumular riquezas. Pero el oro adquirido no es el de siempre, lejos estaba él de aquel gusto depravado, fuente de toda traición; auri sacra fames, como condena Virgilio. Para Heinrich, fiel a sí mismo como pocos, el oro era solo un medio con el que realizar el sueño inscrito desde la infancia en su interior.

Frisaba los cincuenta cuando su éxito financiero le permitió comenzar una nueva vida, organizada punto por punto de manera estratégica: divorcio, nuevo matrimonio con Sophie, una griega de Atenas a la que había elegido a partir de una foto. De ese modo construye para sí una vida de una coherencia novelesca. No pocos errores y aproximaciones salieron a la luz cuando se contrastaron sus esfuerzos y sus éxitos con el relato que hizo de los mismos. De cualquier modo, fue él el hombre que, en 1873, hizo aparecer ante los ojos del mundo los cimientos de la ficción homérica, las murallas de una importante ciudad en la colina de Hissarlik, próxima al estrecho. Eran lugares que él recorría, Ilíada en mano; siguiendo los caminos cercanos al estrecho, localizó la ciudad, que imaginó toda oro y fuego. También guardaba en su memoria a Virgilio, quien describiría, nueve siglos después, el colosal incendio de la ciudad caída.

¿Qué importan el oportunismo, la impaciencia, las inciertas identificaciones, las manipulaciones? Schliemann creyó de entrada en el relato de Homero, en sus héroes, dedicó su vida a probar su realidad, remontándose tres mil años atrás en el tiempo. Para alcanzar la profundidad del pasado enterrado, proyectó su propia vida en una permanente ficción. ¿Fue honesto o mintió? Resulta difícil decirlo, me pierdo en esa enmarañada mezcla de ficción y realidad que moldeó el curso de las cosas. ¿Acaso no podemos aventurarnos y verlo como una suerte de verdad, por lo demás cautivadora?

Héroe de sí mismo, captó desde su más tierna infancia el hilo imaginario que lo conduciría a través de un dédalo de circunstancias. Una mitología personal paralela a sus lecturas. Durante la tercera excavación que llevó a cabo, desenterró numerosos objetos, que expuso en Londres. Por primera vez, el oro de Príamo resplandecía a los ojos del mundo.

Una imagen de entonces condensa su sueño: el retrato de una joven. Él, burgués de traje negro, sombrero de copa en la cabeza, chaleco y cuello almidonado, contempla a su reina, su nueva Helena. La coronó con una tiara de oro del tesoro que había exhumado. La colocó exactamente encima de su frente, hasta la raíz de los cabellos, recogidos en un moño redondo, y la remató a lado y lado con largos pendientes de oro.

¿Cuántos padres narradores de historias nocturnas harían falta para recomponer el presente a ojos de los niños? Tantos y tantos hoy en día, huérfanos, desplazados en campos de refugiados, abandonados a asesinos de toda laya. Padres ausentes, diezmados, reclutados. Durante siglos, el sueño de Homero nos ha acompañado. Héroes, gestos, fuerza y también belleza han estado a nuestro lado. Pero la cuna donde nacimos se ha hecho pedazos con enorme estruendo. Mesopotamia, la cuenca mediterránea, Irak, Siria, Mosul, Alepo. ¿Cómo volver a encontrar el camino de civilizaciones que han sido decapitadas?

Cabeza de oro

DEGOLLADO…

ante el altar, por la mañana, un anciano sacerdote celebra el oficio diario. Unos pocos fieles, apenas un puñado; un pueblo como tantos otros que prosigue con su día a día. La muerte se otorga el derecho de acudir allá donde menos se la espera.

Desde hace dos años, las noticias traen consigo a cada momento un exceso de horror. ¿Qué nos espera cada mañana, al encender la radio? ¿Cuál será hoy el instrumento del horror: un arma blanca, un cinturón de explosivos, un camión asesino? Un miedo latente, ni siquiera advertido, impregna nuestro comportamiento… cuando en el cielo de verano estalla el anuncio del atentado matutino: hacia las diez, dos siluetas negras han irrumpido en una iglesia de pueblo.

El cura fue acometido en el propio altar, al término de la misa. ¿Los rehenes? Una pareja de octogenarios y tres monjas, zarandeados por dos hombres de negro. Amenazas; uno aferra un cuchillo en la mano. Objetos de culto saqueados. El viejo oficiante yace en el suelo, antes del tajo mortal en la garganta. Y para finalizar, la fórmula: Al·lahu-àkbar.

En un mundo saturado de información, por un lado están los hechos, y por otro, el eco emocional que estos suscitan.

Una mañana de julio, unas víctimas inofensivas en el final de sus vidas, un celebrante convertido ante el altar en víctima del sacrificio, y unos malhechores reincidentes en un ritual sacrificial invertido. «¡Vete, Satán!», profiere el sacerdote antes de expirar, un exorcismo para ahuyentar a aquellos diablos de negro.

Degollado…

la sangre derramada ante el altar rubrica el horror del asesinato. La

garganta, fuente de toda manifestación de cuanto está vivo —la voz, el gusto, la palabra…— es el punto vulnerable que el enemigo busca con ahínco atacar. Así se dice en los feroces combates de la Ilíada. Al conocer la muerte de Patroclo, la inmediata reacción de Aquiles hacia Héctor, el asesino: «en el fondo de su corazón desearía cortar del blando cuello la cabeza y clavarla en una empalizada». Antes de dirigirse al combate, se imagina dónde va a golpearlo, «justo en la clavícula, donde la garganta y el cuello se unen con los hombros, por ahí es por donde llega la muerte con más rapidez». El conocimiento anatómico enriquece la técnica de la pelea, para así reparar la más infamante ofensa. Reducir al hombre a su condición animal, o peor aún, a algo que no merece ser designado siquiera.

La barbarie de hoy en día es más expeditiva. Antes del ataque, el asesino dejó un mensaje en Facebook: «Coges un cuchillo, te vas a una iglesia, haces una matanza; eso está bien. Cortas dos o tres cabezas; muy bien.» Y esos se tienen por sabios en teología: «Los cristianos son enemigos de los musulmanes.» En el coro de la iglesia quisieron conversar con las monjas acerca de la vida después de la muerte, sobre Jesucristo y sobre el Corán.

Para asegurar la posteridad a su gesto, el criminal llevaba un móvil, herramienta indispensable, que lanzó a uno de los ancianos. «Toma, cógelo y grábalo. Todo.» El asesinato filmado en directo y colgado en las redes sociales se ha convertido en un género de moda que provoca estupor. Desde las primeras decapitaciones: la de un guía de alta montaña enamorado del país en Argelia, los vídeos de Siria. Estupor, sí ¿Debemos o no mirar esos vídeos?

Aquiles, descrito como degollador de soldados, el mayor de los asesinos en combate, como se nos muestra al final del relato, escogió otra forma de pasar a la posteridad. Cuando en el colegio estudié la Antigüedad, no sentí la más mínima inclinación hacia aquel héroe dedicado a la guerra, vengativo, presuntuoso, mimado por los dioses. No encajaba con una niña que había elegido ser dócil para que la aceptaran, poco tenía que ver con la cría mimada e insoportable, o así me habían contado, que iba de vacaciones al pueblo. Ulises y sus artimañas me convencían más: un experto en comerciar para la supervivencia, capaz de los cálculos más precisos

para salvarse. ¡Un auténtico intrigante!

Yo había leído mal la Ilíada, algo que intento subsanar ahora, cuando la deprimente actualidad me da alguna ocasión de hacerlo. En los últimos cantos, cuando le anuncia la muerte de Patroclo, al que transportan temblorosos, el héroe de cabeza aureolada se cubre de cenizas, se arrastra por el polvo y lanza un terrible grito, «como la voz de la trompeta el día en que el enemigo destructor de guerreros rodea una ciudad»; un grito que presagia el día del Juicio Final. Y lo será, en efecto, para Troya la fastuosa. Le sigue después una avalancha de violencia iniciada por Aquiles, a la que el lector asistirá en directo.

Provisto de nuevas armas forjadas por el dios, encarna entonces al héroe épico «de los pies ligeros, de hermosas espinilleras»; recorre a pasos agigantados el teatro entero de la guerra, matando a quien se le pone por delante, sin mostrar piedad ante los suplicantes desarmados. En medio de una escenografía hollywoodiense, asistimos a la batalla gracias a un arte fílmico consumado: travellings para los panoramas sobre la llanura de Troya, primeros planos de las luchas cuerpo a cuerpo entre los héroes, fugaces visitas a las alturas del Olimpo, donde los dioses ansían mezclarse en la batalla, permitiendo que lo fantástico haga su aparición. Nada detiene a Aquiles, el Superman de la epopeya.

Se desencadena una violencia de dimensiones cósmicas: hombres, animales, plantas, el propio río Escamandro, se ven arrastrados en un tumulto universal. El ojo descubre que «por todas partes la tierra negra está inundada de sangre». Tierras de sangre. «En el agua del río, los guerreros nadan entre gritos, dando vueltas aquí y allá en los remolinos, rodeados de innumerables muertos que llenan las aguas». No se hace difícil imaginarlo: la actualidad se encarga de ilustrarlo tornando esas escenas en algo cotidiano para nosotros.

Pero aquel caos no es aún el fin de la epopeya de la guerra. Los dos últimos cantos se consagran a un doble lamento: el de Aquiles por su amigo Patroclo y el de Príamo por su hijo Héctor. El defensor de Troya ha muerto, pero la ciudad no ha caído aún. No hay en la Ilíada la menor mención al célebre caballo.

Un inmenso lamento cósmico se eleva para compadecerse del

desconsuelo de Aquiles. Tetis, su madre, acude desde el fondo de los abismos, se lleva con ella a todas las divinidades de los océanos, las ninfas del cielo. El universo entero se suma, los caballos y hasta los propios dioses lloran. Aquiles, solitario, tumbado en la orilla donde ruge el mar, humedece la arena con su llanto, sus lágrimas se mezclan con las olas. El mundo entero resuena con la tristeza del duelo.

Consumada su venganza en un combate feroz e incierto hasta el último momento contra Héctor, llega otra escena en la que el verdugo y Príamo, el padre anciano, que viene a reclamar el cadáver, comparten su llanto. Es el último canto de la Ilíada, su conclusión, un cambio radical. Aquellas palabras de súplica conmueven a Aquiles, quien recuerda a su lejano padre.

Es una imagen de inusitada audacia. Los feroces combates y la ira del héroe con que se abría la Ilíada ceden su sitio: la empatía sucede a la cólera, a la violencia asesina, al gusto por la sangre. Aquiles ya no tiene enfrente al padre de su peor enemigo, sino simplemente a un padre. Un largo abrazo los reúne a ambos en un duelo compartido. Las imágenes que ofrece el final de la Ilíada se cuentan entre las más bellas jamás creadas, constituyen una suerte de Muy ricas horas del Duque de Berry de la humanidad, aquel libro de horas del siglo XV manuscrito en latín y profusamente iluminado.

Al término de la epopeya, los héroes, instruidos por diez años de matanzas, son capaces de reconsiderarlo todo. Ante el cadáver de Patroclo, Aquiles ve un anticipo de su muerte, que ya antes su caballo Janto le anunció. Príamo, quien recorre en plena noche el camino hasta el campo de los griegos, se sabe cumpliendo un cometido insólito: «acabo de atreverme a algo que nadie hasta ahora había hecho: llevar a mis labios las manos del asesino de mis propios hijos».

Volvamos a leer esas páginas, la travesía del horror ha brindado la necesaria distancia para que cada uno pueda verse en el espejo de manera objetiva, reconocer al otro y reconocer en ese otro a sí mismo. La alternancia de puntos de vista en los dos últimos cantos, sean duelos o funerales, afianza la ecuanimidad del narrador. Cuatro siglos después de los hechos, hace surgir en la temporalidad del relato una conciencia propia de su época, ofrece una mirada a

distancia. Es un salto fuera del círculo fatal de la repetición, de una muerte tras otra muerte. Troya, Cartago, Coventry, Colonia, Mosul… Cementerios de piedra hasta el infinito.

La reparación se llevará a término: el cadáver mancillado de Héctor, cuyo cuerpo, tras abrirle la garganta, quería el vencedor dar a los perros para que lo despedazaran, recibirá los debidos honores. En una especie de alquimia, la violencia se convierte en oro. Aquiles, el degollador de soldados, de rictus extremo cual Gorgona en el combate, concede a su enemigo el ritual que garantizará a su hijo el reposo del alma. Es realmente el héroe de resplandeciente cabeza de oro.

El anillo de oro de Auschwitz

LA VIDA ENTERA DE SCHLIEMANN tal y como él la relata, pero también los hechos que realmente vivió, tienen un punto de verdadera novela. Me gusta sobre todo imaginar el instante en que desenterró su tesoro. Se llevaron a cabo varias campañas de excavación, realizadas con medios irrisorios: cestos y carretillas para extraer toneladas de escombros hasta al fin alcanzar la profundidad en la que reposaban los vestigios de las murallas. Tras no pocas decepciones y sinsabores, ahí estaban finalmente los restos de las Puertas Esceas, las mismas que se abrieron al vasto espacio en el que tuvieron lugar los combates frente a Troya. Un hito sagrado para el apasionado, allí donde habían tenido lugar las famosas escenas, indelebles en la memoria: Helena en las murallas, el adiós de Héctor a Andrómaca. Schliemann se ve allí, lo presiente, el oro de Troya está sin duda cerca.

Para evitar robos, mandan alejarse al equipo de excavadores y se quedan solos, él y su mujer. Aunque creo que lo hizo sobre todo para saludar, en silencio, el sueño consumado de toda una vida. Un sinfín de objetos de oro los aguardan a él y a Sofía, su asistente en aquel sueño desde que se casaron. Sofía extiende su chal en el suelo; yo misma me figuro su gesto. Me es familiar, me recuerda al de las campesinas llegadas al huerto cuando, tras haber desenterrado las patatas nuevas, las primeras, abren sus delantales para recogerlas; son los primeros atisbos de la cosecha que les permitirá pasar el invierno.

También yo recibí un tesoro, ciertamente de valor mucho más modesto, pero que sería para mí una poderosa fuente de memoria, aunque de entrada no supiera o quisiera reconocerlo. Joyas de oro, un lote pequeño: un reloj de mujer a la antigua para colgar de una cadena, una pulsera labrada y otra de niña, pendientes de color dorado oscuro y un anillo doble.

¿Quién me lo hizo llegar, y cuándo? Ni idea, no me acuerdo de nada. Solo puedo hacer conjeturas. ¿Lo habían envuelto en un pañuelo grande a cuadros, como los que suelen usar los hombres? ¿Quién se encargó de recoger aquellos preciosos vestigios de su existencia? ¿En qué momento lo hizo? ¿Fueron tal vez mis padres? Aquel tesoro se me aparece ahora como una luz en la historia de ellos, aquella historia que tan oscura me resultaba y en la que tanto miedo me daba indagar. El más mínimo esfuerzo en busca de la menor prueba de algo me daba pavor. Seguía siendo la niña aterrorizada por las noches, que recibía la visita de criaturas fantásticas, que evitaba mirar el rostro de la Gorgona tal y como aparecía en el escudo de un guerrero, puede que Aquiles o Agamenón, otro supuesto descubrimiento de Schliemann. El maléfico poder de aquel ser consistía en transformar en piedra a los hombres que osaran cruzar sus miradas con la suya. Sin embargo, los vestigios tienen mucho que enseñarnos si sabemos escrutarlos.

El periplo de un objeto puede de por sí ser una novela. El tesoro de Príamo cruzó siglos y continentes. Sin ser un especialista, Heinrich Schliemann poseía un instinto particular para los objetos, su emoción ante cada descubrimiento así lo demuestra. Aun presa del agotamiento, no cejaría en explorar otras tierras, en pos de nuevos descubrimientos, hasta su muerte.

Tras la exposición de Londres, el planeta entero se hizo eco. Todo un tapiz de la historia de Occidente salía a la luz: la prehistoria de Grecia. El héroe descubridor empieza a recibir presiones. El tesoro debe terminar en Berlín, en el Museo Histórico, coronando así la unidad de Prusia lograda por Bismarck y el Kaiser. En 1881, Schliemann se convence y dona su colección al pueblo alemán.

En julio, con toda pompa y boato, hace su entrada en Berlín, donde recibe el título de ciudadano de honor. No obstante, menospreciado por los investigadores universitarios, nunca será nombrado miembro de la Academia Berlinesa. «Schliemann es muy querido aquí. Sin embargo, sigue siendo un tipo medio loco, repleto de ideas confusas y sin la menor idea del valor de sus descubrimientos».

El oro seguirá por mucho tiempo ligado al destino del Imperio Alemán, derrotado en 1918. Lo recuperará más adelante Hitler, a quien su amor por las antigüedades lo lleva a soñar con reunir aquel

legado en su museo de la desmesura mundial. El museo tendrá sede en Linz, cerca de su villa natal. Equipos de ojeadores artísticos se encargan de rastrear la Europa sometida, y su arquitecto dibuja para él los planos de una réplica monumental del Partenón. El mármol más puro, columnas por doquier, un bosque de acantos.

Albert Speer es un auxiliar fiel. Para edificar tan delirante sueño promulga incluso una teoría de las ruinas. Germania: el imperio milenario anhelado por Hitler; su caída, que desde luego no tendrá lugar antes de mil años, deberá legar hermosos restos. Nada de montones de escombros ni fragmentos de hormigón armado, hay que imaginar un hundimiento estético. El arquitecto se pone a ello en cuerpo y alma. Se ha identificado un dibujo suyo que representa la gran tribuna de Nuremberg destruida y cubierta de hiedra. Una vez más, el talento de la organización se une a la obsesión por la perfección. Nada debe construirse sin antes haber concebido su aniquilación: Troya, Nínive, Sodoma, Babilonia, esos son los modelos. Pronto, la realidad pasará cuentas con aquel momento de la historia. Tras el desembarco aliado en Normandía, la derrota es ya evidente, el dictador ha enloquecido. Mantiene una única consigna: destruir y destruir hasta el final. El tiempo real de la devastación se abate; los monumentos arden, los sueños son arrasados. Tras la entrada de los soviéticos en Berlín, el tesoro de Príamo desaparece . Después, silencio y suposiciones. ¿Qué es lo que sucedió en medio del caos?

Durante el verano de la liberación, aparecieron unos primos lejanos. Se apearon en la pequeña y blanca estación y me llevaron con ellos. Me hicieron muchas promesas, estaban dispuestos, decían, a procurarme una educación privilegiada, algo a lo que jamás podría yo aspirar en los bajos fondos de un bar de pueblo. Me fui, huérfana de padres y también de la tierra en la que había aprendido de nuevo a vivir. Y me encontré en Belleville, encima de un montón de fardos de ropa usada para recoser.

¿Cómo se presentó ante mí el futuro del tesoro de Príamo, del que tan poco sabía? Fue la coincidencia entre una sucesión de atentados terroristas y una serie de conmemoraciones. No eran pocas: la Gran Guerra y sus sucesivos combates, la caída del muro de Berlín. Un

documental difundido en aquella ocasión atrajo mi atención hacia la odisea de aquel tesoro desaparecido tras el Telón de Acero. Disipado, perdido. ¿Para siempre?

La brecha abierta en el muro liberó, con ayuda del vodka, la palabra de sus principales protagonistas. Con ocasión de una visita a Grecia, Boris Yeltsin lo mencionó sin darse apenas cuenta, o simplemente por presumir: «El tesoro de Troya lo tenemos nosotros. Qué buena idea sería exponerlo aquí en Atenas, ¿verdad?».

Las autoridades soviéticas siempre lo habían negado. ¿El oro de Schliemann? Ni idea. Debió de desaparecer durante el hundimiento del Tercer Reich… Pero los sabuesos no cejaron en su empeño, auténticos entusiastas a los que la mera mención de las excavaciones emprendidas en la alborada del poderío alemán, tras la victoria de 1870, lograba hacer fantasear hasta el punto de consagrar a ello sus vidas.

No había estuche para guardar las alhajas de mi madre. Un rescate a hurtadillas, de urgencia. No lo había desde luego cuando la Gestapo entró una mañana para llevarse a la pareja; solo mi madre estaba allí. ¿Cómo podía intentar algo ante la mirada ávida de los agentes? Y él, ¿seguía durmiendo en la dependencia de la trastienda, dos habitaciones más allá del patio, con una escalera para subir? ¿O había salido a llevar a su niña querida a la escuela, más acogedora que la patria por aquellos días? Lagunas en la memoria nunca resueltas, pues el carpintero no era capaz de evocar nada sin que sus ojos se humedecieran por el llanto y los labios le temblaran. Imposible contar nada: no quería herir a la niña, quien a su vez no quería enfrentar la realidad. Yo seguía viviendo en una ausencia. Únicamente recuerdo una pequeña maleta, la de mi viaje de Argenteuil al pueblo. Ropa recogida de una niña mimada, un vestido de terciopelo carmesí, un abrigo de peluche, con su gorro y su manguito. En el pueblo, la niña no pudo seguir interpretando a la princesa. Los niños del barrio se mofaban, peluche, despeluche, y yo aparentaba el orgullo de la indiferencia, la cabeza bien alta.

Mucho tiempo después, del legado de joyas extraje el anillo doble de mi madre, que había pasado desapercibido a la Gestapo, y me lo puse junto a mi propio anillo de boda. Los anillos se podían separar, o se podía jugar con los dos sin separarlos; cada uno llevaba un

nombre grabado en su interior: Icek, Fagja. Pero no puedo afirmarlo con certeza, pues con los años hubo que soldar las dos partes, demasiado finas para seguir separadas.

El anillo fundía la vida de ambos. Fue un recorrido común, por lo que me contaron: jóvenes brillantes, militantes reconocidos, tanto él como ella. Cuando se lo pregunté, cuarenta años después, una mujer del pueblo recordaba aún a aquella pareja bajando por la calle de la estación hacia el café, su porte, su aspecto agradable. Se notaba enseguida que no eran del pueblo, me contó. Un marchamo de belleza extranjera.

Inseparables, tan cruelmente separados como sea posible concebir, a fin de afrontar la insoportable prueba. De Drancy partió el último convoy 45 antes del invierno, el 11 de noviembre de 1942. Mi padre fue arrestado unos días después y permaneció en el campo de Beaune-la-Rolande hasta su salida en el convoy 47 del 11 de febrero. Cada uno de ellos dejó su última tarjeta dedicada a los que quedaron.

Cuando él llegó, ella estaba todavía en Birkenau, lo he comprobado en el archivo. Hubieran podido cruzarse, reencontrarse, quién sabe, en aquella inmensa planicie de muertos vivientes. Pero todos o casi todos los miembros del convoy 47 fueron exterminados en cuanto llegaron.

Mi padre y mi madre no se reencontraron en el final de aquel terrible invierno de 1943. Ella en la soledad más absoluta, sin noticias de los suyos, y él con la certeza de que su niña había sido salvada antes de desaparecer.

Joyas, cartas. Durante mucho tiempo he perseverado en mi negativa, por miedo a mirar las pruebas de frente, por miedo a preguntar. Para la niña que seguí siendo, ningún indicio, palabras poco creíbles, «papás de viaje», gastadas nada más pronunciarse. Una mentira, una ficción. La búsqueda de realidad no era mi camino. ¿Qué respuesta esperar?

La busqué demasiado tarde. Primero hubo un ruego no formulado, la desesperación silenciosa que se dejaba llevar suavemente al fondo del olvido. Su ausencia me ha acompañado toda la vida,

ahora puedo escribirlo sin mentir. ¿Han encontrado mis palabras la emoción adecuada para acercarme a ellos? Los rostros juveniles de sus fotos se animaron de manera imperceptible, el frágil estremecimiento de un párpado, de un pliegue de los labios. Un pálpito de vida desde el fondo del mundo oscuro. Mis fantasmas encontraron su modo de permanecer a mi lado; la suya fue una vigilancia benévola.

Reino de la sombra

MI MADRE FUE RELEGADA de inmediato al reino de las sombras. Ahí sigue, de ella solo guardo una difusa traza en la trasera sombría de la casa de entonces. ¿Por qué me extravié tanto?, ¿fue por indiferencia o bien por los celos de una niña preocupada por acaparar el amor del dios padre? Poco me queda de mi madre, aparte del anillo de oro y una nota en papel verde que llegó de Drancy, aislada en la carpeta recogida por el carpintero que contenía la correspondencia de Beaune-la-Rolande, en la que mi padre describía la vida en el campo.

Inscrito en mi ojo interior, casi en la oscuridad, percibo el contorno más sombrío de una figura de espaldas, en la parte de atrás de la cocina. Inclinada, sin duda encima del fregadero, en la sombra y el silencio. Ahí está esa imagen fija, sin palabras, sin mirada. Aparece como recluida en un mundo cerrado, ante una ventana que da al patio interior y no deja pasar claridad alguna. Al lado hay una puerta, no muy visible. ¿Fue por ahí por donde entró la Gestapo aquella mañana de octubre, o fue por la puerta de la tienda? ¿Estaba abierto ya el postigo rojo sangre que daba a la calle Saint-Germain?

Una espalda, ninguna presencia. Imposible hacer que se dé la vuelta después de tantos años, tuve que renunciar a ello a pesar de mis esfuerzos por devolver a la vida un pasado borrado. Imposible contemplar su rostro, sus ojos abiertos azules del color del agua que fluye y en la que uno desearía perderse, de tan hermosos. La contemplo en una foto de joven, de los tiempos de Kojenice, tal y como la vio mi padre, el militante de la libertad para todos, judíos y mujeres, pero me es imposible captar su mirada. No hay intercambio. Lejana y fascinante, pertenece a un espacio en el que no puedo entrar.

Su espacio es la sombra; la niña que soy se halla firmemente

instalada en otro lugar, en la claridad, que nadie intente echarla de allí. Helena, la adorada de mi padre, reinando en medio de la tienda. ¿Qué belleza podría hacerle sombra? Rumor de voces, carcajadas, el color dorado del té que va pasando de mano en mano. ¿Por qué aparté así a mi madre del espacio de la vida? Es imposible que la sombra fantasmal se vuelva hacia mí y me tienda los brazos. Toda la vida echaré ese abrazo en falta.

En la Odisea, en el reino de las sombras al que se ve obligado a descender, Ulises encuentra a su madre: «No tenía más que un deseo, abrazar la sombra de fuego de mi madre Por tres veces me lancé; todo mi corazón la quería. Por tres veces, entre mis manos solo fue una sombra o un sueño que voló».

Por lo menos él la ve, le habla. Yo intenté penetrar la sombra profunda que la recubre, con la ayuda de las escasas huellas de su paso cerca de mí, esas nimiedades de las que dispongo: su contorno sombrío, el color amarillo de una rodaja de limón flotando en el té dorado, palabras en yidis, dos o tres, gefilte fish, kneidl, mazo. Poco es, pero es todo lo que el mundo sentido y perdido de la infancia trae consigo.

¿Acaso no soy el niño dios, Aquiles, a quien le basta con llamar para ver acudir a su madre, la ninfa Tetis, desde el más profundo de los océanos? En un instante se presenta, «siempre presta a volar en su ayuda, día y noche». Cuando, desposeído de su botín, hace explotar su rabia, el guerrero sin par no es más que un niño encolerizado que necesita ternura. Solo la madre lo calma con sus caricias, con sus promesas consoladoras. Acude para apaciguar su cabeza rubia y rizada. Él llora entre sus brazos, toda su tensión decae, y el lector, escapando a la lógica de la confrontación y el combate, accede a un mundo donde la dulzura femenina reina como una nube que envuelve al héroe.

Y sin embargo, no logrará conservarlo, ella lo sabe: su destino de mortal ha sido sellado. La inmortal no podrá transmitir ese supremo privilegio a su hijo. ¡Qué desconsuelo para una madre! ¿Para qué su sacrificio, para que se unió a un viejo para evitar un mal mayor, un hijo criminal de Zeus, como el oráculo le había vaticinado? Ella había consentido: no sería una unión celeste, un mortal bastaría. Sin embargo, no hay recompensa alguna a su sacrificio, solo la muerte

que el destino ha escrito para su hijo Aquiles, en todo semejante a un dios.

Toda madre se quiere diosa y poderosa para su niño. Iría hasta el infierno como Deméter, la diosa rubia de las cosechas, quien busca allí a su hija Perséfone, raptada por el dios de los muertos. La mía también, estoy segura, hizo todo para no perderme, pero ningún contacto sensible me lo hace notar, ningún recuerdo de su tacto, de una caricia. Cuando la necesidad de hallar alguna pista se impuso, también yo, como Ulises, tuve que emprender un viaje al país de los muertos. «Un país cubierto de nubes y de brumas que jamás atravesaron los rayos del sol, sobre los infortunados que la habitan pesa una noche de muerte». El país de los Cimerios, el más septentrional, antesala del Hades, tiene su equivalente moderno, el país más oriental de nuestro continente. La misma descripción se le ajusta: «Esos lugares no se ofrecen a las miradas de los vivos».

Cuando la necesidad de reencontrar el pasado se impuso, inicié mi serie de retornos. La ciudad, Argenteuil, y para terminar reuní el arrojo suficiente para ir a Auschwitz-Birkenau junto a profesores expertos en el Holocausto. Era la primera vez que intentaba mirar a la muerte de frente. En el campo, con la ayuda de un joven investigador americano, pude acceder a los archivos. Yo leía por encima de su hombro, me sostenía su emoción, sus ojos empañados. Ninguna mención de mi padre. Pedí verificar de nuevo todas las categorías de fichas: ningún rastro de Icek.

La arqueología de la memoria necesita registros de una especie distinta a los de Schliemann, pero las emociones que suscitan son a veces comparables. Deseando encontrar como fuera, aunque sin éxito, el atestado de que mi padre había desaparecido, era como Heinrich persiguiendo su sueño infantil. En un momento de la búsqueda del palacio de Ítaca y del famoso lecho excavado por Ulises en el interior del olivo, creyó haberlo encontrado. Su agudo sentido lo guiaba en las campañas que emprendía: relata cómo, apartado de su desmoralizado equipo, había desenterrado con su cuchillo un montón de pequeñas vasijas con cenizas humanas.

¿Era aquello realmente Ítaca, los restos de Penélope, de Ulises, de Telémaco? «Habría dado cinco años de mi vida a cambio de una inscripción, pero no la había; lástima». No había posibilidad de

encontrar las cenizas de más de un millón de cuerpos incinerados en Auschwitz. Las habían tirado al lago o las habían reciclado. A un siglo de distancia se cotejan una civilización de la vida reencontrada y otra de la negación de toda humanidad.

Lawrence, el joven americano, encontró en el archivo dos fichas repetidas con el nombre de mi madre. Supe así que había vivido un año en el infierno, hasta noviembre de 1943. ¿Prolongaron esa dilación sus hermosos ojos del color del agua?

Mirada póstuma

TAL COMO LO HAN TRANSMITIDO, imaginado, presenciado Homero, Virgilio, Dante, Primo Levi, el viaje al país de los muertos pertenece al periplo de la vida. Como Circe indicó a Ulises, para reunirse con los desaparecidos hay que llegar hasta la Piedra, allí donde confluyen el Aqueronte y el Estigia, los ríos del dolor. Una vez ahí hay que excavar la fosa o derramar la sangre del sacrificio para traer de nuevo a la vida las «cabezas sin fuerza». Y allí «acudían en masa en torno a la fosa con gritos horribles: yo palidecía de temor», confiesa el héroe.

Hundirse en el cráter del espanto, el fuego y las cenizas. Desde el fin de la última guerra, aquel que franquea el portal donde se alza Arbeit macht frei entra en un mundo radicalmente distinto, «lejos de los dioses, lejos de los hombres», la conquista de siglos de civilización. El pánico en estado puro, sin voz, sin palabras. ¿Cómo transmitir aquella solitaria tarde de invierno, aquellas dos o tres horas que pasé en Birkenau en absoluta soledad?

Tras esa primera visita tuve ocasión de regresar a esos lugares de la muerte absoluta. Junto a ciertos resultados electorales, el riesgo del negacionismo renacía. El ministro de Transportes fletó entonces un avión para llevar a estudiantes de secundaria a Auschwitz. Me invitaron a unirme a ellos. A mi llegada, sin nada convenido de antemano, me aparté del grupo que se dirigía al museo y fui en otra dirección. De mi anterior viaje recordaba la topografía del lugar, y más o menos el trayecto. Me dirigí a Birkenau, que quedaba cerca.

Era por la tarde. El cielo gris, los matorrales dejaban caer su escarcha, gota a gota. Ante mí, de inmediato, la inmensa extensión hasta el infinito, el paisaje roído por la erosión, llano, listo para desaparecer bajo tierra, salvo difusas líneas salientes, restos de antiguos barracones de madera igualmente amenazados. ¿Por cuánto tiempo?

Permanecí en pie un buen rato —caía el frío, que penetraba en los huesos—, y pronto perdí la sensación de necesitar nada. Las funciones internas quedaron en suspenso: avanzar, decidir, pensar… ¿en qué? Un estado fatídico iba infiltrándose en mí, el embotamiento te convertía en su presa a medida que la Gorgona se acercaba. El sol se había vuelto un círculo de amianto, en la lívida llanura todo se había detenido; iba a convertirme en piedra, un último ser viviente congelado…

Aquello fue lo único que pude ofrecer a mis padres en la que fue su sepultura: abismarme en mis pensamientos sin reunirme con ellos. Lo había intentado al principio, al pasar frente a los edificios de ladrillo destinados a las mujeres, en los que probablemente encerraran a mi madre después del trabajo, antes del gélido despertar. Desde su arresto, permaneció en la más absoluta soledad, sin noticias de su niña ni de su marido. ¿Qué pensamientos me asaltan mientras me acerco al crematorio, derruido tras la precipitada huida de los nazis? Intento imaginar cómo conducen a la hilera de mujeres hasta allí; esfuerzo ridículo por mi parte, solo ellas podrían hablar, solo ellas tienen legitimidad para ello.

Solo sé que aquel terror paralizante que se apoderó de mí en ese lugar tenía que ver con mi pesadilla de niña en el pueblo. Volvió muchas más veces; por las noches la temía más que a nada. No fue al principio de llegar, sino como un año después. Por aquel entonces estaba ya integrada: escuela, catecismo, comercio.

Pero, por la noche, bajo el edredón de plumas de oca en el que me acurrucaba para combatir el frío, la señorita pesadilla se anunciaba. En un cielo gris se perfilaba una fina columna de humo, más gris aún. Ascendía lentamente, como atraída hacia las alturas, más allá de las nubes; arriba y arriba, hacia un cielo blanquecino en el que pronto se desvanecería. Angustia terrible, también yo iba a desaparecer, mi destino estaba ligado a esa columnita de humo. Justo antes de que se diluyera, me despertaba, empapada de sudor bajo las plumas. ¿A quién podía contar aquello? ¿Cómo tomarse en serio un sueño sin rostro, ni lobo, ni ogro?

¿Quién me enviaba esa columnita de humo, aquella clave del secreto? Un vestigio presto a difuminarse en el cielo blanco. ¿Era Fanny, impalpable ya, que venía a visitar a su niña al cabo de un

año de llegar al campo?

¿Qué creer? Estas cosas no se inventan, vienen dadas.

Delirio, dolor sin esperanza.

A mi vuelta a París, me obligué a abrir la carpeta que me había remitido el carpintero por mis veintiún cumpleaños, mi mayoría de edad. Era la correspondencia clandestina recibida de mi padre, cautivo en Beaune-la Rolande. Me quemaba en las manos, siempre escondido, siempre extraviado entre los libros. «No deshacerse de esto en ningún caso», había escrito el carpintero con pluma fina color violeta, como los maestros de escuela de antes.

Entre las hojas variopintas que mi padre iba encontrando, se había deslizado una nota de mi madre, una carta escrita a lápiz desde Drancy, dirigida al portero de la casa de Argenteuil. Lo imagino, mirándolo con atención por encima de su binóculo, sin gran benevolencia. Una vez confirmada la detención de la pareja, había sido designado administrador de los bienes que habían dejado atrás.

A mi madre no le quedaba otro destinatario. Leo y transcribo aquí la carta, tal cual la escribió, faltas y erratas incluidas. Me he servido de la lupa para descifrar los párrafos casi borrados:

Me voy hoy a un destino desconocido desde que me fui, no he tenido noticias de nadie tengo la moral alta y espero volver pronto diga a Jacques que pienso mucho en él y en mi hermanita Helena. Su cumpleaños es el 20 de noviembre diga a mis amigos que le compren algo.

Dé noticias a todos los amigos y no hay que mandar nada más para mí si tuviera ocasión le escribiría muchos besos a todos [ilegible] mil veces les mando mis pensamientos más profundos Fani.

Sin margen, hasta el borde del papel disponible, escritura de

urgencia, últimos intercambios con el mundo de los vivos.

Retorno a Aurion

ANTES DE ENTRAR EN EL VAGÓN, su último pensamiento en tierra común fue el envío de un regalo a su niñita, su “hermanita”, escribe mi madre. ¿Confundió las palabras? Me lo pregunto. El tiempo ha enturbiado profundamente los órdenes del parentesco. Los padres no han envejecido, siguen siendo jóvenes en las fotos de familia, esas pocas que dan testimonio de su vida. ¿Y quiénes somos hoy nosotros, huérfanos a lo largo de una dilatada existencia, convertidos en padres de quienes murieron en la flor de la vida?

Su juventud perdura, como la del Aquiles que se lamenta en la oscuridad del Erebo. Ellos no escogieron lo que les tocó sufrir, una vida breve y una muerte anónima entre millones de muertes más.

Mientras mi madre se encaminaba a un destino desconocido, el tren de París me llevaba a un lugar seguro, a Evron. Curioso nombre. ¿Tendrá algo que ver con Hebrón? Hubo allí redadas de judíos en 1942. ¿Lo habían elegido como refugio, siguiendo una tradición milenaria? El pueblo me apartó de la masacre, fue mi escudo ante el peligro y mi salvación. Viví allí en un mundo legendario, ancestral, cuyos rituales se perpetuaban desde los remotos tiempos de la Edad Media.

Se veneraba a la santa patrona de la iglesia, Nuestra Señora de la Espina, cuyo milagro había motivado la construcción del templo. La Virgen había permitido a un peregrino regresar de Palestina, ¡largo y duro camino!, apartando milagrosamente una monumental zarza. ¡Nosotros sí que sabíamos de zarzas! Cada año, durante los brillantes días de septiembre, antes de volver al colegio, regresábamos a casa con los brazos y las piernas llenos de arañazos tras recoger zarzamoras entre la maleza.

En Evron nada había cambiado, excepto el nombre. El antiguo, bien acreditado, lo descubrí en los archivos, es Aurion. Me conviene ese

nombre: corresponde a mi visión de infancia, a mi necesidad de protección. En ese país de leyenda, siglos atrás, la niña vivió muy, muy lejos de la verdad y de ella misma.

Tardé bastantes años en volver al pueblo de mi infancia: por la lejanía respecto a París, por las responsabilidades y, sobre todo, por mi deseo de salir del pasado. Quedaban aún allí testimonios de mi historia, y sobre todo un amigo muy querido. Lo había elegido hacía tiempo entre los miembros de la banda de pillos del barrio, si bien él no era un pillo. Con sus divertidas y sorprendentes salidas lograba caricaturizar a algunos de los habitantes notorios del pueblo, el cura entre ellos. Tenía un humor y una guasa desternillantes. Poseía un talento extraordinario para captar con precisión el acento, el dialecto, los gestos, las reacciones. Me encantaba aquel constante despliegue de espíritu campesino.

Yo, a quien la necesidad de ser adoptada me había hecho tan dócil, envidiaba en secreto la insolencia que demostraba hacia sus padres. Vivían cerca del bar, en una hermosa casa burguesa cuyo jardín daba al patio de la cafetería. Hablábamos por encima de la tapia de los retretes, al fondo del patio. A menudo podía verlo u oírlo haciendo rabiar a su madre, que lo perseguía inútilmente entre los macizos de flores y los arbustos.

Su historia era opuesta a la mía: único heredero de una familia profundamente arraigada al territorio, propietaria de granjas y de estanques para la cría de carpas y lucios, que los escasos burgueses les encargaban para sus lujosas cenas. En suma, gentes con estatus de granjero, que si bien no eran parte integrante de la alta sociedad, la frecuentaban en tanto que eran proveedores.

Su casa estaba repleta de objetos: muebles, figuritas, todo con su correspondiente brillo y en un sitio propio. Por la noche, sus deliciosas cenas, preparadas a la hora adecuada, esparcían su maravilloso olor en el momento preciso en el que debía hacerme cargo del bar, donde quedaban aún clientes jugando a las cartas y tomando el aperitivo. Cada día aquel ritual masculino en torno a mí, la única mujer. Y de repente, se hacía de noche. ¡Dios mío, ya! Y todos salían pitando. ¿Y qué comemos? ¡Si no hay pan! Así que tenía que ir a buscarlo a todo correr en la oscuridad de la noche.

René —así se llamaba, un nombre con una larga tradición en Anjou — me quería. ¿Acaso se sentía también diferente, de manera distinta a la mía? ¿Era eso lo que nos unía? Las burlas eran su pasatiempo favorito, le ayudaban a mantener el ánimo: una expresión mordaz sustituía al semblante enfurruñado triste y desengañado que mostraba en reposo. ¿Se sentía decepcionado por no ser guapo ni pertenecer a una familia distinguida, sino un simple campesino de Mayenne, de espíritu vivaz y tono ordinario?

René hallaba la distinción en los objetos. Era capaz de ver su belleza, sabía cómo colocarlos, cómo hacerlos resaltar. Y yo le envidiaba por tener una verdadera casa propia. Acomodarse y contemplar cosas bellas, ¡qué sueño para mí!

Su madre, siempre metida en un gran delantal gris de florecillas blancas, como se hacían antes, era una comerciante hábil y feroz. Como a menudo me veía sola, ocupándome del bar, reconocía mi sentido del comercio y la responsabilidad, aunque seguía desconfiando de la chica extranjera, nunca se sabe. Una vez sospechó de mí cuando notó que le faltaba dinero en la caja.

Sola en el patio colindante, yo lloraba, indignada contra aquella injusticia. Pero el poder de la mirada de los demás había penetrado tanto en mí, que no podía evitar rebuscar en mi cerebro algún episodio que se me hubiera escapado, algún indicio de culpabilidad oculto en el fondo de mi memoria. ¡A ver si iba a ser verdad!

Como para compensarme, no recuerdo cuándo —quizá el día que partí para el instituto—, René me regaló a escondidas uno de aquellos objetos que le gustaban; no muy grande, para así escapar mejor a la vigilancia materna. Era una pequeña marquesa de porcelana del XVIII. No era porcelana de Sèvres ni de Sajonia, pero la figura tenía un encanto incomparable: era como una Susana de Fígaro, el pie ágil asomando por el vestido remangado, briosa con su gorra bien colocada. Preciosa.

La tengo delante de mí ahora mismo, en París. Me habla de los sueños compartidos por dos amigos. Él me veía como su princesa llegada del extranjero, brillante en clase, a la que esperaba un destino distinto, al que él se había sumado en la aventura de la vida. Soñaba con ser un aristócrata, uno de verdad, como los que

había en la región, de raigambre antigua, de los que su abolengo se remontaba a las cruzadas. Los que permanecieron en sus tierras y se quedaron sin blanca. Nada de recién llegados, sirvientes en Versalles. Ellos tenían su propio castillo, su puente levadizo y su torre del homenaje.

Eso es lo que René me transmitió, el auténtico bagaje de Mayenne, con sus aspectos diversos y escondidos. Y algo más. La pequeña bailarina que bailoteaba en su cabeza creaba un secreto vínculo entre nosotros. Dotaba de una herencia preciosa a una niña que no poseía ninguna. Una imagen ideal, una proyección sin palabras ni reflexión. ¡Alguien privilegiado me tenía en cuenta, creía en mí! ¿Cómo hubiéramos podido ninguno de los dos imaginar que me estaba ofreciendo una oportunidad de futuro? Lo real y lo imaginario no son tan distintos: en nuestro caso la vida se rindió a los sueños, y él, un aficionado a las pequeñas marquesas de porcelana, se convirtió, sin dejar el pueblo y gracias a una extraordinaria casualidad, en anticuario de renombre, reconocido en toda el área Oeste como especialista en muebles Jacob, sillas sobre todo.

Cuando regresé por primera vez tras muchos años, me explicó cómo reconocer un mueble estampillado. El jardín estaba más bonito, y también la casa; nos encontramos riendo y charlando como si nos hubiéramos visto el día antes. Esta vez, hubo una comida en mi honor en el comedor principal, que ocupaba el lugar del cobertizo que en otros tiempos servía para almacenar y vender los productos de la huerta. Una serie completa de platos de porcelana de Sèvres, que habían pertenecido a Carlos X, tapizaba las paredes.

Mi marido y yo,, también oriundo de Mayenne, adoptamos la costumbre de volver una vez al año en verano.

Fue una mañana de abril, un lunes. Íbamos a regresar a París cuando el compañero de René nos llamó para comunicarnos su muerte, la víspera en el hospital. Fuimos de inmediato a Evron. Un cielo radiante sobre aquella carretera que había recorrido mil veces nos permitía ver los campos que cruzábamos extenderse hasta el horizonte. Qué suerte, recién acabada la guerra, para los escolares

que habían pasado medio congelados el invierno, cuando se acercaban las fiestas de Pascua, con una luz fresca como la de aquel día, las primeras flores brotando en las cunetas.

Unas pocas casas punteaban la sucesión de valles y colinas. Impresiones que me trasladaban al país de mi infancia. El paisaje apenas había cambiado, como si un conservador del pasado hubiera mantenido tal cual esos campos de las Marcas de Bretaña. Un espacio-tiempo, reencontraba el paisaje imaginario de la infancia el mismo día en que iba a ver el cuerpo sin vida del personaje más vivo de mi pasado. Cronista, heredero del tesoro humano de aquel territorio que jamás abandonó tras sus breves estudios en el colegio de los padres de San José.

Mi vecino, mi opuesto, llevaba en él mi juventud evronesa, la de una niña caída del cielo que solo él prefirió sobre las demás. Quedó cautivo del pasado, sus ojos se humedecían a la más mínima mención de sus padres, de su padre, sobre todo, como si fuera él también un huérfano inconsolable. Él, el último poseedor del lugar donde todo empezó en aquel otoño de 1942 y donde coinciden para siempre mi duelo y mi salvación, donde comienza la historia de otro, la misma.

Sentía miedo ante el instante en que iba a verlo yacente, ya para siempre sin palabras. Su amigo nos acompañó y se apartó para no perturbar nuestro cara a cara. Di un ligero paso atrás antes de adivinar, bajo la pequeña forma acostada en el diminuto lecho estilo Imperio del saloncito, a la tenue luz de los candelabros de cristal, a ese que fue René. Me acerqué. En su cabecera, objetos queridos para él, la foto de los padres iluminada por la llama de las velas.

No pesaba ya nada, iba ataviado con un jubón de marqués con puños de encaje de los que emergían sus manos blanquísimas. Semejaba una pequeña marioneta, endeble y rígida, de rostro blanco y liso. ¿Había elegido él mismo la indumentaria de ceremonia, o había sido su amigo, a fin de honrar su anhelado sueño de pequeño marqués?

De entrada no lo advertí, y el malestar que eso me causó a punto de estuvo de hacerme apartar de allí sin más, pero me fijé un instante

y advertí el tupé rojizo en lo alto de la cabeza, y extrañamente, bajo los ojos cerrados, el aire irónico del pequeño Voltaire aldeano que había sido en realidad.

Por artificio de la puesta en escena, aquello fue el cierre de nuestra historia. Mi enamorado, siempre dispuesto a lo que fuera para honrarme, se había ido; de él conservo la marquesa del vestido de estrellas, azules y rojas como los ramos de amapolas y arándanos de los campos de antaño.

Níquel y cromo

MI PEQUEÑA MARQUESA, de porte travieso y paso decidido, había sido el talismán con el que volver a dar vida a mis deseos, aunque fuera en el mundo del sueño. Un detalle ínfimo, la gracia de un gesto, la punta de un pie indicaba la elección de un hijo de privilegiados. Yo, gordita, torpona, iba vestida de cualquier manera, y a pesar de ello…

El recuerdo feliz de aquel momento y de nuestra amistad expresaba hasta qué punto me había él reconciliado. Ya no más sospechas, no más rencor, me habían adoptado para bien. Aquel maravilloso momento flota suspendido en el tiempo. Aquel regalo me exigía vivir sin vacilaciones, sin culpa. Era un regalo mágico, como todos los pequeños presentes hechos en tiempos de guerra, regalos que brindaban a cada uno, fuera cual fuera su historia, su parcela de sueño y felicidad. Hoy en día, la avalancha de paquetes y bolas en el árbol de Navidad nada sabe de restricciones, pero tampoco de aquella alegría de antaño.

Esta mañana de diciembre, los carteles sobre los azulejos blancos de las paredes del metro despliegan sus colores y sus lemas. Conecta con la Navidad, películas, espectáculos y leyendas en 3D, Imax. Auriculares con los que “conectar”, Urbanitas, de la marca Urbaine: «Hasta donde alcanza el sonido». Todo proclama las virtudes de los últimos productos para ver u oír.

Un Papá Noel se repite a lo largo del andén, su saco cargado hasta arriba por las multinacionales. Querría escuchar el silencio, pero los colores gritan sobre el esmalte blanco. Orange, Orange, Orange, para estar conectado en todo momento. Orange, naranja. ¡Como aquella naranja de olor y color mágicos que durante la guerra volvía cada vez por Navidad! Poníamos sumo cuidado en pelarla bien, conservando las dos mitades para poder usarla después como un farolillo de fiesta. Un resto de vela en el interior, y durante el

toque de queda luciría con luz cobriza, bañando de misterio la sombra de la cocina.

Una naranja, un plátano, aquello era cuanto cabía esperar como regalo. La fruta te transportaba a un mundo lejano de calor, de luz, de risas. «Al rico plátano», el anuncio resaltaba sobre el blanco y negro y te hacía soñar… Te llevaba más allá del océano. Negros de dientes brillantes. Tendríamos que aguardar al Desembarco de Normandía para ver los primeros negros de verdad, en los vagones atestados de soldados, las piernas colgando hacia fuera, como los vi junto a mis amigos durante las paradas que hacían en la pequeña estación de ferrocarril del pueblo. Reían con sus hileras de dientes blancos frente al tropel de chavales llegados a toda velocidad para pedir caramelos y Camel, que ellos lanzaban como una bendición encima de nuestra cuadrilla. ¡Era maravilloso!

En el metro, los viajeros con auriculares hablan con interlocutores ausentes, sin mirar siquiera a quien tienen enfrente. En los carteles que desfilan repitiéndose a lo largo de las paradas, al ritmo lento del metro que arranca, surgen las únicas miradas; pertenecen a animales abandonados, un perro o un gato que fijan en ti sus ojos atemorizados. La Fundación para la Navidad de los animales busca remediar su desamparo, nos pide que los rescatemos. Me compadezco, perro perdido en un mundo ciego, sin cruzar mirada alguna salvo las suyas en los carteles.

Regreso a la magia de otros tiempos, hecha de sufrimiento y de portentos. Una niña reubicada, asida de la mano de un carpintero de pueblo en medio del peligro en una estación de Montparnasse repleta de perros y de botas, altas como la niña perdida en un sitio imposible. ¿Cómo fue la primera Navidad? No lo recuerdo, acababa de llegar. El olvido protege también.

Un diciembre tras otro, las estaciones se deslizan, dejando pocas huellas tras de sí, simples roces en el espacio de la memoria, blanco como la nieve. El olvido devora, pero cuando la Navidad no existe ya, el tiempo transcurrido de la vida evoca el recuerdo. Huellas de memoria en la nieve: las sigo ahora para regresar a la mañana de Navidad, la única verdadera que subsiste, resplandeciente.

Debió de ser uno o dos años después de la Liberación. Días antes,

habíamos notado cierta agitación, señal de alguna sorpresa inesperada. Michel, el chico de la casa —el verdadero, pues yo no era sino una niña "retraída", vuelta a traer, en sentido estricto—, fisgón, bien informado y audaz merced al estatus otorgado de nacimiento, me dio a entender que, claro, sí, íbamos a tener el mejor de los regalos, estoy segurísimo, con el que nos pasearemos todo el día. Vas a ver. Podrás ir mucho más lejos que si fueras a pie.

Él había adivinado en el patio unos manillares brillantes que sobresalían detrás de los barriles de sidra. ¡Bicicletas! Un sueño, ¿podía ser verdad? Tras una noche breve y excitante, nos deslizamos de puntillas, ambos cómplices silenciosos, escaleras abajo. Éramos los únicos que nos habíamos despertado temprano para ir a ver el árbol de Navidad. ¿Dónde lo colocaban? ¿En el patio pequeño en Evron? No, daba a la estación, estaba en la sala más grande del bar, gélida, la misma por la que había yo entrado la primera vez en el umbral de mi nueva vida, huérfana de todo pasado…

Níquel resplandeciente. Ahí estaban, dos bicis blancas de tamaños distintos. Él era menor que yo, y bajito. Embeleso. ¡El tintineo del timbre cromado, las llantas de las ruedas, las válvulas, cuánto brillo! El milagro de una mecánica con la que íbamos a viajar lejos por las carreteras de los alrededores, más allá del paso a nivel. Acariciábamos cada elemento para estar seguros de que aquel regalo era de verdad. Una promesa de evasión para los días de verano, más segura que los carricoches construidos de cualquier manera para acercarnos a la cercana poza de Selle, lugar cumbre, símbolo de vacaciones, promesa de baño los calurosos días de agosto en el agua enfangada y tibia, repleta de ranas y renacuajos por doquier.

Aquel día de Navidad hacía un frío que pelaba, pero ¿cómo íbamos a esperar? Salimos a toda prisa, bien pronto, nadie se había levantado aún. Me acuerdo del frío, del silencio, del viento silbando sobre la fina capa de nieve. Cruzado el paso a nivel, en la carretera desierta, las ruedas chirriaban, y las manos sin protección enseguida se entumecieron y se pusieron moradas. Nariz, orejas: primero pican, luego se endurecen con el frío.

La carretera era llana, sin desniveles. Menos mal, porque yo no

hubiera podido subirlos y él se hubiera negado a volver atrás. La bici era su pasión, como ser la mejor en la escuela era mi exclusiva. Él tenía su ídolo, Robic, un bretón de una región próxima a la nuestra que acababa de ganar el Tour de Francia, el primero desde la guerra.

Un héroe popular y tiñoso, que las postales nos dejaban imaginar. Había un montón después de su victoria. Era un alfeñique distinto a los campeones, con su baja estatura y su casco con bordes de cuero. Michel se veía en él en todo: era su héroe por altura, por carácter.

Pedaleando los dos por la blanca página de la nieve abierta ante nosotros, debíamos de formar una pareja bien cómica, yo jadeando en las subidas en las que Michel, delgaducho y nervioso, me agarraba de la mano y tiraba de mí a la vez que guiaba su propia bici. Una pareja, vista nuestra desproporción, que invertía los criterios de la edad y la dinámica.

Avanzábamos entumecidos, muy poco a poco. Ni ruido, ni olor, cada árbol y cada edificio permanecían dentro de su cáscara de hielo. Un mundo empaquetado de blanco, como si lo hubieran llenado de regalos. Manos agrietadas encima del manillar, felices ante la autonomía que habían adquirido de repente en aquella mañana festiva, manos agarrotadas que inauguraban nuestro primer camino de libertad.

Aquellos eran los regalos de Navidad de entonces: afrontar el frío, la noche, y mantener en nuestro interior un espacio virgen en el que nadie se adentrara. Me acuerdo de la quemazón… pero nunca he vuelto a sentir el arrebato que sentí aquella mañana de sufrimiento. La carretera, que te hería y te empujaba, como un río o un mar a la espera, abría un camino virgen. Ir lejos, huir de la historia, volver a encontrar una fuerza natural y perdida. Un deseo primigenio, hoy inalcanzable, o casi.

Los regalos de Navidad que el frío procuraba, los fulgores de luz en su fuerza originaria, su mordedura: uno, a la edad en que el sentimiento se atenúa, desearía sentirlos otra vez. Muescas en lo más hondo, perdidas para siempre. ¿Quién podría llevarme de nuevo a ese mundo en bruto donde la existencia cristalizó en unas pocas sensaciones? Un no sé qué que se burla de mí. El mero

tintineo de las palabras no es capaz de atraparlo.

El tiempo que pasa o que ya pasó nada cambia, pocos momentos han quedado ligados a sensaciones que nos permitan volver atrás, como la cuerda atada a la pata lleva al animal doméstico a la escudilla o al corral. El patio de olor fuerte, el tintineo tan especial de la primera bicicleta, el pellizco que recorre todo el cuerpo los días de frío intenso. Los regalos de Navidad.

La gran novela del mar

EN AQUEL ENTONCES, las vacaciones en Evron, tan esperadas por los Robinsones ocasionales que éramos, permitían escapar a la vigilancia familiar en mucha mayor medida que ahora. Salíamos para el día entero, provistos todo lo más de un bocadillo de fuagrás. Nada de piscina, la naturaleza se ocupaba de todo: un estanque con ranas, un sendero disimulado entre la vegetación. Me acuerdo que en la zona se instaló un cuartel americano. A cambio de algunos productos frescos que hurtábamos para ellos, los soldados nos regalaron unas cuerdas muy largas. Habíamos elegido un lugar secreto para instalar nuestro campamento permanente; colgamos las cuerdas en lo alto para saltar entre los árboles como Tarzán, nuestro héroe. El paisaje familiar se transformó en un bosque exótico al que bautizamos como “Las lianas”.

El mar era un horizonte lejano. ¿Cómo imaginar su movimiento, sus colores, entre los paisajes tan distintos de la comarca? Siempre tierra alrededor, colinas de bosquecillos, zarzales en las zanjas. En invierno, el barro omnipresente impedía alejarse del pueblo; en verano, la tormenta y el cielo plomizo pesaban. No puedo decir que soñara con el mar, no podía hacerme una idea de lo que era, me faltaba su imagen. En aquella época, las costas más cercanas del norte de Bretaña quedaban lejos. No había coches durante la guerra. Algunos, los más pudientes, habían ido ya antes. Era otro país, color esmeralda.

Fue el primer destino tras la victoria, todos amontonados en una camioneta. Desde entonces me encanta el mar, el del Norte sobre todo, con sus mareas, sus colores cambiantes; adoro la evasión que me procura cuando permanezco en la orilla. La resaca de las olas me absorbe mientras vacía de pensamientos mi cabeza. Me siento ligera, totalmente cautiva en su son.

El mar es un personaje omnipresente en la Odisea, como Ulises y el

Cíclope, indeleble con su único ojo en el imaginario común. Tempestades y abismos marcan una y otra vez la tentativa de retorno, obstaculizado por poderes malévolos, sobre todo Poseidón, dios de los abismos y padre del Cíclope.

Sin embargo, al final, cuando el deseo por la aventura y la curiosidad ha sido ya satisfecho, la voluntad de retorno triunfa sobre los peligros. Como demuestra el episodio de las Sirenas, ese deseo es intenso en Ulises, quien entre tantas pruebas, sigue siendo incapaz de renunciar a ninguno de los descubrimientos que aquel viaje forzoso le reporta. El Mediterráneo, en pleno espacio europeo, desde las costas turcas y las islas del Dodecaneso, hasta las columnas de Hércules y Gibraltar, límite del mundo conocido en otros tiempos, es aún hoy testigo de aventuras insensatas, ve a miles y miles de hombres arriesgarlo todo. Van nadando en medio del griterío acá y allá dando vueltas entre los remolinos.

El drama cotidiano de alcanzar las costas de Europa. Poblaciones enteras que huyen de la guerra, el hambre, la opresión, sin esperanza de retorno, dejando tras de sí campos en ruinas. ¿Quién puede decir todavía: ¿Cuándo volveré a ver la cerca de mi pobre casa?? Ese grito sigue resonando, pero en vano, la cerca no existe ya. Los que huyen lo hacen en esquifes, sin conocimientos de navegación o del arte de construir barcos, como lo hacen los compañeros de Ulises. Al azar de los traficantes ilegales y de los vientos. La muerte acecha hoy en ambos flancos.

¿Quién dará cuenta de la epopeya de nuestra época en los tiempos futuros? Los náufragos, pasto de los peces; la arena de las playas cubiertas de cadáveres.

Mi navegación preferida está en la biblioteca, entre los libros; hay tantos como islas donde alojarse, de Du Bellay a la “Canción del malquerido”.

Bella nave oh memoria mía

No hemos navegado bastante

Por amargas olas de acíbar

No hemos divagado en exceso

De la aurora a la noche triste

El éxito de Homero no declina a lo largo de los siglos. Rabelais lo citó en su Cuarto Libro, versión bufonesca y popular de la epopeya en la cual el gigante Pantagruel viaja de isla en isla: «Me recuerda así que Aristóteles sostiene que las palabras de Homero vuelan y se mueven, y por lo tanto son animadas».

Propone un poema sencillo y sublime, un lugar común con el que expresar la vida humana y sus pruebas. La Odisea, rica en aventuras y en personajes fantásticos, ilustra la dificultad del retorno. Sin embargo, al final Ulises consigue llegar a Ítaca por su obstinación, por su idea fija.

Apollinaire lo resume bien en una breve estrofa. La travesía de la existencia se desdobla en los relatos homéricos de su trama imaginaria, poética, cuando el recuerdo entre memoria y olvido encuentra la imagen y las palabras que lo restituyen. ¿Real o inventado? La balanza oscila entre ambos, jamás se detiene en uno. Navegar y divagar van juntos.

Si pienso en mi propia travesía, atendiendo a los hitos que la edad me impone, ¿qué podría decir? No encuentro a qué anclarme, ni en Argenteuil, ni en Polonia, país de sufrimiento, de destrucción total. Mayenne fue mi país de adopción, aunque jamás pude hacerlo mío, pues siempre estuvo ligado a la inevitable separación.

Dentro de las etapas de mi periplo, la de Mayenne fue para mí una isla de salvación. Una ternura juguetona hizo regresar mi mente hasta allí, hasta mi isla de las vacas, así la veo ahora, en la que

reinaba el arte de regatear con los zuecos puestos. Más valía no equivocarse, entre tantos Ulises campesinos. En el café, en las granjas, nada gustaba más que la picardía, los asuntos de cuernos y las engañifas de toda laya. Cada uno tenía sus preferidos. Yo procuraba prestar oído a los relatos con naturalidad.

Había que ver a un oriundo de la región, los ojos medio cerrados, el acento de paleto en la garganta, escuchando sin pestañear mientras alguien lo reconvenía:

«… Anda, adelante, ríete; total, yo no soy Nadie».

Aquella tierra apacible y sin historias notables engendró a dos chiflados de primer orden: Alfred Jarry y el Aduanero Rousseau. Este último, empleado modelo, veía una jungla en la calle que le llevaba al castillo. Aventuras fantásticas sin necesidad de moverse del lugar. Los jaguares y las panteras lo espiaban, ocultos de los transeúntes. El otro recorría las calles de la capital de aquella comarca bien pensante pistola en mano, pegando tiros, mientras gesticulaba y gritaba como un loco: ¡Madre Ubú, por mi candela verde, Mayenne es Polonia!

No existe el azar en la vida, cada uno sigue su destino.

La Odisea es el largo viaje de la vida, de la bella aurora hasta la triste noche. De Ulises al judío Leopold Bloom, veinte años, un día, a cada uno su viaje.

Para la niña, el viaje duró un día, aquel día decisivo en el que, entre la salida del colegio y su llegada a la pequeña y blanca estación, pasó de su nacimiento, al ser arrebatada, al anochecer de su desaparición.

Sin duelo, sin sepultura, convertida en una niña errante, sin fe ni ley.

Las grandes sombras

AQUEL DOMINGO, caminando por la angosta callecita que rodea la iglesia, impregnada de luz y de silencio, avanzo dando la espalda al levante, como atrapada por las grandes sombras que se proyectan en movimiento ante mí. La misteriosa pantalla sobre el pavimento me confiere bienestar, calor en mi interior, confianza sin preguntas.

Es como si un tesoro perdido, proyectado al porvenir, se uniera al momento presente. ¿Un futuro que aferrar proveniente del pasado? El orden del tiempo se desdibuja. ¿Quién despierta en mí es acaso la niña de antes en Argenteuil? Las sensaciones son inmediatas, las imágenes, lejanas. Una niña encaramada en unos hombros anchos; a su alrededor se dibuja un boceto nocturno; en las paredes poco iluminadas se proyectan sombras en movimiento, inciertas. Algunos detalles de la escena regresan: la noche, la habitación de los padres, una niña diciendo que no. No quiere irse de esa cama, no quiere acostarse. Resistencias, de ahí la herida en la frente en el borde duro (¿de mármol?) de la cabecera. Pánico del padre mientras corre al hospital a que recosan la herida. Me quedó una cicatriz en la frente. Un trazo delgado, como de lápiz. Herida feliz, soberanía del amor.

Ver el mundo a tus pies y las sombras danzar. Subida ahí arriba, sobre los hombros del héroe, inmenso, risueño, su fuerza invencible me lleva. Y la alegría me alcanza en pleno corazón, más de setenta años después, en este domingo campestre de agosto, que sigue el ritmo de otro tiempo porque el turismo no ha llegado aún hasta la parte alta de este barrio a espaldas del pueblo en la costa. En otros tiempos se evitaba vivir frente al mar. Demasiados inconvenientes. Los pescadores se instalaban en modestas construcciones en la parte alta: una casa, una granja y un jardín lo bastante grande como para criar un par de vacas con las que complementar sus recursos.

Aquel islote sumido en otro tiempo no fue alcanzado por el

Desembarco, que destruyó los chalets de la playa, la parte nueva y burguesa creada no lejos de la estación, hasta donde llegaba el trenecillo del balneario, hoy convertido en cine de arte y ensayo. Yo vivo en esa pequeña parcela de mundo antiguo, apenas retocado, con sus callejuelas estrechas y sin aceras. Justo el espacio necesario para dejar pasar las carretas con heno para las bestias y con piedras y troncos para construir las casas.

Como un fragmento de pasado protegido. No es su reedición deseada, sino una forma de supervivencia en la que se proyecta esta mañana; si no una silueta, sí una sombra incierta que vibra al viento y me precede, me lleva por delante. No hay imágenes, únicamente un calor interno, un reconocimiento de aquel instante familiar que no es posible situar con precisión. Pasado-presente, promesa de un porvenir, ¿quién anda por ahí? ¿Es acaso una niña espoleando a su caballo, que no galopa lo bastante deprisa para su gusto? La huella de un embeleso que escapa a cualquier esfuerzo de la memoria. No he vuelto a ver la cara de mis padres desaparecidos, padre y madre arrancados por el torbellino de la historia a finales de 1942. Sin embargo, siguen en mí, invisibles.

Los recuerdos se esfuman, se desgastan a fuerza de repetirlos, pero ese roce de la absoluta felicidad, sin rostro y sin tiempo, graba en la cera sensaciones infantiles, subsiste dormida en las capas geológicas del tiempo.

Avanzando por la callejuela pegada a la iglesia, donde no se oye aún la misa del domingo, me pregunto cuántas veces mi padre llevó a cuestas a la niña caprichosa o agotada. De aquello me ha quedado la sombra cambiante, inmensa, alargada ante mí como una premonición de mi historia, cuando mucho tiempo después se hizo necesario volver al pasado sin rostro, cuando no es posible alcanzar ni siquiera en imagen a los seres más queridos, indispensables para la existencia, y solo grandes sombras temblorosas nos llaman.

Domesticar a los muertos, pasito a pasito, de puntillas, en medio del silencio. Contradiciendo los designios de la historia, se han añadido décadas de más al tiempo que me correspondía vivir. Me creía inmortal, más aún tras una vida que se había ya apagado en mí. Pero el cara a cara se aproxima, vacía proyectos y esperanzas.

¿Cómo será el reino de las sombras?

Para los antiguos era la privación de la luz, la inconsistencia. En la Ilíada, las sombras se manifiestan en los grandes momentos ante los héroes que han mantenido cierta familiaridad con los Invisibles. Patroclo muerto retorna frente a Aquiles, quien, extenuado por el combate, duerme sin preocuparse por el desaparecido: «¿Duermes, Aquiles, y me tienes olvidado? Te cuidabas de mí mientras vivía, y ahora que he muerto me abandonas. Entiérrame cuanto antes, para que pueda pasar las puertas del Hades; pues las almas, que son imágenes de los difuntos, me rechazan y no me permiten que atraviese el río y me junte con ellas; y de este modo voy errante por los alrededores del palacio, de anchas puertas, de Hades. Dame la mano, te lo pido llorando».

¿Qué había yo hecho con mi sombra, niña abandonada en el patio de la escuela?

Los destinos

LOS COMBATES QUE SE SUCEDEN en la Ilíada traen consigo la muerte de numerosos héroes. A su caída, el relato se detiene para celebrar su nombre y sus hazañas. Es el momento, tan esperado como temido, en el que el sol se apaga y da inicio la travesía hacia la oscuridad. Las maravillas de las que el héroe se verá allí privado son compensadas por el brillo de la gloria obtenida en batalla, siempre que unos dignos funerales consagren su fama.

Patroclo, Héctor, sus cadáveres son depositados en un suntuoso lecho, en el que se les brindarán los cuidados necesarios para que puedan presentarse dignamente ante el dios del Hades. ¿Cómo podría un cuerpo mancillado y mutilado afrontar semejante prueba? La muerte debe acompañarse con toda la pompa de su condición real, de digno descendiente de los dioses. Homero recuerda una época, no tan lejana, en la que los guerreros descendían directamente de esos dioses: el fasto de la ceremonia y los sacrificios ofrecidos nos lo recuerdan.

No asistimos en cambio a la muerte de Aquiles. Solo la muerte de Patroclo nos la anticipa: «yo tampoco volveré… tomemos una urna de oro para depositar en ella estos huesos a la espera del día en que yo mismo me hundiré en la casa de los muertos».

¿Cómo imaginar a Aquiles entre los muertos, sus cabellos rubios, su orgullo? Sin embargo, así nos lo encontraremos, diez años más tarde, en la Odisea. Cuando Ulises baja al Hades se encuentra con Aquiles, cuya «sombra de pies ligeros» reconoce y quien le dirige «estas palabras aladas entre sollozos:

—¿Cómo te atreviste a bajar al Hades, morada de los muertos, esos fantasmas insensibles de los humanos marchitos?».

Vemos al héroe ya sin ocupación ninguna, cabizbajo, músculos fláccidos, lanza en tierra, un atleta en reposo.

«—Aquiles, ¿alguna vez se vio o se verá dicha igual a la tuya? Antes, cuando estabas vivo, todos nosotros, guerreros de Argos, te honrábamos como a un dios: hoy te vemos en estos lugares ejercer tu poder sobre los muertos; para ti la muerte no es tristeza.

—Oh, no me adornes la muerte, Ulises. Preferiría ser un cabrero al servicio de un granjero antes que reinar sobre un pueblo extinto.»

¡Qué metamorfosis! Un personaje que se dejaba llevar por pulsiones infantiles, plenamente confiado en su fuerza cuando debe enfrentarse a Héctor: «Y mírame, ¿acaso no ves mi fuerza y mi belleza? Tengo un héroe por padre y una diosa por madre». Un héroe cuando estaba vivo, poseído por el deseo de su madre de hacer de él un dios. Y en efecto lo es en el arranque de violencia que provoca al final de la Ilíada, midiéndose con las fuerzas cósmicas, divinas, como el primigenio combate de los Titanes rebeldes, tras cuyo paso no crecía la hierba.

Solo al llegar al reino de las sombras descubre la dicha de ser un hombre, el más sencillo, un cabrero, suerte que él juzga con desprecio. El guerrero impenitente se ha transformado, ya no es reflejo de miradas extasiadas, sino la expresión del sueño profundo, el suyo y el de nadie más, ni siquiera el de su madre.

El segundo poema, la Odisea, nos lleva a releer el primero, que pone el acento en la otra faz de Aquiles, confrontado a las emociones, al sufrimiento, al duelo, más que ningún otro. Capaz de cambios tan radicales como sus arrebatos, como demuestra ante Príamo. Es un personaje ambiguo que no se somete a código alguno, de ahí su renombre universal. Presta a cada uno un fragmento de su espejo: fuerza, inteligencia y humanidad a un tiempo, un ideal para el futuro que se presenta ante él y que incluye echar de menos una vida de cabrero. Ningún destino, sencillamente el premio de la vida conocida, probada. ¿No es acaso esta última imagen, la de una sombra melancólica en el Hades, la que concede todo su relieve al héroe vencedor de todas las batallas?

Hemos entrado en otra dimensión del tiempo, el sueño melancólico. Una vez incorporado al innumerable pueblo de las sombras, el jefe guerrero evalúa el valor de un gran título, el de ser monarca de todas ellas.

Sumidos en el centro de una guerra lidiada tres mil años atrás, el corazón de los hombres late al ritmo del nuestro, nos habla al oído. La epopeya nos permite traspasar las capas geológicas del tiempo. Y de todas las imágenes que se ofrecen del héroe, preferimos a la del guerrero impulsivo, a la de sanguinario sin contención ni moderación, la del hombre melancólico que Ulises ve alejarse por los Prados Asfódelos, amante aún tenaz de la vida.

Como dice Rabelais, los relatos nos ayudan a desprendernos de las ideas falsas, de los estereotipos fijados: «Y no penséis que la beatitud de los héroes y semidioses, que andan por los Campos Elíseos, esté en sus asfódelos o ambrosía o néctar como dicen las viejas por aquí».

Ulises jamás albergó el sueño de inmortalidad. Se sitúa en las antípodas, es fiel a la célula humana inicial: padres, mujer, niño, la sirvienta, el porquero y el perro. Se niega a pactar con Calipso, quien le ofrece devenir inmortal si se queda con ella y renuncia a Penélope. Es el contrapunto de la figura del niño solitario, Aquiles, que pierde a sus mujeres y a su amigo, que llama a su madre cuando precisa apoyo. Ulises, y también Héctor, encarnan una actitud paternal y responsable hacia su familia, hacia sus soldados e incluso hacia sus enemigos.

De vuelta a Ítaca, exhausto al término de tantas y tan prodigiosas aventuras, ¿podemos acaso imaginar a un Ulises feliz en sus posesiones, como el Cándido volteriano cultivando su jardín? El deseo del retorno jamás le impidió degustar las aventuras que el viaje le ofrecía. No deja que nada escape a su conocimiento, se adentra en el corazón mismo del peligro, como demuestra su estratagema durante el episodio de las Sirenas. Y lo aprovecha para obtener prestigio, merced a su talento para contar historias.

Sus pruebas se enmarcan en un largo período de tiempo, veinte años. Partió en plenitud de sus fuerzas, pero es ya un viejo, o casi, en el momento de su entrada en Ítaca, con su palacio devastado por los pretendientes a su trono y a la mano de su esposa Penélope.

En Pilos, en tierras del rey Alcínoo, en el transcurso de un banquete en su honor, tras que el canto del aedo le haya permitido reencontrarse con la memoria de un tiempo olvidado, narra el relato completo de sus aventuras, que los lectores descubrimos al mismo tiempo que los invitados al banquete. Se reconoce, «Ulises soy yo», y se embarca en un largo ejercicio de memoria que se prolongará la noche entera, hasta ese punto ha subyugado a su público. Ha nacido un gran narrador.

Y ni la menor infidelidad por parte de Penélope, quien tampoco ha olvidado. Nada que ver con Clitemnestra. Presionada por todos, obligada a salvar el pequeño reino de Ítaca, se decide por fin a elegir pretendiente, imponiendo para ello una última prueba: tensar el arco de su Ulises.

Su decisión —promete— la tomará una vez termine el tapiz que está tejiendo. Tapiz que teje durante el día y que desteje por la noche. La noche, que sirve para olvidar los recuerdos y también para perpetuarlos. Anhelamos conocer los pensamientos que en Penélope se entrelazan: si Ulises sigue vivo, ¿por qué no hay ni una señal de él?, ¿hay alguna mujer de por medio?, ¿quién es? ¿cómo imaginarlo? Para qué seguir esperando, habrá muerto ya… Fragmentos de un relato que ella no puede asociar. Homero sí supo hacerlo, no en vano su nombre significa “el que ensambla”. Así, la narración se articula merced a esta escena de tejido hecho y deshecho.

El héroe se queda dormido en el barco que lo conduce al fin a Ítaca. Un maravilloso sueño que lo lleva a traspasar las puertas de cuerno y de marfil. Cerradas por la guerra, que se aleja para siempre, esas puertas se abren a otro mundo, como si fuéramos del sueño a lo real o a la inversa. ¿Dónde está lo verdadero?

Atenea, su protectora, alarga la noche del reencuentro en el lecho tallado en el olivo. El tiempo queda abolido, tendrán una verdadera noche de bodas. La memoria ha jugado su papel, refundiendo tras veinte años a uno y otra en un presente reencontrado, como si nada los hubiera separado. Enamorados y jóvenes para siempre. Cada uno ha sabido, a su modo, tejer el tiempo de la vida.

El olvido, la incesante amenaza. El flujo de los días borra las huellas, como la resaca de las olas. Arrastrado una y otra vez por tempestades, debe empezar en cada ocasión desde cero. La Odisea nos presenta el espejo de la vida mediante sus imágenes, sus repeticiones, sus episodios, como el de los Lotófagos, la flor del olvido o Calipso.

¿Y es ahí donde finaliza la historia del héroe, con estas palabras: vivieron felices, siempre jóvenes y enamorados? Cuesta creerlo. Leamos detenidamente: Penélope alude a una prueba que sigue estando ahí y pide explicaciones. La respuesta es breve, enigmática: «tu corazón no tendrá de qué alegrarse, y yo sufro también… Tiresias [el adivino] me ha dicho que vaya de ciudad en ciudad llevando entre mis manos un remo bien pulido, tanto que al final llegue a lugares donde la gente ignora el mar». ¿Es esto una treta para asegurarse la posibilidad de la partida?

Dante supo advertirlo: Ulises ya nunca más podría permanecer encerrado entre las cuatro paredes de su morada. La curiosidad se ha apoderado de él, y lo llevará al Infierno. «Nada pudo vencer el ardor de convertirse en el hombre que ha tenido la experiencia del mundo». Necesita de nuevo recorrer el océano, más allá de las columnas de Hércules, el límite del mundo conocido, hoy Gibraltar, donde tantos náufragos son rechazados. Todo se hundirá en un torbellino: el barco, la tripulación y el héroe, como cuenta el propio Ulises, quien también en el Hades es quien recita el relato último de sus andanzas.

La primera epopeya en Occidente nos ofrece, a partir de dos héroes, los ejemplos de excelencia para un hombre: una vida breve,

consumida sin cuento en el combate y la gloria o, por el contrario, prudencia y fidelidad para asegurar el regreso al origen. Pero al término de sus recorridos respectivos, ¡sorpresa!, los valores de cada uno de ellos se han invertido. En el caso de Aquiles, hay una vuelta atrás, instruido por la privación del premio de la vida cotidiana, vivida en la perfección de cada momento. El relato no cesa de desvelar sus beneficios: la luz, la presencia de una sociedad, la diversidad de la naturaleza, la aurora de dedos rosados, la mar vinosa… En cuanto a Ulises, quien durante diez años ha recorrido el mundo y el océano, el demonio de la curiosidad se ha apoderado de él. ¿Cómo poner fin a sus singladuras?

Así, el prisma entero de cuanto es posible realizar en esta tierra nos es desvelado. La vida vivida retorna a lo que se eligió al principio, y que a menudo depende de quienes tenemos cercanos, de su experiencia. Al comienzo, todos vamos en pos de un sueño que no es el nuestro.

Vida breve o de larga duración, las dos se asientan en mí. Una que permaneció muda alcanza hasta el momento en que la niña zozobró a la vez que sus padres. Ambos guerreros que combatieron en Polonia, que soñaron con un país en el que los seres humanos gozaran de derechos. Lograron dar inicio a su vida, tuvieron una niña. El futuro era prometedor, iban a verla crecer, a disfrutar a orillas del Sena y las vacaciones pagadas. Pero no hubo tiempo de hacer ninguno de esos sueños realidad.

Escribo para recorrer un trayecto incierto, un regreso hasta los padres desaparecidos, hasta un yo olvidado, imposible ya de atrapar. Obligada siempre a empezar de nuevo, pues se trata de un trayecto imposible. ¿Qué continuidad hay entre esas vidas, entre la de una niña adulada, reina del mundo, y la que en un momento fue despojada y acorralada? Pocas huellas, recuerdos deshilachados a merced de los azares del presente, tentativa en la que se descubre, protegida en su interior, una reserva de agua viva que preservar en el interior de las palabras. Cada mañana, la energía del cuerpo y las trazas de la sensualidad recibida sirven como motor. Son insuficientes: al cuerpo de la niña le faltaba el abrazo, las caricias, todos los actos que las manos sean capaces de realizar.

¿Qué hacer con una existencia cuya partida de nacimiento quedó en mera abstracción? Dos elementos de identidad: por un lado, un libro en blanco, sin nada o apenas nada escrito, y por otro una sucesión de funciones desempeñadas en el combate por la existencia. Las sombras presionaban sin que yo las viera.

El ceremonial de las honras fúnebres había sido prohibido. Son un gran fasto para los héroes. Como homenaje a su muerte, el cuerpo de Patroclo es cubierto con las cabelleras cortadas de los guerreros, entre ellas la suntuosa melena de Aquiles, que había sido prometida a un dios. Se alza una pira colosal en la que durante toda la noche las llamas consumirán el cuerpo, del que más tarde se recogerán los huesos blanquecinos.

Ecos maléficos para mí; en Auschwitz no hubo ceremonia alguna. Las nubes de humo negro, la recuperación total y sórdida por encima de los vivos y luego entre las cenizas. Una industria de la muerte. ¿Qué presencia puede buscarse, cuando todo se ha convertido en humo? Estuve en el lugar de la negación absoluta en el que desaparecieron. Nada habla allí, solo el temblor de las hojas del bosque de abedules.

Camino por el bosque oscuro del tiempo, pasillos entre los que me he perdido tantas veces, depresión, sueño alucinado «ante las puertas de la morada terrorífica. Que me sea concedido acercarme a mi padre bien amado y ver su rostro», exclama Eneas al descender al Hades.

Voces de papel

EN LOS ENCUENTROS EN EL REINO de los muertos —Ulises con su madre en la Odisea, Eneas con su padre, Anquises, a quien llevó a cuestas huyendo de una Troya en llamas— el abrazo resulta imposible: los cuerpos se disipan, sin existencia ninguna. Y sin embargo entablan entre ellos un auténtico diálogo. Más allá de la extinción, la voz todavía permanece. Anticlea, madre de Ulises, se sorprende al ver llegar a su hijo al Hades:

«¡Hijo mío! ¡Vives aún!… ¿Vienes acaso de Troya, después de vagar mucho tiempo con la nave y los amigos? ¿Aún no llegaste á Ítaca, ni viste a tu mujer en el palacio?».

No es un despropósito, ni siquiera para el lector de hoy en día. Nos vemos empujados, arrollados por la sucesión de episodios, la magia no estriba en el acontecimiento, sino en la fuerza de la narración.

Se suceden entonces las preguntas, las que cualquier madre haría, llevadas por la modulación rítmica de la epopeya. El relato nos habla directamente, a través de la voz materna.

Yo jamás oí la voz de mis desaparecidos. Solo me quedaba la risa del padre y el silencio de la madre, temor y confianza.

Tampoco había voces en mi sueño; siluetas espectrales, un rostro al paso, una mirada. Indicios fugaces de la presencia de aquellos a los que uno desearía recuperar como fuera. Cuando oímos la grabación de la voz de un difunto, la proximidad, el acceso a algo que no existe ya, nos desconciertan. La voz pone al desnudo la intimidad más singular y oculta, desvelada por un eco físico material.

Maravillosamente, el relato de Homero preserva en parte la voz. Como aedo, recoge de la musa palabras aladas, llegadas de lo alto. Homero pertenecía a una cofradía de cantores, profesionales que recorrían las islas acompañados por su lira o su cítara,

transmitiendo la tradición oral de las leyendas del ciclo de Troya. La escritura no se había hecho aún con el poder, con lo que el lector escucha un relato que preserva la ondulación de la línea vocal. La declamación cantada sigue próxima aún en la narración, ahora transcrita. Como una partitura de voz que obedece al juego reglado de breves y largas.

La Ilíada se inicia con una invocación a la musa para evocar la cólera de Aquiles, llave maestra del relato. El rencor es el móvil más frecuente de las relaciones entre los hombres, los poderosos sobre todo, siempre en disputa por la gloria o el dinero. El rencor desencadena una perturbación que dará al traste con una parte del mundo. Sin tomar partido, mediante los episodios más sangrientos evocados de forma sucesiva entre griegos y troyanos, el poema nos lleva hasta el lamento de los muertos: duelo por duelo, el de Patroclo y el de Héctor. A ellos está dedicada toda la última parte. La Ilíada termina con una estela dedicada a cada contendiente.

Mi lamento empezó hace mucho tiempo, adoptó muchas formas, una voz interior ahogada, desesperación, llanto y, por fin, palabras, hasta alcanzar la voz infantil incapaz de expresar su duelo.

Las paredes a mi alrededor están repletas de libros; los hay en todos los lugares en los que vivo, en los que escribo. Los libros dibujan el largo recorrido de mi aproximación a la historia de mis padres, a la de tantos otros millones de personas y a la mía propia entre todas. Releo a Stefan Zweig, Thomas Bernhard, Peter Handke, Sebald… voces singulares que buscan despertar ante lo incalificable y cuya importancia con frecuencia se reconoce más hoy que cuando fueron publicados. ¿Cómo accedió cada uno de ellos al peso insoportable de un presente marcado por semejante legado? Lucidez, rebelión, anulación, todo eso expresan las voces interiores que supieron transmitirnos aquello.

La voz es naturalmente tensión hacia los demás para expresar fuerzas interiores. Desconocemos nuestra propia voz, nos resulta irreconocible cuando se nos restituye mediante una grabación. Su

modulación interna nos guía en la escritura, un fraseo que reconocemos si lo captamos en una línea melódica de palabras. Es el eco que se oye, por fin, de lo no formulado que yo llevaba dentro.

Las estanterías están repletas de presencias que cada lectura reaviva. No son un montón de papel atesorado por fetichismo, son voces, desde Homero. Su lectura constante me ha llevado de nuevo al apremio de una conciencia humana que, a pesar de los conflictos sangrientos, celebra la juventud de un mundo que resplandece. ¿Cómo expresar el mundo de la primera vez, en el que cada detalle que brota es completamente nuevo, en el que toda imagen es primicia y en el que la mirada no ha sido advertida, ni envilecida o debilitada? ¿Cómo expresar semejante visión hoy en día?

Las palabras transportan el cuerpo del mundo. También ellas están gastadas y no resulta cómodo encontrar su sencillo esplendor, su misterio de encarnación.

Hará un mes asistí a un funeral en una iglesia pequeña en una zona rural. No había cura oficiante, quedan pocos ya. Su lugar lo ocupaban los compañeros de oficio del difunto. Un amigo de toda la vida, al que habíamos visto una semana antes, había fallecido de repente, tras un combate contra la enfermedad que parecía tener ganado. Compartíamos con él años de recuerdos, universidad, hijos, compromisos civiles… y una forma de sonreír, un acento en el habla, una forma de andar. Y todo eso poco a poco se borraría para siempre.

A los primeros acordes del órgano, mientras el féretro avanzaba por el pasillo central, rompí a llorar. Mis sollozos expresaban el misterio de ese cuerpo presente que iba a desaparecer. ¡Ser y dejar de ser, qué tránsito! La conciencia de un misterio en sentido pleno, el de la encarnación, me invade por primera vez, lo comprendo. Por fin he alcanzado el negativo de mi sombra, he puesto juntos mis dos perfiles de identidad, un libro blanco de silencio y otro lleno de experiencias para probar a los demás mi existencia.

Y, siempre, el mar. El abrazo de cada mañana ante la inmensidad blanca. El riesgo de quedarse en puerto amenaza cuando la edad

dicta su norma. Uno querría escapar al tiempo, ese gota a gota destilado, demasiado lento y demasiado rápido a la vez. La eternidad no va a ser.

¿Cómo entrar en un tiempo distinto, cerrando la puerta de cuerno a la vida ya cumplida para olvidar e inventar una vida distinta, en la cara nocturna del tiempo?

Vigilias nocturnas, todo es silencio. Bajar de puntillas la escalera de la noche para escuchar los suspiros de la vida extinta. Horas y horas de vigilia, a veces. Luego llega el momento en que la lengua toma el mando y se suceden palabras y frases, en ráfagas bien prietas. Aguantar el tirón y a la vez dejarse arrastrar a ese festín nocturno, cena de medianoche como las que se hacían antes. Banquete de palabras, no de platos. Algo así como un reverso de la vida, que viene a suplir la escasez que conlleva la edad. Un regalo misterioso. Tiempo de levantarse para no olvidar, abrir en la penumbra la pantalla negra que parpadea, nueva pestaña informática, a la espera de infomaniako.com.

Una palabra que me describe bien. ¿Qué islas surgirán del mar de las palabras agitadas? No lo sé, eso es lo bueno del proceso, tirarse al agua de cabeza, a lo bruto. La marea me arrastra, olvido el tiempo que me queda. La escritura pone la vida en suspenso, una vida que brota de la vida, otra vida en la vida. Conocí tal suspenso en su día, pero era desgarro y mutismo. El de ahora provoca el vértigo de un festejo, que antes no hubiera podido ni soñar. Hay que volver a huellas pasadas y permitir que las palabras nos brinden la única compensación a nuestro alcance. Sanar al tiempo de sus heridas.

Ilíada y Odisea

HOMERO

SELECCIÓN Y REVISIÓN DE TEXTOS
DE DANIEL TUBAU A PARTIR DE LA
TRADUCCIÓN DE LUIS SEGALÁ Y ESTALELLA

Ilíada

El talón de Aquiles

En los textos homéricos no se menciona nunca el talón de Aquiles ni que esa debilidad fuera la causa de su muerte. La idea se encuentra en textos posteriores, como la Aquileida de Estacio, las Fábulas de Higinio o El viaje de los Argonautas de Apolonio de Rodas. El talón vulnerable se debía a que el padre de Aquiles, Peleo, impidió con su torpeza que el niño se volviera completamente inmortal.

Pues Tetis siempre en mitad de la noche quemaba por alrededor sus carnes mortales con la llama de un fuego. Y por el día, a su vez, untaba con ambrosía su delicado cuerpo, a fin de que se tomara inmortal y apartar de su piel la odiosa vejez. Pero Peleo, saltando de su lecho, observó que su hijo querido se agitaba entre la llama; y lanzó, al verlo, un grito espantoso, el muy insensato. Esta, al oírlo, agarró y echó al suelo al niño que gritaba; y ella misma, semejante en figura a un soplo, como un sueño, se marchó del palacio rápidamente y se precipitó en el mar; y después nunca más volvió en lo sucesivo.

Apolonio de Rodas, Argonaúticas[5]

Entonces Apolo, airado, haciéndose pasar por Alejandro Paris, le atravesó con una flecha aquel talón que se dice que tenía vulnerable, y lo mató.

Higinio, Fábulas

Invocación a la musa

La Ilíada y la Odisea comienzan con una invocación a la musa o diosa.

Canta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquiles; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves —se cumplía la voluntad de Zeus— desde que se separaron disputando el Atrida, rey de hombres, y el divino Aquiles.

Ilíada

Más adelante, Homero vuelve a invocar a las musas y nos dice algo de ellas:

Decidme ahora, Musas que poseéis olímpicos palacios y como diosas lo presenciáis y conocéis todo, mientras que nosotros oímos tan solo la fama y nada cierto sabemos, cuáles eran los caudillos y príncipes de los dánaos.

En la Odisea, esta es la invocación inicial:

Háblame, Musa, de aquel varón de multiforme ingenio que, después de destruir la sacra ciudad de Troya, anduvo peregrinando

larguísimo tiempo, vio las poblaciones y conoció las costumbres de muchos hombres y padeció en su ánimo gran número de trabajos en su navegación por el ponto[6], en cuanto procuraba salvar su vida y la vuelta de sus compañeros a la patria.

Aquiles como hermosa muchacha en la corte de Licomedes

Para evitar que su hijo acudiera a la guerra de Troya, Tetis hace que se vista como mujer y se esconda entre las mujeres de la corte del rey Licomedes:

Al saber la Nereida Tetis que su hijo Aquiles, a quien había tenido de Peleo, había de perecer si marchaba a tomar Troya, lo confió a la corte del rey Licomedes en la isla de Esciros. Este lo custodiaba entre sus hijas adolescentes, camuflado con atuendo femenino y el nombre cambiado; en efecto, las doncellas lo llamaban Pirra porque tenía el cabello rubio, y en griego pelirrojo se dice pyrrhón.

Higinio, Fábulas

Aquiles enfadado en su tienda con Patroclo

Furioso porque Agamenón le ha quitado sin razón la esclava Briseida, Aquiles decide retirarse del combate. Cuando se lamenta junto a su muy querido Patroclo, llega una embajada encabezada por Ulises y Néstor, sabios consejeros.

Cuando hubieron llegado a las tiendas y naves de los mirmidones[7], hallaron al héroe deleitándose con una hermosa lira labrada, de argénteo puente, que había cogido de entre los despojos cuando destruyó la ciudad de Eetión; con ella recreaba su ánimo, cantando hazañas de los hombres. Patroclo, solo y callado, estaba sentado frente a él y esperaba que el Eácida[8] acabase de cantar. Entraron aquellos, precedidos por Ulises, y se detuvieron delante del héroe; Aquiles, atónito, se alzó del asiento sin dejar la lira, y Patroclo al verlos se levantó también. Aquiles, el de los pies ligeros, les tendió la mano y dijo: «¡Salud, amigos que llegáis! Grande debe de ser la necesidad cuando venís vosotros, que sois para mí, aunque esté irritado, los más queridos de los aqueos todos».

En diciendo esto, el divino Aquiles les hizo sentar en sillas provistas de purpúreos tapetes, y enseguida dijo a Patroclo, que estaba cerca de él: «¡Hijo de Menecio! Saca la crátera mayor, llénala del vino más añejo y distribuye copas; pues están debajo de mi techo los hombres que me son más queridos». Así dijo, y Patroclo obedeció al compañero amado.

Tetis consuela a Aquiles por la esclava Briseida

El rey Agamenón arrebata a Aquiles una esclava, Briseida. Furioso, Aquiles se retira del combate y se lamenta amargamente en su tienda:

Le oyó la veneranda madre desde el fondo del mar, donde se hallaba junto al padre anciano, e inmediatamente emergió de las blanquecinas ondas como niebla, se sentó delante de aquel, que derramaba lágrimas, le acarició con la mano y le habló de esta manera: «¡Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pesar te ha llegado al alma? Habla; no me ocultes lo que piensas, para que ambos lo sepamos».

Dando profundos suspiros, contestó Aquiles, el de los pies ligeros: «Lo sabes. ¿A que referirte lo que ya conoces?».

Recuerda entonces Aquiles cómo Agamenón se ha quedado con su esclava Briseida en venganza por haber perdido él a Criseida, la hija del adivino Crises:

El Atrida se encendió en ira; y levantándose, me dirigió una amenaza que ya se ha cumplido. A aquella, Criseida, los aqueos de ojos vivos la conducen a Crisa en velera nave con presentes para el dios; y a la hija de Briseo, que los aqueos me dieron, unos heraldos se la han llevado ahora mismo de mi tienda[9]. Tú, si puedes, socorre a tu buen hijo; ve al Olimpo y ruega a Zeus, si alguna vez llevaste consuelo a su corazón con palabras o con obras. Muchas

veces, hallándonos en el palacio de mi padre, oí que te gloriabas de haber evitado, tu sola entre los inmortales, una afrentosa desgracia al Crónida[10], el de las sombrías nubes, cuando quisieron atarle otros dioses Olímpicos, Hera, Poseidón y Palas Atenea. Tú, oh diosa, acudiste y le libraste de las ataduras, llamando enseguida al espacioso Olimpo al centimano a quien los dioses nombran Briareo y todos los hombres Egeón, el cual es superior en fuerza a su mismo padre, y se sentó entonces al lado de Zeus, ufano de su gloria; le temieron los bienaventurados dioses y desistieron del atamiento. Recuérdaselo, siéntate a su lado y abraza sus rodillas: quizás decida favorecer a los teucros y acorralar a los aqueos, que serán muertos entre las popas, cerca del mar; para que todos disfruten de su rey y comprenda el poderoso Agamenón Atrida la falta que ha cometido no honrando al mejor de los aqueos.

Le respondió enseguida Tetis, derramando lagrimas: «Ay, hijo mío. Por qué te he criado, ¡si en hora aciaga te di a luz! Ojalá estuvieras en las naves sin llanto ni pena, ya que tu vida ha de ser corta, ¡de no larga duración! Ahora eres juntamente de breve vida y el más infortunado de todos. Con hado funesto te parí en el palacio. Yo misma iré al nevado Olimpo y hablaré a Zeus, que se complace en lanzar rayos, por si se deja convencer. Tú quédate en las naves de ligero andar, conserva la cólera contra los aqueos y abstente por entero de combatir. Ayer se marchó Zeus al Océano, al país de los probos etíopes, para asistir a un banquete, y todos los dioses le siguieron. De aquí a doce días volverá al Olimpo. Entonces acudiré a la morada de Zeus, sustentada en bronce; le abrazaré las rodillas, y espero que logre persuadirle».

Dichas estas palabras partió, dejando a Aquiles con el corazón irritado a causa de la mujer de bella cintura que violentamente y contra su voluntad le habían arrebatado.

Helena describe a los griegos desde las murallas

Griegos y troyanos acuerdan que la guerra se resuelva mediante un combate singular entre los dos maridos de Helena, Menelao de Esparta y el troyano Alejandro Paris. Mientras se organiza el combate junto a las murallas, el rey Príamo y los ancianos contemplan al ejército enemigo:

Príamo llamó a Helena y le dijo: «Ven acá, hija querida; siéntate a mi lado para que veas a tu anterior marido y a sus parientes y amigos —pues a ti no te considero culpable, sino a los dioses que promovieron contra nosotros la luctuosa guerra de los aqueos— y me digas cómo se llama ese ingente varón, quién es ese aqueo gallardo y alto de cuerpo. Otros hay de mayor estatura, pero jamás vieron mis ojos un hombre tan hermoso y venerable. Parece un rey».

Contestó Helena, divina entre las mujeres: «Me inspiras, suegro amado, respeto y temor. ¡Ojalá la muerte me hubiese sido grata cuando vine con tu hijo, dejando, a la vez que el tálamo, a mis hermanos, mi hija querida y mis amables compañeras! Pero no sucedió así, y ahora me consumo llorando. Voy a responder a tu pregunta: ese es el poderosísimo Agamenón Atrida, buen rey y esforzado combatiente, que fue cuñado de esta desvergonzada, si todo no ha sido sueño».

Así dijo. El anciano lo contempló con admiración y exclamó: «Atrida feliz, nacido con suerte, ¡afortunado! Muchos son los aqueos que te obedecen. En otro tiempo fui a la Frigia, en viñas abundantes, y vi a muchos de sus naturales —los pueblos de Otreo y

de Migdón, igual a un dios— que con los ágiles corceles acampaban a orillas del Sangario. Entre ellos me hallaba a fuer de aliado, el día en que llegaron las varoniles amazonas. Pero no eran tantos como los aqueos de ojos vivos». Fijando la vista en Odiseo, el anciano volvió a preguntar: «Ea, dime también, hija querida, quien es aquel, menor en estatura que Agamenón Atrida, pero más ancho de espaldas y de pecho. Ha dejado en el fértil suelo las armas y recorre las filas como un carnero. Parece un velloso carnero que atraviesa un gran rebaño de cándidas ovejas».

Al momento le respondió Helena, hija de Zeus: «Aquel es el hijo de Laertes, el ingenioso Odiseo, que se crió en la áspera Ítaca; tan hábil en urdir engaños de toda especie como en dar prudentes consejos».

Reparando la tercera vez en Áyax, dijo el anciano: «Quién es ese otro aqueo gallardo y alto, que descuella entre los argivos por su cabeza y anchas espaldas?». Respondió Helena, la de largo peplo, divina entre las mujeres: «Ese es el ingente Áyax, antemural de los aqueos. Al otro lado esta Idomeneo, como un dios, entre los cretenses; le rodean los capitanes de sus tropas. Muchas veces Menelao, caro a Ares, le hospedó en nuestro palacio cuando venía de Creta. Distingo a los demás aqueos de ojos vivos, y me sería fácil reconocerlos y nombrarlos; mas no veo a dos caudillos de hombres, Cástor, domador de caballos, y Pólux, excelente púgil, hermanos carnales que me dio mi madre. ¿Acaso no han venido de la amena Lacedemonia? ¿O llegaron en las naves, surcadoras del ponto, y no quieren entrar en combate para no hacerse partícipes de mi deshonra y de mis muchos oprobios?». Así habló. A ellos la fértil tierra los tenía ya consigo, en Lacedemonia, en su misma patria.

Combates sangrientos en las llanuras de Troya

Canto tras canto, en la Ilíada se suceden los sangrientos combates, que Homero describe con todo detalle. En el Canto IV enumera decenas de combates, pero se centra en la carnicería que Diomedes causa entre los troyanos. Estas son algunas de las sangrientas muertes que se recuerdan en este canto.

Idomeneo quitó la vida a Festo, hijo de Boro el meonio, que había llegado de la fértil Tarne, hiriéndole con la formidable lanza en el hombro derecho, cuando subía al carro: se deslomó Festo, tinieblas horribles le envolvieron y los servidores de Idomeneo le despojaron de la armadura.

El Atrida Menelao mató con la aguda pica a Escamandrio, hijo de Estrofio, ejercitado en la caza. A tan excelente cazador la misma Artemis le había enseñado a tirar a cuantas fieras crían las selvas de los montes. Mas no le valió ni Artemis, que se complace en tirar flechas, ni el arte de arrojarlas en que tanto descollaba: tuvo que huir, y el Atrida Menelao, famoso por su lanza, le hirió con un dardo en la espalda, entre los hombros, y le atravesó el pecho. Cayó de cara y sus armas resonaron.

Meriones dejó sin vida a Fereclo, hijo del artífice Harmónida, que con las manos fabricaba toda clase de obras de ingenio porque era muy caro a Palas Atenea. Este, no conociendo los oráculos de los dioses, construyó las naves bien proporcionadas de Alejandro, las cuales fueron la causa primera de todas las desgracias y un mal para los teucros y para él mismo. Meriones, cuando alcanzó a aquel, le alanceó en la nalga derecha; y la punta, pasando por debajo del

hueso y cerca de la vejiga, salió al otro lado. El guerrero cayó de hinojos, gimiendo, y la muerte lo envolvió.

Meges hizo perecer a Pedeo, hijo bastardo de Antenor, a quien Teano, la divina, había criado con igual solicitud que a los hijos propios, para complacer a su esposo. El hijo de Fileo, famoso por su pica, fue a clavarle en la nuca la puntiaguda lanza, y el hierro cortó la lengua y asomó por los dientes del guerrero. Pedeo cayó en el polvo y mordía el frío bronce.

Eurípilo Evemónida dió muerte al divino Hipsenor, hijo del animoso Dolopión, que era sacerdote de Escamandro y el pueblo lo veneraba como a un dios. Le perseguía Eurípilo, hijo preclaro de Evemón; el cual, poniendo mano a la espada, de un tajo en el hombro le cercenó el robusto brazo, que ensangrentado cayó al suelo. La purpúrea muerte y el hado cruel velaron los ojos del troyano.

Así se portaban estos en el reñido combate. En cuanto al Tidida[11], no hubieras conocido con quiénes estaba, ni si pertenecía a los teucros o a los aqueos. Andaba furioso por la llanura cual hinchado torrente que en su rápido curso derriba los diques —pues ni los diques más trabados, ni los setos de los floridos campos lo detienen— y presentándose repentinamente, cuando cae espesa la lluvia de Zeus, destruye muchas hermosas labores de los jóvenes; tal tumulto promovía el Tidida en las densas falanges teucras que, con ser tan numerosas, no se atrevían a resistirle.

Tan luego como el preclaro hijo de Licaón vio que Diomedes corría furioso por la llanura y desordenaba las falanges, tendió el corvo arco y le hirió en el hombro derecho, por el hueco de la coraza, mientras aquél acometía.

La cruel saeta atravesó el hombro y la coraza se manchó de sangre. Y el preclaro hijo de Licaón, al notarlo, gritó con voz recia: «Arremeted, teucros de ánimo altivo, aguijadores de caballos! Herido está el más fuerte de los aqueos; y no creo que pueda resistir mucho tiempo la fornida saeta, si fue realmente Apolo, hijo de Zeus, quien me movió a venir aquí desde la Licia». Así dijo gloriándose. Pero la veloz flecha no postró a Diomedes; el cual, retrocediendo hasta el carro y los caballos, se detuvo y dijo a Esténelo, hijo de Capaneo: «Corre, buen hijo de Capaneo, baja del carro y arráncame

del hombro la amarga flecha».

Así dijo. Esténelo saltó del carro al suelo, se le acercó, y le sacó del hombro la aguda flecha; la sangre chocaba, al salir a borbotones, contra las mallas de la túnica. Y entonces Diomedes, valiente en el combate, hizo esta plegaria: «¡Óyeme, hija de Zeus, que lleva la égida![12] ¡Indómita! Si alguna vez amparaste benévola a mi padre en la cruel guerra, séme ahora propicia, ¡oh Atenea!, y haz que se ponga a tiro de lanza y reciba la muerte de mi mano, quien se me anticipó hiriéndome, y ahora se jacta de que pronto dejaré de contemplar la fúlgida luz del sol».

Así dijo rogando. Palas Atenea le oyó, le agitó los miembros todos, especialmente los pies y las manos, y poniéndose a su lado pronunció estas aladas palabras: «Cobra ánimo, Diomedes, y pelea con los teucros; pues ya infundí en tu pecho el paterno intrépido valor que acostumbraba tener el jinete Tideo, agitador del escudo, y aparté la niebla que cubría tus ojos para que en la batalla conozcas bien a los dioses y a los hombres. Si alguno de aquéllos viene a tentarte, no quieras combatir con los inmortales; pero si se presentara en la lid Afrodita, hija de Zeus, hiérela con el agudo bronce.

Dicho esto, se fue Atenea, la de ojos de lechuza. El Tidida volvió a mezclarse con los combatientes delanteros; y si antes ardía en deseos de pelear contra los troyanos, entonces sintió que se le triplicaba el brío, como un león a quien el pastor hiere levemente en el campo, al asaltar un redil de lanudas ovejas, y no lo mata, sino que le excita la fuerza: el pastor desiste de rechazarlo y entra en el establo; las ovejas, al verse sin defensa, huyen para caer pronto hacinadas unas sobre otras, y la fiera salta afuera de la elevada cerca. Con tal furia penetró en las filas troyanas el fuerte Diomedes. Entonces hizo morir a Astínoo y a Hipirón, pastor de hombres. Al primero le hirió con la broncínea lanza encima del pecho; contra Hipirón desnudó la gran espada, y de un tajo en la clavícula le separó el hombro del cuello y la espalda. Los dejó y fue al encuentro de Abante y Poliido, hijos de Euridamante, que era de provecta edad e intérprete de sueños: cuando fueron a la guerra, el anciano no les interpretaría los sueños, pues sucumbieron a manos del fuerte Diomedes, que les despojó de las armas. Enderezó luego

sus pasos hacia Janto y Toón, hijos de Fénope —este los había tenido en la triste vejez que le abrumaba y no engendró otro hijo que heredara sus riquezas—, y a entrambos les quitó la dulce vida, causando llanto y triste pesar al anciano, que no pudo recibirlos de vuelta de la guerra; y más tarde los parientes se repartieron la herencia. Enseguida alcanzó a Equemón y a Cromio, hijos de Príamo Dardánida, que iban en el mismo carro. Cual león que, penetrando en la vacada, despedaza la cerviz de una vaca o de una becerra que pace en el soto; así el hijo de Tideo los derribó violentamente del carro, les quitó la armadura y entregó los corceles a sus camaradas para que los llevaran a las naves.

El caballo Janto predice la muerte de Aquiles

Aquiles, que desea vengar a Patroclo, pide a sus caballos que cuiden de él como no cuidaron de su amigo:

«¡Janto y Balio, ilustres hijos de Podarga! Cuidad de traer a salvo a la muchedumbre de los dánaos[13] al que hoy os guía cuando nos hayamos saciado de combatir, y no le dejéis muerto allá como a Patroclo». Y Janto, el corcel de ligeros pies, bajó la cabeza —sus crines, cayendo en torno de la extremidad del yugo, llegaban al suelo—, y habiéndole dotado de voz Hera, la diosa de los níveos brazos, respondió desde debajo del yugo: «Hoy te salvaremos aun, impetuoso Aquiles; pero está cercano el día de tu muerte, y los culpables no seremos nosotros, sino un dios poderoso y la Parca cruel. No fue por nuestra lentitud ni por nuestra pereza que los teucros quitaron la armadura de los hombros de Patroclo; sino que el más fuerte de los dioses, a quien parió Leto, la de hermosa cabellera[14], lo mató entre los combatientes delanteros y dio gloria a Héctor. Nosotros correríamos tan veloces como el soplo del Céfiro, que es tenido por el más rápido. Pero también tú estás destinado a sucumbir a manos de un dios y de un hombre.

Dichas estas palabras, las Erinias le cortaron la voz. Y muy indignado, Aquiles, el de los pies ligeros, le dijo: «¡Janto!. ¿Por qué me vaticinas la muerte? Ninguna necesidad tienes de hacerlo. Ya sé que mi destino es perecer aquí, lejos de mi padre y de mi madre; mas con todo eso, no he de descansar hasta que harte de combate a los teucros». Dijo; y dando voces, dirigió los solípedos[15] caballos por las primeras filas.

Lamentos de Aquiles por la muerte de Patroclo

Aquiles, que no está dispuesto a regresar al combate por la ofensa que le ha hecho el general Agamenón, permite a su querido compañero Patroclo que vista sus armas y se enfrente a los troyanos. En su tienda espera con temor su regreso.

Mientras los teucros[16] y los aqueos combatían con el ardor de abrasadora llama, Antíloco, mensajero de veloces pies, fue en busca de Aquiles. Lo halló junto a las naves, de altas popas, y el héroe presentía lo ocurrido; pues, gimiendo, a su magnánimo espíritu así le hablaba: «¡Ay de mí! .¿Por qué los melenudos aqueos vuelven a ser derrotados, y corren aturdidos por la llanura con dirección a las naves? Temo que los dioses me hayan causado la desgracia cruel para mi corazón, que me anunció mi madre diciendo que el más valiente de los mirmidones dejaría de ver la luz del sol, a manos de los teucros, antes de que yo falleciera. Sin duda ha muerto el esforzado hijo de Menecio. ¡Infeliz! Yo le mandé que tan pronto como apartase el fuego enemigo, regresara a los bajeles y no quisiera pelear valerosamente con Héctor».

Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón, llegó el hijo del ilustre Néstor; y derramando ardientes lágrimas, le dio la triste noticia: «¡Ay de mí, hijo del aguerrido Peleo! sabrás una infausta nueva, una cosa que no hubiera de haber ocurrido. Patroclo yace en el suelo, y teucros y aqueos combaten en torno del cadáver desnudo, pues Héctor, el de tremolante casco, tiene la armadura».

Así dijo; y negra nube de pesar envolvió a Aquiles. El héroe cogió ceniza con ambas manos, la derramó sobre su cabeza, afeó el

gracioso rostro y la negra ceniza manchó la divina túnica; después se tendió en el polvo, ocupando un gran espacio, y con las manos se arrancaba los cabellos. Las esclavas que Aquiles y Patroclo habían cautivado salieron afligidas; y dando agudos gritos, fueron desde la puerta a rodear a Aquiles; todas se golpeaban el pecho y sentían desfallecer sus miembros. Antíloco también se lamentaba, vertía lágrimas y tenía de las manos a Aquiles, cuyo gran corazón se deshacía en suspiros, por el temor de que se cortase la garganta con el hierro. Dio Aquiles un horrendo gemido; lo oyó su veneranda madre, que se hallaba en el fondo del mar, junto al padre anciano, y prorrumpió en sollozos».

El escudo de Aquiles

Después de morir Patroclo, Tetis pide al herrero divino, Hefesto, que fabrique nuevas armas para su hijo Aquiles, y Hefesto fabrica un poderoso escudo que se describe con todo detalle a lo largo de muchos versos. Como dice Waysbord, ese escudo es una obra maestra que nos revela el sueño de gloria del héroe Aquiles y la totalidad del mundo:

«Vengo a abrazar tus rodillas por si quieres dar a mi hijo, cuya vida ha de ser breve, escudo, casco, hermosas grebas ajustadas con broches, y coraza; pues las armas que tenía las perdió, su fiel amigo al morir a manos de los teucros, y Aquiles yace en tierra con el corazón afligido». Le contestó el ilustre cojo de ambos pies: «Cobra ánimo y no te apures por las armas. Ojalá pudiera ocultarlo a la muerte horrísona cuando el terrible destino se le presente, como tendrá una hermosa armadura que admirarán cuantos la vean».

Así habló; y dejando a la diosa, se encaminó a los fuelles, los volvió hacia la llama y les mandó que trabajasen. Estos soplaban en veinte hornos, despidiendo un aire que avivaba el fuego y era de varias clases: unas veces fuerte, como lo necesita el que trabaja de prisa, y otras al contrario, según Hefesto lo deseaba y la obra lo requería. El dios puso al fuego duro bronce, estaño, oro precioso y plata; colocó en el tajo el gran yunque, y cogió con una mano el pesado martillo y con la otra las tenazas.

Hizo lo primero de todo un escudo grande y fuerte, de variada labor, con triple cenefa brillante y reluciente, provisto de una abrazadera de plata. Cinco capas tenía el escudo, y en la superior grabó el dios muchas artísticas figuras, con sabia inteligencia. Allí

puso la tierra, el cielo, el mar, el sol infatigable y la luna llena; allí las estrellas que el cielo coronan, las Pléyades, las Híades, el robusto Orión y la Osa, llamada por sobrenombre el Carro, la cual gira siempre en el mismo sitio, mira a Orión y es la única que deja de bañarse en el océano.

Allí representó también dos ciudades de hombres dotados de palabra, en la una se celebraban bodas y festines: las novias salían de sus habitaciones y eran acompañadas por la ciudad a la luz de antorchas encendidas, oíanse repetidos cantos de himeneo, jóvenes danzantes formaban ruedos, dentro de los cuales sonaban flautas y cítaras, y las matronas admiraban el espectáculo desde los vestíbulos de las casas. Los hombres estaban reunidos en el ágora, pues se había suscitado una contienda entre dos varones acerca de la multa que debía pagarse por un homicidio: el uno, declarando ante el pueblo, afirmaba que ya la tenía satisfecha; el otro negaba haberla recibido, y ambos deseaban terminar el pleito presentando testigos. El pueblo se hallaba dividido en dos bandos que aplaudían sucesivamente a cada litigante; los heraldos aquietaban a la muchedumbre, y los ancianos, sentados sobre pulimentadas piedras en sagrado círculo, tenían en las manos los cetros de los heraldos, de voz potente, y levantándose uno tras otro publicaban el juicio que habían formado. En el centro estaban los dos talentos de oro que debían darse al que mejor demostrara la justicia de su causa.

La otra ciudad aparecía cercada por dos ejércitos cuyos individuos, revestidos de lucientes armaduras, no estaban acordes: los del primero deseaban arruinar la plaza, y los otros querían dividir en dos partes cuantas riquezas encerraba la agradable población. Pero los ciudadanos aún no se rendían, y preparaban secretamente una emboscada. Mujeres, niños y ancianos, subidos en la muralla, la defendían. Los sitiados marchaban, llevando al frente a Ares y a Palas Atenea, ambos de oro y con áureas vestiduras, hermosos, grandes, armados y distinguidos, como dioses; pues los hombres eran de estatura menor.

Luego, en el lugar escogido para la emboscada, que era a orillas de un río y cerca de un abrevadero que utilizaba todo el ganado, se sentaban, cubiertos de reluciente bronce, y ponían dos centinelas avanzados para que les avisaran la llegada de las ovejas y de los

bueyes de retorcidos cuernos. Pronto se presentaban los rebaños con dos pastores que se recreaban tocando la zampona, sin presentir la asechanza. Cuando los emboscados los veían venir, corrían a su encuentro y al punto se apoderaban de los rebaños de bueyes y de los magníficos hatos de blancas ovejas y mataban a los guardianes. Los sitiadores, que se hallaban reunidos en junta, oían el vocerío que se alzaba en torno de los bueyes, y montando ágiles corceles, acudían presurosos. Pronto se trababa a orillas del río una batalla en la cual heríanse unos a otros con broncíneas lanzas. Allí se agitaban la Discordia, el Tumulto y la funesta Parca, que a un tiempo cogía a un guerrero vivo y recientemente herido y a otro ileso, y arrastraba, asiéndolo de los pies, por el campo de la batalla a un tercero que ya había muerto; y el ropaje que cubría su espalda estaba teñido de sangre humana.

Se movían todos como hombres vivos, peleaban y retiraban los muertos. Representó también una blanda tierra noval, un campo fértil y vasto que se labraba por tercera vez: acá y acullá muchos labradores guiaban las yuntas, y al llegar al confín del campo, un hombre les salía al encuentro y les daba una copa de dulce vino; y ellos volvían atrás, abriendo nuevos surcos, y deseaban llegar al otro extremo del noval profundo. Y la tierra que dejaban a su espalda negreaba y parecía labrada, siendo toda de oro; lo cual constituía una singular maravilla.

Grabó asimismo un campo real donde los jóvenes segaban las mieses con hoces afiladas: muchos manojos caían al suelo a lo largo del surco, y con ellos formaban gavillas los atadores. Tres eran estos, y unos rapaces cogían los manojos y se los llevaban abrazados. En medio, de pie en un surco, estaba el rey sin desplegar los labios, con el corazón alegre y el cetro en la mano. Debajo de una encina, los heraldos preparaban para el banquete un corpulento buey que habían matado. Y las mujeres aparejaban la comida de los trabajadores, haciendo abundantes puches de blanca harina.

También entalló una hermosa viña de oro cuyas cepas, cargadas de negros racimos, estaban sostenidas por rodrigones de plata. La rodeaba un foso de negruzco acero y un seto de estaño, y conducía a ella un solo camino por donde pasaban los acarreadores ocupados en la vendimia. Doncellas y mancebos, pensando en cosas tiernas,

llevaban el dulce fruto en cestos de mimbre; un muchacho tañía suavemente la armoniosa cítara y entonaba con tenue voz un hermoso canto, y todos le acompañaban cantando, profiriendo voces de júbilo y golpeando con los pies el suelo.

Puso luego un rebaño de vacas de erguida cornamenta: los animales eran de oro y estaño y salían del establo, mugiendo, para pastar a orillas de un sonoro río, junto a un flexible cañaveral. Cuatro pastores de oro guiaban a las vacas y nueve canes de pies ligeros los seguían. Entre las primeras vacas, dos terribles leones habían sujetado y conducían a un toro que daba fuertes mugidos. Los perseguían mancebos y perros. Pero los leones lograban desgarrar la piel del corpulento toro y tragaban los intestinos y la negra sangre; mientras los pastores intentaban, aunque inútilmente, estorbarlo, y azuzaban a los ágiles canes: estos se apartaban de los leones sin morderlos, ladraban desde cerca y rehuían el encuentro de las fieras.

Hizo también el ilustre cojo de ambos pies un gran prado en hermoso valle, donde pacían las cándidas ovejas, con establos, chozas techadas y apriscos.

El ilustre cojo de ambos pies puso luego una danza como la que Dédalo concertó en la vasta Cnoso en obsequio de Ariadna, la de lindas trenzas. Mancebos y doncellas de rico dote, cogidos de las manos, se divertían bailando: estas llevaban vestidos de sutil lino y bonitas guirnaldas, y aquellos, túnicas bien tejidas y algo lustrosas, como frotadas con aceite, y sables de oro suspendidos de argénteos tahalíes. Unas veces, moviendo los diestros pies, daban vueltas a la redonda con la misma facilidad con que el alfarero, sentándose, aplica su mano al torno y lo prueba para ver si corre, y en otras ocasiones se colocaban por hileras y bailaban separadamente. Gentío inmenso rodeaba el baile y se holgaba en contemplarlo. Entre ellos un divino aedo cantaba, acompañándose con la cítara; y así que se oía el preludio, dos saltadores hacían cabriolas en medio de la muchedumbre.

En la orla del solido escudo representó la poderosa corriente del río océano.

Después que construyó el grande y fuerte escudo, hizo para Aquiles

una coraza más reluciente que el resplandor del fuego; un sólido casco, hermoso, labrado, de aurea cimera, que a sus sienes se adaptara, y unas grebas de dúctil estaño.

Cuando el ilustre cojo de ambos pies hubo fabricado todas las armas, las entregó a la madre de Aquiles. Y Tetis saltó, como un gavilán desde el nevado Olimpo, llevando la reluciente armadura que Hefesto había construido.

Lamentos por la muerte de Héctor

En venganza por la muerte de Patroclo, Aquiles regresa al combate y mata a Héctor. Andrómaca, la esposa de Héctor, al conocer la muerte de su esposo, experimenta un dolor semejante al de Aquiles:

La esposa de Héctor nada sabía, pues ningún veraz mensajero le llevó la noticia de que su marido se quedara fuera de las puertas; y en lo más hondo del alto palacio tejía una tela doble y purpúrea, que adornaba con labores de variado color. Había mandado en su casa a las esclavas de hermosas trenzas que pusieran al fuego un trípode grande, para que Héctor se bañase en agua caliente al volver de la batalla. ¡Insensata! Ignoraba que Atenea, la de ojos de lechuza, le había hecho sucumbir muy lejos del baño a manos de Aquiles. Pero oyó gemidos y lamentaciones que venían de la torre, se estremecieron sus miembros, y la lanzadera le cayó al suelo. Y al instante dijo a las esclavas de hermosas trenzas: «Venid, seguidme dos; voy a ver qué ocurre. Oí la voz de mi venerable suegra; el corazón me salta en el pecho hacia la boca y mis rodillas se entumecen: algún infortunio amenaza a los hijos de Príamo. ¡Ojalá que tal noticia nunca llegue a mis oídos! Pero mucho temo que el divino Aquiles haya separado de la ciudad a mi Héctor audaz, le persiga a él solo por la llanura y acabe con el funesto valor que siempre tuvo; porque jamás en la batalla se quedó entre la turba de los combatientes, sino que se adelantaba mucho y en bravura a nadie cedía». Dicho esto, salió apresuradamente del palacio como una loca, palpitándole el corazón; y dos esclavas la acompañaron. Mas, cuando llegó a la torre y a la multitud de gente que allí se encontraba, se detuvo, y desde el muro registró el campo; enseguida vio a Héctor arrastrado delante de la ciudad, pues los veloces caballos lo arrastraban despiadadamente hacia las cóncavas naves

de los aqueos; las tinieblas de la noche velaron sus ojos, cayó de espaldas y se le desmayó el alma. Se arrancó de su cabeza los vistosos lazos, la diadema, la redecilla, la trenzada cinta y el velo que la aurea Afrodita le había dado el día en que Héctor se la llevo del palacio de Eetión, constituyéndole una gran dote. A su alrededor se hallaban muchas cuñadas y concuñadas suyas, las cuales la sostenían aturdida como si fuera a perecer. Cuando volvió en sí y recobró el aliento, lamentándose con desconsuelo dijo entre las troyanas: «¡Héctor! ¡Ay de mí, infeliz! Ambos nacimos con la misma suerte, tú en Troya, en el palacio de Príamo; yo en Tebas, al pie del selvoso Placo, en el alcázar de Eetión, el cual me crió cuando niña para que fuese desventurada como él. ¡Ojalá no me hubiera engendrado! Ahora tú desciendes a la mansión de Hades, en el seno de la tierra, y me dejas en el palacio viuda y sumida en triste duelo. Y el hijo, aún infante, que engendramos tú y yo, infortunados… Ni tú serás su amparo, oh, Héctor, pues has fallecido; ni él el tuyo. Si escapa con vida de la luctuosa guerra de los aqueos, tendrá siempre fatigas y pesares; y los demás se apoderarán de sus campos, cambiando de sitio los mojones. El mismo día en que un niño queda huérfano, pierde todos los amigos; y en adelante va cabizbajo y con las mejillas bañadas en lágrimas. Obligado por la necesidad, se dirige a los amigos de su padre, tirándoles ya del manto, ya de la túnica; y alguno, compadecido, le alarga un vaso pequeño con el cual mojará los labios, pero no llegará a humedecer la garganta. El niño que tiene los padres vivos le echa del festín, dándole puñadas e increpándole con injuriosas voces: Vete, ¡enhoramala!, le dice, que tu padre no come a escote con nosotros». Y volverá a su madre viuda, llorando, el huérfano Astianacte, que en otro tiempo, sentado en las rodillas de su padre, solo comía medula y grasa pingüe de ovejas, y cuando se cansaba de jugar y se entregaba al sueño, dormía en blanda cama, en brazos de la nodriza, con el corazón lleno de gozo; mas ahora que ha muerto su padre, mucho tendrá que padecer Astianacte, a quien los troyanos llamaban así porque solo tú, oh Héctor, defendías las puertas y los altos muros. Y a ti, cuando los perros se hayan saciado con tu carne, los movedizos gusanos te comerán desnudo, junto a las corvas naves, lejos de tus padres; habiendo en el palacio vestiduras caras y hermosas, que las esclavas hicieron con sus manos. Arrojaré todas estas vestiduras al ardiente fuego; y ya que no te aprovechan, pues no yacerás en ellas, constituirán para ti un

motivo de gloria a los ojos de los troyanos y de las troyanas. Así dijo llorando, y las mujeres gimieron.

Patroclo muerto habla con Aquiles

La última noche en la que verá el cuerpo de su querido Patroclo, antes de que el cadáver sea devorado por las llamas, Aquiles ofrece un último banquete funerario y después se dispone a dormir:

Se quedó el Pelida[17] con muchos mirmidones, dando profundos suspiros, a orillas del estruendoso mar, en un lugar limpio donde las olas bañaban la playa; pero no tardó en vencerle el sueño, que disipa los cuidados del ánimo, esparciéndose suave en torno suyo; pues el héroe había fatigado mucho sus fornidos miembros persiguiendo a Héctor alrededor de la ventosa Ilión[18]. Entonces vino a encontrarle el alma del misero Patroclo, semejante en todo a este cuando vivía, tanto por su estatura y hermosos ojos, como por las vestiduras que llevaba; y poniéndose sobre la cabeza de Aquiles, le dijo estas palabras: «¿Duermes, Aquiles, y me tienes olvidado? Te cuidabas de mí mientras vivía, y ahora que he muerto me abandonas. Entiérrame cuanto antes, para que pueda pasar las puertas del Hades; pues las almas, que son imágenes de los difuntos, me rechazan y no me permiten que atraviese el rio y me junte con ellas; y de este modo voy errante por los alrededores del palacio, de anchas puertas, de Hades. Dame la mano, te lo pido llorando; pues ya no volveré del Hades cuando hayáis entregado mi cadáver al fuego. Ni ya, gozando de vida, conversaremos separadamente de los amigos; pues me devoró la odiosa muerte que el hado, cuando nací, me deparaba. Y tu destino es también, oh, Aquiles semejante a los dioses, morir al pie de los muros de los nobles troyanos. Otra cosa te diré y encargaré, por si quieres complacerme. No dejes mandado, oh, Aquiles, que pongan tus huesos separados de los míos: ya que juntos nos hemos criado en tu palacio, desde que Menecio me llevó de Opunte a vuestra casa por un deplorable homicidio —cuando

encolerizándome en el juego de la taba maté involuntariamente al hijo de Anfidamante— y el caballero Peleo me acogió en su morada, me crió con regalo y me nombró tu escudero; así también, una misma urna, el ánfora de oro que te dio tu veneranda madre, guarde nuestros huesos ».

Le respondió Aquiles, el de los pies ligeros: «¿Por qué, cabeza querida, vienes a encargarme estas cosas? Te obedeceré y lo cumpliré todo como lo mandas. Pero acércate y abracémonos, aunque sea por breves instantes, para saciarnos de triste llanto».

En diciendo esto, le tendió los brazos, pero no consiguió asirlo: se disipó el alma cual si fuese humo y penetró en la tierra dando chillidos. Aquiles se levantó atónito, dio una palmada y exclamó con voz lúgubre: «¡Oh dioses! Cierto es que en la morada de Hades quedan el alma y la imagen de los que mueren, pero la fuerza vital desaparece por entero. Toda la noche ha estado cerca de mí el alma del misero Patroclo, derramando lágrimas y despidiendo suspiros, para encargarme lo que debo hacer; y era muy semejante a él cuando vivía».

Así dijo, y a todos les excitó el deseo de llorar. Todavía se hallaban alrededor del cadáver, sollozando lastimeramente, cuando despuntó la Aurora de rosáceos dedos.

Príamo rescata el cadáver de su hijo

Príamo contempla desde las murallas cómo Aquiles ata el cadáver de Héctor a su carro y da vueltas en torno a Troya, destrozándolo para que no obtenga la paz en el otro mundo. Por la noche, guiado por Hermes en un carro de caballos, el anciano rey sale en secreto de la ciudad y busca la tienda de Aquiles. Finalmente, el dios se despide y deja solo a Príamo:

Príamo saltó del carro a tierra, dejó a Ideo con el fin de que cuidase de los caballos y mulas, y fue derecho a la tienda en que moraba Aquiles, caro a Zeus. Lo halló dentro y sus amigos estaban sentados aparte; solo dos de ellos, el héroe Automedonte y Alcimo, vástago de Ares, le servían, pues acababa de cenar; y si bien ya no comía ni bebía, aún la mesa continuaba puesta. El gran Príamo entró sin ser visto, se acercó a Aquiles, le abrazó las rodillas y besó aquellas manos terribles, homicidas, que habían dado muerte a tantos hijos suyos. Como quedan atónitos los que, hallándose en la casa de un rico, ven llegar a un hombre que, poseído de la cruel Ate[19], mató en su patria a otro varón y ha emigrado a país extraño; de igual manera se asombró Aquiles de ver al deiforme[20] Príamo; y los demás se sorprendieron también y se miraron unos a otros. Y Príamo suplicó a Aquiles, dirigiéndole estas palabras: «Acuérdate de tu padre, Aquiles, semejante a los dioses, que tiene la misma edad que yo y ha llegado al funesto umbral de la vejez. Quizás los vecinos circunstantes le oprimen y no hay quien le salve del infortunio y de la ruina; pero al menos aquel, sabiendo que tu vives, se alegra en su corazón y espera de día en día que ha de ver a su hijo, llegado de Troya. Mas yo, desdichadísimo, después que engendre hijos excelentes en la espaciosa Troya, puedo decir que de ellos ninguno me queda. Cincuenta tenía cuando vinieron los

aqueos: diecinueve procedían de un solo vientre; a los restantes diferentes mujeres los dieron a luz en el palacio. A los más el furibundo Ares les quebró las rodillas; y el que era único para mí, pues defendía la ciudad y sus habitantes, a ese tú lo mataste mientras combatía por la patria, a Héctor; por quien vengo ahora a las naves de los aqueos, a fin de redimirlo de ti, y traigo un inmenso rescate. Pero respeta a los dioses, Aquiles, y apiádate de mí, acordándote de tu padre; que yo soy todavía más digno de piedad, puesto que me atrevo a lo que ningún otro mortal de la tierra: a llevar a mi boca la mano del hombre matador de mis hijos».

Así habló. A Aquiles le vino deseo de llorar por su padre; y, asiendo de la mano a Príamo, lo apartó suavemente. Entregados uno y otro a los recuerdos, Príamo, caído a los pies de Aquiles, lloraba copiosamente por Héctor, matador de hombres; y Aquiles lloraba unas veces a su padre y otras a Patroclo; y el gemir de entrambos se alzaba en la tienda. Mas así que el divino Aquiles se hartó de llanto y el deseo de sollozar cesó en su alma y en sus miembros, se alzó de la silla, tomó por la mano al viejo para que se levantara, y mirando compasivo su blanca cabeza y blanca barba, le dijo estas aladas palabras: «Ah, ¡infeliz! Muchos son los infortunios que tu ánimo ha soportado. ¿Cómo osaste venir solo a las naves de los aqueos, a los ojos del hombre que te mató tantos y tan valientes hijos? De hierro tienes el corazón. Mas, ea, toma asiento en esta silla; y aunque los dos estamos afligidos, dejemos reposar en el alma las penas, pues el triste llanto para nada aprovecha. Los dioses destinaron a los míseros mortales a vivir en la tristeza, y solo ellos viven sin preocupaciones. En los umbrales del palacio de Zeus hay dos toneles de dones que el dios reparte: en el uno están los males y en el otro los bienes. Aquel a quien Zeus, que se complace en lanzar rayos, se los da mezclados, unas veces topa con la desdicha y otras con la buena ventura; pero el que tan solo recibe penas, vive con afrenta, una gran hambre le persigue sobre la divina tierra, y va de un lado para otro sin ser honrado ni por los dioses ni por los hombres. Así las deidades hicieron a Peleo claros dones desde su nacimiento: aventajaba a los demás hombres en felicidad y riqueza, reinaba sobre los mirmidones, y, siendo mortal, le dieron por mujer una diosa. Pero también la divinidad le impuso un mal: que no tuviese hijos que reinaran luego en el palacio. Tan solo engendró uno, a mí, cuya vida ha de ser breve; y no le cuido en su vejez,

porque permanezco en Troya, muy lejos de la patria, para contristarte a ti y a tus hijos».

Aquiles se ocupa entonces de que el cadáver de Héctor sea preparado para que Príamo pueda ofrecerle las honras fúnebres, y regresar a la tienda:

Tu hijo, oh anciano, rescatado está, como pedías: yace en un lecho, y al despuntar la aurora podrás verlo y llevártelo. Ahora pensemos en cenar, pues hasta Níobe, la de hermosas trenzas, se acordó de tomar alimento cuando en el palacio murieron sus doce vástagos: seis hijas y seis hijos florecientes.

El anciano rey y el matador de su hijo comparten entonces la cena y se disponen a entregarse al sueño reparador. Dice Príamo:

Mándame ahora, sin tardanza, a la cama, oh alumno de Zeus, para que, acostándonos, gocemos del dulce sueño. Mis ojos no se han cerrado desde que mi hijo murió a tus manos, pues continuamente gimo y devoro innumerables congojas, revolcándome por el estiércol en el recinto del patio. Ahora he probado la comida y rociado con el negro vino la garganta, pues desde entonces nada había probado.

Antes de dirigirse a sus lechos, Aquiles promete a Príamo que detendrá la guerra hasta que Héctor haya recibido las honras fúnebres.

Duelos, lamentos y funerales

Los últimos cantos de la Ilíada están dedicados a funerales, lamentos y duelos por los grandes héroes que han encontrado la muerte: Patroclo y Héctor.

Aquiles en los funerales de Patroclo

En los ritos fúnebres en honor de su compañero Patroclo, Aquiles decide cortarse su espléndida cabellera, que había prometido ofrecer al río Esperquio cuando regresara de Troya, pues ya sabe que su propia muerte se acerca. En este rito salvaje, al muerto en la pira se añaden perros e incluso niños inocentes:

Cuando llegaron al lugar que Aquiles les señaló, dejaron el cadáver en el suelo, y en seguida amontonaron abundante leña. Entonces el divino Aquiles, el de los pies ligeros, tuvo otra idea: separándose de la pira, se cortó la rubia cabellera, que conservaba espléndida para ofrecerla al río Esperquio; y exclamó, apenado, fijando los ojos en el vinoso ponto: «¡Esperquio! En vano mi padre Peleo te hizo el voto de que yo, al volver a la tierra patria, me cortaría la cabellera en tu honor y te inmolaría una sacra hecatombe de cincuenta carneros cerca de tus fuentes, donde están el bosque y el perfumado altar a ti consagrados. Tal voto hizo el anciano, pero tú no has cumplido su deseo. Y ahora, como no he de volver a la tierra patria, daré mi

cabellera al héroe Patroclo para que se la lleve consigo». Habiendo hablado así, puso la cabellera en las manos del compañero querido, y a todos les excitó el deseo de llorar. Y entregados al llanto los dejara el sol al ponerse, si Aquiles no se hubiese acercado a Agamenón para decirle: «¡Atrida! Puesto que la gente aquea te obedece más que a nadie, y tiempo habrá para saciarse de llanto, aparta de la pira a los guerreros y mándales que preparen la cena; y de lo que resta nos cuidaremos nosotros, a quienes corresponde de un modo especial honrar al muerto. Quédense tan solo los caudillos».

Al oírlo, el rey de hombres Agamenón despidió a la gente para que volviera a las naves bien proporcionadas; y los que cuidaban del funeral amontonaron leña, levantaron una pira de cien pies por lado, y, con el corazón afligido, pusieron en lo alto de ella el cuerpo de Patroclo. Delante de la pira mataron y desollaron muchas pingües ovejas y bueyes de pies flexibles y curvas astas; y el magnánimo Aquiles tomó la grasa de aquellas y de estos, cubrió con la misma el cadáver de pies a cabeza, y hacinó alrededor los cuerpos desollados. Llevó también a la pira dos ánforas, llenas respectivamente de miel y de aceite, y las abocó al lecho; y exhalando profundos suspiros, arrojó a la hoguera cuatro corceles de erguido cuello. Nueve perros tenía el rey que se alimentaban de su mesa, y degollando a dos, los echó igualmente en la pira. Le siguieron doce hijos valientes de troyanos ilustres, a quienes mató con el bronce, pues el héroe meditaba en su corazón acciones crueles. Y entregando la pira a la violencia indomable del fuego para que la devorara, gimió y nombró al compañero amado: «¡Alégrate, oh Patroclo, aunque estés en el Hades! Ya te cumplo cuanto te prometí. El fuego devora contigo a doce hijos valientes de troyanos ilustres; y a Héctor Priamida no le entregare a la hoguera para que lo consuma, sino a los perros».

Los troyanos al recibir el cadáver de Héctor

Príamo ha logrado conmover a Aquiles, que le

devuelve el cadáver de su hijo Héctor para que pueda ofrecerle las honras fúnebres. Tras dormir en la tienda de Aquiles, despierta con el temor de ser descubierto por los griegos (¡es el rey de la ciudad sitiada!) y no bastarle la protección de Aquiles. Por suerte, cuenta con la ayuda del dios Hermes.

«El anciano sintió temor y despertó al heraldo. Hermes unció caballos y mulas, y acto continuo los guio por entre el ejército sin que nadie lo advirtiera. Mas, al llegar al vado del voraginoso Janto, río de hermosa corriente que el inmortal Zeus había engendrado, Hermes se fue al vasto Olimpo. La Aurora de azafranado velo se esparcía por toda la tierra, cuando ellos, gimiendo y lamentándose, guiaban los corceles hacia la ciudad, y les seguían las mulas con el cadáver. Ningún hombre ni mujer de hermosa cintura los vio llegar antes que Casandra, semejante a la áurea Afrodita; pues, subiendo a Pérgamo, distinguió el carro y en el a su padre y al heraldo, pregonero de la ciudad, y vio detrás a Héctor, tendido en un lecho que las mulas conducían. Enseguida prorrumpió en sollozos y fue clamando por toda la ciudad: «Venid a ver a Héctor, troyanos y troyanas, si otras veces os alegrasteis de que volviese vivo del combate; pues era el regocijo de la ciudad de todo el pueblo». Así dijo, y ningún hombre ni mujer se quedó allí, en la ciudad. Todos sintieron intolerable congoja y fueron a juntarse cerca de las puertas con el que les traía el cadáver. La esposa querida y la veneranda madre, echándose las primeras sobre el carro de hermosas ruedas y tocando con sus manos la cabeza de Héctor, se arrancaban los cabellos; y la turba las rodeaba llorando. Y hubieran permanecido delante de las puertas todo el día, hasta la puesta del sol, derramando lágrimas por Héctor, si el anciano no les hubiese dicho desde el carro: «Haceos a un lado para que yo pase con las mulas; y una vez lo haya conducido al palacio, os hartareis de llanto». Así habló; y ellos, apartándose, dejaron que pasara el carro.

Dentro ya del magnífico palacio, pusieron el cadáver en torneado lecho e hicieron sentar a su alrededor cantores que preludiaran el treno: estos cantaban dolientes querellas, y las mujeres respondían

con gemidos. Y en medio de ellas Andrómaca, la de níveos brazos, que sostenía con las manos la cabeza de Héctor, matador de hombres, dio comienzo a las lamentaciones, exclamando: «¡Marido! Saliste de la vida cuando aún eras joven, y me dejas viuda en el palacio. El hijo que nosotros, ¡infelices, hemos engendrado, es todavía infante y no creo que llegue a la mocedad; antes será la ciudad arruinada desde su cumbre, porque has muerto tú que eras su defensor, el que la salvaba, el que protegía a las venerables matronas y a los tiernos infantes. Pronto se las llevarán en las cóncavas naves y a mí con ellas. Y tú, hijo mío, o me seguirás y tendrás que ocuparte en oficios viles, trabajando en provecho de un amo cruel; o algún aqueo te cogerá de la mano y te arrojará de lo alto de una torre, ¡muerte horrenda!, irritado porque Héctor le matara el hermano, el padre o el hijo; pues muchos aqueos mordieron la vasta tierra a manos de Héctor. No era blando tu padre en la funesta batalla, y por esto le lloran todos en la ciudad. ¡Oh Héctor! Has causado a tus padres llanto y dolor indecibles, pero a mí me aguardan las penas más graves. Ni siquiera pudiste, antes de morir, tenderme los brazos desde el lecho, ni hacerme saludables advertencias que hubiera recordado siempre, de noche y de día, con lágrimas en los ojos».

Así dijo llorando, y las mujeres gimieron. Y entre ellas, Hécuba empezó a su vez el funeral lamento: «¡Héctor, el hijo más amado de mi corazón! No puede dudarse de que en vida fueras caro a los dioses, pues no se olvidaron de ti en el fatal trance de la muerte. Aquiles, el de los pies ligeros, a los demás hijos míos que logró coger, los vendió al otro lado del mar estéril, en Samos, Imbros o Lemnos, de escarpada costa; a ti, después de arrancarte el alma con el bronce de larga punta, te arrastraba muchas veces en torno del sepulcro de su compañero Patroclo, a quien mataste, mas no por esto resucitó a su amigo. Y ahora yaces en el palacio, tan fresco como si acabaras de morir y semejante a Apolo, el del argénteo arco, mata con sus suaves flechas».

Así habló, derramando lágrimas, y excitó en todos vehemente llanto. Y Helena fue la tercera en dar principio al funeral lamento: «¡Héctor, el cuñado más querido de mi corazón! Mi marido, el deiforme Alejandro, me trajo a Troya, ¡ojalá me hubiera muerto antes!; y en los veinte años que van transcurridos desde que vine y

abandoné la patria, jamás he oído de tu boca una palabra ofensiva o grosera; y si en el palacio me increpaba alguno de los cuñados, de las cuñadas o de las esposas de aquellos, o la suegra —pues el suegro fue siempre cariñoso como un padre— contenías su enojo aquietándolos con tu afabilidad y tus suaves palabras. Con el corazón afligido lloro a la vez por ti y por mi desgracia; que ya no habrá en la vasta Troya quien me sea benévolo ni amigo, pues todos me detestan». Así dijo llorando, y la inmensa muchedumbre prorrumpió en gemidos. Y el anciano Príamo dijo al pueblo: «Ahora, troyanos, traed leña a la ciudad y no temáis ninguna emboscada por parte de los argivos; pues Aquiles, al despedirme en las negras naves, me prometió no causarnos daño hasta que llegue la duodécima aurora».

Así dijo. Pronto la gente del pueblo, unciendo a los carros bueyes y mulas, se reunió fuera de la ciudad. Por espacio de nueve días acarrearon abundante leña; y cuando por décima vez apuntó la aurora, que trae la luz a los mortales, sacaron llorando el cadáver del audaz Héctor, lo pusieron en lo alto de la pira, y le prendieron fuego. Mas así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, se congregó el pueblo en torno de la pira del ilustre Héctor. Y cuando todos acudieron y se hubieron reunido, apagaron con negro vino la parte de la pira a que la violencia del fuego había alcanzado; y seguidamente los hermanos y los amigos, gimiendo y corriéndoles las lágrimas por las mejillas, recogieron los blancos huesos y los colocaron en una urna de oro, envueltos en fino velo de púrpura. Depositaron la urna en el hoyo, que cubrieron con muchas y grandes piedras, y erigieron el túmulo. Habían puesto centinelas por todos lados, para no ser sorprendidos si los aqueos, de hermosas grebas[21], los acometían. Levantado el túmulo, se volvieron; y, reunidos después en el palacio del rey Príamo, alumno de Zeus, celebraron un espléndido banquete fúnebre. Así hicieron las honras de Héctor, domador de caballos.

El encuentro entre Aquiles y Helena

Hélène Waysbord se identifica con la Helena que causó la guerra de Troya y menciona el encuentro entre ella y Aquiles. Este no aparece en los textos homéricos, pero en el resumen del poema perdido Las ciprias, se habla de un encuentro entre Helena y Aquiles durante la guerra de Troya:

Aquiles desea ver a Helena, así que Afrodita y Tetis conciertan un encuentro.

Proclo, Resumen de las Ciprias

También se dice que, tras su muerte, Aquiles se casó con Helena y que vivieron felices en la Isla de Leuce, la hoy tristemente célebre Isla de las serpientes ucraniana; o al menos eso contaba un tal Leónimo:

Cuando al cabo del tiempo regresó curado de Leuce, afirmaba que había visto a Aquiles, a Áyax, hijo de Oileo, y a Áyax, hijo de Telamón, y que con ellos estaban también Patroclo y Antíloco, y que Helena estaba casada con Aquiles.

Pausanias, Descripción de Grecia: Laconia

Odisea

Los lotófagos y la isla del olvido

Ulises detiene su barco en la isla de los lotófagos y sus hombres, tras probar el fruto del loto, ya no quieren irse de allí:

Desde allí dañosos vientos me llevaron nueve días por el ponto, abundante en peces; y al décimo arribamos a la tierra de los lotófagos, que se alimentan con un florido manjar. Saltamos en tierra, hicimos aguada y pronto los compañeros empezaron a comer junto a las veleras naves. Y después que hubimos gastado los alimentos y la bebida, envié algunos compañeros —dos varones a quienes escogí e hice acompañar por un tercero que fue un heraldo — para que averiguaran cuáles hombres comían el pan en aquella tierra. Se fueron pronto y se juntaron con los lotófagos, que no tramaron ciertamente la perdición de nuestros amigos; pero les dieron a comer loto, y cuantos probaban este fruto, dulce como la miel, ya no querían llevar noticias ni volverse; antes deseaban permanecer con los lotófagos, comiendo loto, sin acordarse de volver a la patria. Mas yo los llevé por fuerza a las cóncavas naves y, aunque lloraban, los arrastré e hice atar debajo de los bancos. Y mandé que los restantes fieles compañeros entrasen luego en las veloces embarcaciones: no fuera que alguno comiese loto y no pensara en la vuelta. Lo hicieron enseguida y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron a batir con los remos el espumoso mar.

La isla del sol

En su regreso a Ítaca, los hombres de Ulises quieren detener el barco en la Isla del Sol, pero él les dice que no deben hacerlo:

Después que nos hubimos escapado de aquellas rocas, de la horrenda Caribdis y de Escila, llegamos muy pronto a la intachable isla del dios, donde estaban las hermosas vacas de ancha frente, y muchas pingües ovejas del Sol, hijo de Hiperión. Desde el mar, en la negra nave, oí el mugido de las vacas encerradas en los establos y el balido de las ovejas, y me acordé de las palabras del vate ciego Tiresias el tebano, y de Circe de Eea, los cuales me encargaron reiteradamente que huyese de la isla del Sol, que alegra a los mortales. Y entonces, con el corazón afligido, dije a los compañeros: «Oíd mis palabras, amigos, aunque padezcáis tantos males, para que os revele los oráculos de Tiresias y de Circe de Eea, los cuales me encargaron reiteradamente que huyese de la isla del Sol, que alegra a los mortales, diciendo que allí nos aguarda el más terrible de los infortunios. Por tanto, encaminad el negro bajel por fuera de la isla». Así les dije. A todos se les partía el corazón.

Los marineros suplican poder quedarse en la isla, prometiendo que no tocarán los ganados del sol, pero el hambre les impulsa a devorar las vacas, cuyos trozos de carne «oían gritar en sus manos», como dice Waysbord:

Los cueros serpeaban, las carnes asadas y las crudas mugían en los asadores, y se dejaban oír voces como de vacas.

Ulises y las sirenas

La diosa Circe le cuenta a Ulises cómo no perecer al atravesar las rocas que habitan las sirenas y le sugiere un truco que le permitirá escuchar ese canto tentador al que nadie ha sobrevivido:

Así, pues, se han llevado a cumplimiento todas estas cosas. Oye ahora lo que voy a decir y un dios en persona te lo recordará más tarde. Llegarás primero a las sirenas, que encantan a cuantos hombres van a su encuentro. Aquel que imprudentemente se acerca a ellas y oye su voz, ya no vuelve a ver a su esposa ni a sus hijos pequeñuelos rodeándole, llenos de júbilo, cuando torna a sus hogares; sino que le hechizan las sirenas con el sonoro canto, sentadas en una pradera y teniendo a su alrededor enorme montón de huesos de hombres putrefactos cuya piel se va consumiendo. Pasa de largo y tapa las orejas de tus compañeros con cera blanda, previamente adelgazada, a fin de que ninguno las oiga; más si tú deseares oírlas, haz que te aten en la velera embarcación de pies y manos, derecho y arrimado a la parte inferior del mástil, y que las sogas se liguen al mismo; y así podrás deleitarte escuchando a las sirenas. Y caso de que supliques o mandes a los compañeros que te suelten, que te aten con más lazos todavía.

Cuando llegan a los dominios de las sirenas, Ulises no olvida el consejo de Circe:

La nave bien construida llegó muy presto a la isla de las sirenas,

pues la empujaba favorable viento. Desde aquel instante se echó el viento y reino sosegada calma, pues algún numen adormeció las olas. Se levantaron mis compañeros, amainaron las velas y las pusieron en la cóncava nave; y, habiéndose sentado nuevamente en los bancos, emblanquecían el agua, agitándola con los remos de pulimentado abeto. Tomé al instante un gran pan de cera y lo partí con el agudo bronce en pedacitos, que me puse luego a apretar con mis robustas manos. Pronto se calentó la cera, porque hubo de ceder a la gran fuerza y a los rayos del soberano Sol Hiperiónida, y fui tapando con ella los oídos de todos los compañeros. Me ataron estos en la nave, de pies y manos, derecho y arrimado a la parte inferior del mástil; ligaron las sogas al mismo, y, sentándose en los bancos, tornaron a batir con los remos el espumoso mar. Hicimos andar la nave muy rápidamente, y, al hallarnos tan cerca de la orilla que allá pudieran llegar nuestras voces, no se les encubrió a las sirenas que la ligera embarcación navegaba a poca distancia y empezaron un sonoro canto: «¡Ah, célebre Odiseo, gloria insigne de los aqueos! Acércate y detén la nave para que oigas nuestra voz. Nadie ha pasado en su negro bajel sin que oyera la suave voz que fluye de nuestra boca; sino que se van todos después de recrearse con ella, sabiendo más que antes; pues sabemos cuántas fatigas padecieron en la vasta Troya argivos y teucros, por la voluntad de los dioses, y conocemos también todo cuanto ocurre en la fértil tierra».

Esto dijeron con su hermosa voz. Se sintió mi corazón con ganas de oírlas, y moví las cejas, mandando a los compañeros que me desatasen; pero todos se inclinaron y se pusieron a remar. Y, levantándose al punto Perimedes y Eutíloco, me ataron con nuevos lazos, que me sujetaban más reciamente. Cuando dejamos atrás las sirenas y ni su voz ni su canto se oían ya, se quitaron mis fieles compañeros la cera con que había yo tapado sus oídos y me soltaron las ligaduras.

Ulises habla con el alma de Aquiles

Waysbord reproduce íntegramente la conversación entre Aquiles y el alma de Ulises, que aquí ofrecemos en la versión en español de Luis Segalá Estalella:

Derramando copiosas lágrimas, vinieron las almas de Aquiles Pelida, de Patroclo, del intachable Antíloco y de Áyax, que fue el más excelente de todos los dánaos en cuerpo y hermosura, después del eximio Pelión[22]. Me reconoció el alma del Eácida[23], el de los pies ligeros, y lamentándose me dijo estas aladas palabras: «¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! ¡Desdichado! ¿Qué otra empresa mayor que las pasadas revuelves en tu pecho? ¿Cómo te atreves a bajar a la mansión de Hades, donde residen los muertos, que están privados de sentido y son imágenes de los hombres que ya fallecieron?». Así se expresó; y le respondí diciendo: «¡Oh Aquiles, hijo de Peleo, el más valiente de los aqueos! Vine por el oráculo de Tiresias, a ver si me daba algún consejo para llegar a la escabrosa Ítaca; que aún no me acerqué a la Acaya, ni entré en mi tierra, sino que padezco infortunios continuamente. Pero tú, oh Aquiles, eres el más dichoso de todos los hombres que nacieron y han de nacer, puesto que antes, cuando vivías, los argivos te honrábamos como a una deidad, y ahora, estando aquí, imperas poderosamente sobre los difuntos. Por lo cual, oh Aquiles, no has de entristecerte porque estés muerto». Así le dije; y me contestó enseguida: «No intentes consolarme de la muerte, esclarecido Ulises: preferiría ser labrador y servir a otro, a un hombre indigente que tuviera poco caudal para mantenerse, que reinar sobre todos los muertos».

Tiresias predice que el viaje de Ulises continuará tras Ítaca

Ulises, que está contando su historia al rey Alcínoo en la tierra de los feacios, recuerda cómo convocó a las almas de los muertos, ofreciéndoles sangre:

Vino luego el alma de mi difunta madre Anticlea, hija del magnánimo Autólico; a la cual dejara yo viva cuando partí para la sagrada Ilión. Lloré al verla, compadeciéndola en mi corazón; mas con todo eso, a pesar de sentirme muy afligido, no permití que se acercara a la sangre antes de interrogar a Tiresias. Vino después el alma de Tiresias, el tebano, que empuñaba áureo cetro. Me conoció, y me habló de esta manera: «¡Laertíada, de jovial linaje! ¡Ulises, fecundo en recursos! ¿Por qué, oh infeliz, has dejado la luz del sol y vienes a ver a los muertos y esta región desapacible? Apártate del hoyo y retira la aguda espada, para que, bebiendo sangre, te revele la verdad de lo que quieras».

Tal dijo. Me aparté y metí en la vaina la espada guarnecida de argénteos clavos. El eximio vate bebió la negra sangre, y me habló al punto con estas palabras: «Buscas la dulce vuelta, preclaro Ulises, y un dios te la hará difícil; pues no creo que le pases inadvertido al que sacude la tierra, quien te guarda rencor en su corazón, porque se irritó cuando le cegaste el hijo. Pero aún llegaríais a la patria, después de padecer trabajos, si quisieras contener tu ánimo y el de tus compañeros así que ancles la bien construida embarcación en la isla Trinacria, escapando del violáceo ponto, y halléis paciendo las vacas y las pingües ovejas del sol, que todo lo ve y todo lo oye. Si las dejases indemnes, ocupándote tan solo en preparar tu vuelta, aún llegaríais a Ítaca, después de soportar muchas fatigas; pero, si les causases daño, desde ahora te anuncio la perdición de la nave y

la de tus amigos. Y aunque tú te libres, llegarás tarde y mal, habiendo perdido todos los compañeros, en nave ajena, y hallarás en tu palacio otra plaga: unos hombres soberbios, que se comen tus bienes y pretenden a tu divinal consorte, a la cual ofrecen regalos de bodas. Tú, en llegando, vengarás sus demasías».

Finalmente, Tiresias le anuncia que sus viajes no acabarán en Ítaca:

Mas, luego que en tu mansión hayas dado muerte a los pretendientes, ya con astucia, ya cara a cara con el agudo bronce, toma un manejable remo y anda hasta que llegues a aquellos hombres que nunca vieron el mar, ni comen manjares sazonados con sal, ni conocen las naves de encarnadas proas, ni tienen noticia de los manejables remos que son como las alas de los buques. Para ello te diré una señal muy manifiesta, que no te pasará inadvertida. Cuando encuentres otro caminante y te diga que llevas un aventador sobre el gallardo hombro, clava en tierra el manejable remo, haz al soberano Posidón hermosos sacrificios de un carnero, un toro y un verraco, y vuelve a tu casa, donde sacrificarás sagradas hecatombes a las deidades que poseen el anchuroso cielo, a todas por su orden. Te vendrá más adelante y lejos del mar, una muy suave muerte, que te quitará la vida cuando ya estés abrumado por placentera vejez; y a tu alrededor los ciudadanos serán dichosos. Cuanto te digo es cierto.

«Ulises soy yo»

En la tierra de los feacios, en la corte de Alcínoo, acogen al náufrago al que la hija del rey Nausícaa ha encontrado. Le prometen llevarlo en barco a su tierra y le ofrecen un banquete de homenaje, en el que el cantor ciego Demódoco cantará las historias de la guerra de Troya. Nadie sabe que el forastero es Ulises. Demódoco cuenta una disputa entre Aquiles y él, que lo emociona:

Tal era lo que cantaba el ínclito aedo. Ulises tomó con sus robustas manos el gran manto de color de púrpura y se lo echó por encima de la cabeza, cubriendo su faz hermosa, pues le daba vergüenza que brotaran lágrimas de sus ojos delante de los feacios; y así que el divinal aedo dejó de cantar, se enjugó las lágrimas, se quitó el manto de la cabeza y, asiendo una copa doble, hizo libaciones a las deidades. Pero, cuando aquel volvió a comenzar —habiéndole pedido los más nobles feacios que cantase, porque se deleitaban con sus relatos— Ulises se cubrió nuevamente la cabeza y tornó a llorar. A todos les pasó inadvertido que derramara lágrimas menos a Alcínoo; el cual, sentado junto a él, lo advirtió y notó, oyendo asimismo que suspiraba profundamente. Y entonces dijo el rey a los feacios, amantes de manejar los remos: «¡Oídme, caudillos y príncipes de los feacios! Como ya hemos gozado del común banquete y de la cítara, que es la compañera del festín espléndido, salgamos a probar toda clase de juegos; para que el huésped participe a sus amigos, después que se haya restituido a la patria, cuanto superamos a los demás hombres en el pugilato, la lucha, el salto y la carrera».

Tras los juegos, en los que Ulises asombra a todos, vuelve el cantor Demódoco y Ulises le pide que cante para todos cómo fue conquistada Troya. Es aquí, como nos recuerda Waysbord, y no en la Ilíada, donde conocemos la estratagema del caballo de madera:

Tal fue lo que cantó el eximio aedo; y en tanto se consumía Ulises, y las lágrimas manaban de sus párpados y le regaban las mejillas. De la suerte que una mujer llora, abrazada a su marido que cayó delante de su población y de su gente para que se libraran del día cruel la ciudad y los hijos— al verlo moribundo y palpitante se le echa encima y profiere agudos gritos, los contrarios la golpean con las picas en el dorso y en las espaldas trayéndole la esclavitud a fin de que padezca trabajos é infortunios, y el dolor miserando deshace sus mejillas—; de semejante manera Ulises derramaba de sus ojos tantas lágrimas que movía á compasión. A todos les pasó inadvertido que vertiera lágrimas menos a Alcínoo; el cual, sentado junto a él, lo advirtió y notó, oyendo asimismo que suspiraba profundamente. Y enseguida dijo a los feacios, amantes de manejar los remos: «¡Oídme, caudillos y príncipes de los feacios! Cese Demódoco de tocar la melodiosa cítara, pues quizás lo que canta no les sea grato a todos los oyentes. Desde que empezamos la cena y se levantó el divinal aedo, el huésped no ha dejado de verter doloroso llanto: sin duda le vino al alma algún pesar. Mas, ea, cese aquel para que nos regocijemos todos, así los albergadores del huésped como el huésped mismo; que es lo mejor que se puede hacer, ya que por el venerable huésped se han preparado estas cosas, su conducción y los dones que le hemos hecho en demostración de aprecio. Como a un hermano debe tratar al huésped y al suplicante, quien tenga un poco de sensatez. Y así no has de ocultar tampoco con astuto designio lo que voy a preguntarte, sino que será mucho mejor que lo manifiestes. Dime el nombre con que en tu población te llamaban tu padre y tu madre, los habitantes de la ciudad y los vecinos de los alrededores; que ningún hombre bueno o malo deja de tener el suyo desde que ha nacido, porque los padres lo imponen a cuantos engendran. Nómbrame también tu país, tu pueblo y tu

ciudad, para que nuestros bajeles, proponiéndose cumplir tu propósito con su inteligencia, te conduzcan allá; pues entre los feacios no hay pilotos, ni sus naves están provistas de timones como los restantes barcos, sino que ya saben ellas los pensamientos y el querer de los hombres, conocen las ciudades y los fértiles campos de todos los países, atraviesan rápidamente el abismo del mar, aunque cualquier vapor o niebla las cubra, y no sienten temor alguno de recibir daño o de perderse; si bien oí decir a mi padre Nausítoo que Posidón nos mira con malos ojos porque conducimos sin recibir daño a todos los hombres, y afirmaba que el dios haría naufragar en el oscuro ponto un bien construido bajel de los feacios, al volver de conducir a alguien, y cubriría la vista de la ciudad con una gran montaña. Así se expresaba el anciano; mas el dios lo cumplirá o no, según le plazca. Ea, habla y cuéntame sinceramente por dónde anduviste perdido y a qué regiones llegaste, especificando qué gentes y qué ciudades bien pobladas había en ellas; así como también cuáles hombres eran crueles, salvajes e injustos y cuáles hospitalarios y temerosos de los dioses.

Dime por qué lloras y te lamentas en tu ánimo cuando oyes referir el azar de los argivos, de los dánaos y de Ilión. Se lo dieron las deidades, que decretaron la muerte de aquellos hombres para que sirvieran a los venideros de asunto para sus cantos. ¿Acaso perdiste delante de Ilión algún deudo como tu yerno ilustre o tu suegro, que son las personas más queridas después de las ligadas con nosotros por la sangre y el linaje? ¿O fue, por ventura, un esforzado y agradable compañero; ya que no es inferior a un hermano el compañero dotado de prudencia?».

Le respondió el ingenioso Ulises: «¡Rey Alcínoo, el más esclarecido de todos los ciudadanos! En verdad que es hermoso oír a un aedo como este, cuya voz se asemeja a la de un numen. No creo que haya cosa tan agradable como ver que la alegría reina en el pueblo y que los convidados, sentados ordenadamente en el palacio ante las mesas abastecidas de pan y de carnes, escuchan al aedo, mientras el escanciador saca vino de la cratera y lo va echando en las copas. Tal espectáculo me parece bellísimo. Pero te movió el ánimo a desear que te cuente mis luctuosos infortunios, para que llore aún más y prorrumpa en gemidos. ¿Cuál cosa relataré en primer término, cuál en último lugar, siendo tantos los infortunios que me enviaron los

celestiales dioses? Ante todo, quiero deciros mi nombre para que lo sepáis y en adelante, después que me haya librado del día cruel, sea yo vuestro huésped, a pesar de vivir en una casa que está muy lejos. Soy Ulises Laertíada, tan conocido de los hombres por mis astucias de toda clase; y mi gloria llega hasta el cielo».

Tal fue lo que Ulises contó. Enmudecieron los oyentes y, arrobados por el placer de escucharlo, se quedaron silenciosos en el oscuro palacio.

Ulises habla con su madre Anticlea en el Hades

Tras escuchar las palabras de Tiresias acerca del destino que le espera, Ulises pregunta cómo puede comunicarse con los muertos, pues su mayor deseo es hablar con su madre. El adivino le dice que deje a las almas beber la sangre que ha derramado para convocarlas.

Yo me estuve quedo hasta que vino mi madre y bebió la negra sangre. Me reconoció en el acto y me dijo entre sollozos estas aladas palabras: «¡Hijo mío! ¿Cómo has bajado en vida a esta obscuridad tenebrosa? Difícil es que los vivientes puedan contemplar estos lugares, separados como están por grandes ríos, por impetuosas corrientes y, antes que todo, por el Océano, que no se puede atravesar a pie sino en una nave bien construida. ¿Vienes acaso de Troya, después de vagar mucho tiempo con la nave y los amigos? ¿Aún no llegaste á Ítaca, ni viste a tu mujer en el palacio?».

Tal dijo; y yo le respondí de esta suerte: «¡Madre mía! La necesidad me trajo a la morada de Plutón, a consultar el alma de Tiresias el tebano; pero aún no me acerqué a la Acaya, ni entré en mi tierra, pues voy errante y padeciendo desgracias desde el punto que seguí al divino Agamenón hasta Ilión, la de hermosos corceles, para combatir con los troyanos. Mas, ea, habla y responde sinceramente: ¿Qué hado de la aterradora muerte te hizo sucumbir? ¿Fue una larga enfermedad, o Artemis, que se complace en tirar flechas, te mató con sus suaves tiros? Háblame de mi padre y del hijo que dejé, y cuéntame si mi dignidad real la conservan ellos o la tiene algún otro varón, porque se figuran que ya no he de volver. Revélame también la voluntad y el pensamiento de mi legítima esposa: si vive con mi hijo y todo lo guarda y mantiene en pie, o ya se casó con el mejor de los aqueos».

Así le hablé; y me respondió enseguida mi veneranda madre:

«Aquella continúa en tu palacio, con el ánimo afligido, y pasa los días y las noches tristemente, llorando sin cesar. Nadie posee aún tu hermosa autoridad real: Telémaco cultiva en paz tus heredades y asiste a decorosos banquetes, como debe hacerlo el varón que administra justicia, pues todos le convidan. Tu padre se queda en el campo, sin bajar a la ciudad, y no tiene lecho, ni cama, ni mantas, ni colchas espléndidas: sino que en el invierno duerme entre los esclavos de la casa, en la ceniza, junto al hogar, llevando miserables vestiduras; y, no bien llega el verano y el fructífero otoño, se le ponen por todas partes, en la fértil viña, humildes lechos de hojas secas, donde yace afligido y acrecienta sus penas deplorando tu suerte, además de sufrir las molestias de la senectud a que ha llegado. Así morí yo también, cumpliendo mi destino: ni la que con certera vista se complace en arrojar saetas[24], me hirió con sus suaves tiros en el palacio, ni me acometió enfermedad alguna de las que se llevan el vigor de los miembros por una odiosa consunción; antes bien la soledad que de ti sentía y el recuerdo de tus cuidados y de tu ternura, preclaro Ulises, me privaron de la dulce vida».

De tal modo se expresó. Quise entonces realizar el propósito, que formara en mi espíritu, de abrazar el alma de mi difunta madre. Tres veces me acerqué a ella, pues el ánimo me incitaba a abrazarla; tres veces se me fue volando de entre las manos como una sombra o un sueño. Entonces sentí en mi corazón un dolor que iba en aumento, y dije a mi madre estas aladas palabras: «¡Madre mía! ¿Por qué huyes cuando a ti me acerco, ansioso de asirte, a fin de que en la misma morada de Plutón nos echemos en brazos el uno del otro y nos saciemos de triste llanto? ¿Por ventura me envió esta vana imagen la ilustre Proserpina, para que se acrecienten mis lamentos y suspiros?».

»Así le dije; y al momento me contestó la veneranda madre: «¡Ay de mí, hijo mío, el más desgraciado de todos los hombres! No te engaña Perséfone, hija de Zeus, sino que esta es la condición de los mortales cuando fallecen: los nervios ya no mantienen unidos la carne y los huesos, pues los consume la viva fuerza de las ardientes llamas tan pronto como la vida desampara la blanca osamenta; y el alma se va volando, como un sueño. Mas, procura volver lo antes posible a la luz y sabe todas estas cosas para que luego las refieras a tu consorte».

El tapiz de Penélope

La estratagema de Penélope y su tapiz inacabable. Lo cuenta Anfimedonte, en el último canto de la Odisea, al rey Agamenón, cuando ya ambos habitan el reino de los muertos. Es lo que antiguamente se llamaba una analepsis y hoy flashback, que nos revela el momento en el que Ulises tomó venganza y masacró a los pretendientes de Penélope:

Pretendíamos a la esposa de Odiseo, ausente a la sazón desde largo tiempo, y ni rechazaba las odiosas nupcias ni quería celebrarlas, preparándonos la muerte y la negra Parca; y entonces discurrió en su inteligencia este nuevo engaño. Se puso a tejer en el palacio una gran tela sutil e interminable, y a la hora nos habló de esta guisa: «¡Jóvenes, pretendientes míos! Ya que ha muerto el divinal Odiseo, aguardad, para instar mis bodas, que acabe este lienzo —no sea que se me pierdan inútilmente los hilos—, a fin de que tenga sudario el héroe Laertes cuando le alcance la Parca fatal de la aterradora muerte. ¡No se me vaya a indignar alguna de las aqueas del pueblo, si ve enterrar sin mortaja a un hombre que ha poseído tantos bienes!». Así dijo, y nuestro ánimo generoso se dejó persuadir. Desde aquel instante pasaba el día labrando la gran tela, y por la noche, tan luego como se alumbraba con antorchas, deshacía lo tejido. De esta suerte logró ocultar el engaño y que sus palabras fueran creídas por los aqueos durante un trienio; más, así que vino el cuarto año y volvieron a sucederse las estaciones, después de transcurrir los meses y de pasar muchos días, nos lo reveló una de las mujeres, que conocía muy bien lo que pasaba, y sorprendimos a Penélope destejiendo la espléndida tela. Así fue como, mal de su grado, se vio en la necesidad de acabarla. Cuando, después de tejer y lavar la gran tela, nos mostró aquel lienzo que se asemejaba al sol o a la luna, funesta deidad trajo a Odiseo de alguna parte a los confines del campo donde el porquero tenía su morada».

Las puertas de cuerno y marfil

Waysbord recuerda el extraño pasaje en el Ulises duerme en el barco que le lleva a Ítaca, y alude al pasaje en el que Homero nos habla de las dos puertas de ébano y marfil por las que entran (o de las que salen) los sueños. Es Penélope quien se lo explica a un anciano forastero en el que todavía no reconoce a su esposo Ulises, tras contarle un sueño que ella misma ha tenido:

¡Forastero! Hay sueños inescrutables y de lenguaje oscuro, y no se cumple todo lo que anuncian a los hombres. Hay dos puertas para los leves sueños: una, construida de cuerno; y otra de marfil. Los que vienen por el bruñido marfil nos engañan, trayéndonos palabras sin efecto; y los que salen por el pulimentado cuerno anuncian, al mortal que los ve, cosas que realmente han de verificarse. Mas no me figuro yo que mi terrible sueño haya salido por el último, que nos fuera muy grato a mí y a mi hijo.

Virgilio recogió la imagen en su Eneida y se ha repetido a través de los siglos una y otra vez, en especial en Francia, como en la novela de Gerard de Nerval Aurelia o El sueño y la vida:

No pude romper sin un estremecimiento esas puertas de marfil o cuerno que nos separan del mundo invisible.

El tálamo nupcial de Ulises y Penélope

Tras la matanza de los pretendientes, Ulises se reúne por fin con su esposa Penélope, pero ella, escarmentada por las argucias de hombres y dioses, todavía desconfía y pone a prueba a su ingenioso marido:

«Ve, Euriclea, y ponle la fuerte cama en el exterior de la sólida habitación que construyo el mismo: sácale allí la fuerte cama y aderézale el Lecho con pieles, mantas y colchas esplendidas». Habló de semejante modo para probar a su marido; pero Odiseo, irritado, le dijo a la honesta esposa: «¡Oh mujer! En verdad que me da gran pena lo que has dicho. ¿Quién me habrá trasladado el lecho? difícil le fuera hasta al más hábil, si no viniese un dios a cambiarlo fácilmente de sitio; mas ninguno de los mortales que hoy viven, ni aun de los más jóvenes, lo movería con facilidad, pues hay una gran señal en el labrado lecho que hice yo mismo y no otro alguno. Creció dentro del patio un olivo de alargadas hojas, robusto y floreciente, que tenía el grosor de una columna. En torno suyo labré las paredes de mi cámara, empleando multitud de piedras; la cubrí con excelente techo y la cerré con puertas sólidas, firmemente ajustadas. Después corté el ramaje de aquel olivo de alargadas hojas; pulí con el bronce su tronco desde la raíz, haciéndolo diestra y hábilmente; lo enderecé por medio de un nivel para convertirlo en pie de la cama, y lo taladré todo con un barreño. Comenzando por este pie, fui haciendo y pulimentando la cama hasta terminarla; la adorné con oro, plata y marfil; y extendí en su parte interior unas vistosas correas de piel de buey, teñidas de purpura. Tal es la señal que te doy; pero ignoro, oh mujer, si mi lecho sigue incólume o ya lo trasladó alguno, habiendo cortado el pie de olivo».

Así le dijo; y Penélope sintió desfallecer sus rodillas y su corazón, al reconocer las señales que Odiseo daba con tal certidumbre. Al punto corrió a su encuentro, derramando lagrimas; le echó los brazos alrededor del cuello, le besó en la cabeza y le dijo: «No te enojes conmigo, Odiseo, ya que eres en todo el más circunspecto de los hombres; y las deidades nos enviaron la desgracia y no quisieron que gozásemos juntos de nuestra mocedad, ni que juntos llegáramos al umbral de la vejez. Pero no te enfades conmigo, ni te irrites si no te abracé, como ahora, tan luego como estuviste en mi presencia; que mi ánimo, acá dentro del pecho, temía horrorizado que viniese algún hombre a engañarme con sus palabras, pues son muchos los que traman perversas astucias».

Eneas sale de Troya cargando a su padre a la espalda

Waysbord se refiere al momento en el que Eneas, tras la caída de Troya, huye de la ciudad llevando en los hombros a su padre Anquises. La escena no se relata en los textos homéricos ni en las primeras tradiciones, según las que Eneas se convirtió en esclavo del hijo de Aquiles, o bien que reinó en Troya. Pero en la tradición romana y en la Eneída de Virgilio, esta es una de las escenas más recordadas, cuando Troya arde y Eneas huye cargando con su padre a hombros y llevando de la mano a su hijo Ascanio:

Ya se percibe más intenso el crepitar del fuego por la ciudad y las llamas van rodando más cerca su ardiente borbollón. Ea, padre querido, monta sobre mi cuello. Te sostendré en mis hombros. No va a agobiarme el peso de esta carga. Y pase lo que pase, uno ha de ser el riesgo, una la salvación para los dos.

[1] Hace referencia al episodio llamado Vel d'Hiv, nombre que se le dio al Velodrome d'Hiver (Velódromo de Invierno). Fue el lugar de París en el que la policía y las autoridades francesas concentraron a gran número de judíos extranjeros y apátridas tras las redadas que habían realizado en la ciudad. Después de cinco días, los detenidos fueron trasladados a campos de tránsito y después a Auschwitz, donde la gran mayoría de ellos fueron asesinados. (N. del T.)

[2] Asignatura que proponía ofrecer al alumno la oportunidad de aprender mediante la observación directa de los objetos; su objetivo era servir de complemento a una educación basada estrictamente en libros y conceptos abstractos. Estuvo muy en boga entre los pedagogos franceses, así como de otros países, desde la segunda mitad del siglo XIX. (N. del E.)

[3] Se trata de la canción La romance de Paris, cantada entonces por Charles Trenet. (N. del T.)

[4] Despectivamente se les canta a los parisinos: «Parisino, cara de perro, parisino cara de ternero» (N. del T.)

[5] Traducción de Mariano Valverde Sánchez. Gredos, Madrid.

[6] Con ponto los griegos se referían al mar.

[7] Los mirmidones son el pueblo al que gobierna Aquiles, en Tesalia.

[8] Aquiles es "Eácida" por ser nieto de Eáco.

[9] La hija de Briseo es Briseida Agamenón, al verse obligado a renunciar a su esclava Criseida, se apodera de la de Aquiles, Briseida.

[10] Zeus, el hijo de Crono.

[11] Diomedes, por ser hijo de Tideo.

[12] La égida es la coraza de Atenea, hecha con la piel de la cabra Amaltea y la cabeza de Medusa.

[13] Los dánaos y aqueos son los griegos.

[14] Febo Apolo.

[15] Solípedos: de un solo dedo, por la pezuña de los caballos.

[16] Los teucros son los troyanos.

[17] Aquiles, por ser hijo de Peleo.

[18] Ilión es Troya: de ahí el nombre de Ilíada.

[19] Diosa que personifica la fatalidad.

[20] Deiforme,: de apariencia semejante a un dios.

[21] Protecciones, generalmente de cobre, para las piernas.

[22] Pelión: por Aquiles, hijo de Peleo (equivalente a Pelida)

[23] Aquiles, descendiente de Éaco.

[24] Ártemis.

Índice

Nota del editor

PRIMERA PARTE. Talón de Aquiles

Prólogo

Aquiles

La onda mnemónica

Calendario litúrgico

Los nombres

¿Héroe de su propia vida?

La mano que da

El origen del relato

En vías de extinción

Un sueño infantil

Cabeza de oro

El anillo de oro de Auschwitz

Reino de la sombra

Mirada póstuma

Retorno a Aurion

Níquel y cromo

La gran novela del mar

Las grandes sombras

Los destinos

Voces de papel

SEGUNDA PARTE. Selección de textos de la Ilíada

Ilíada

El talón de Aquiles

Invocación a la musa

Aquiles como hermosa muchacha en la corte de Licomedes

Aquiles enfadado en su tienda con Patroclo

Tetis consuela a Aquiles por la esclava Briseida

Helena describe a los griegos desde las murallas

Combates sangrientos en las llanuras de Troya

El caballo Janto predice la muerte de Aquiles

Lamentos de Aquiles por la muerte de Patroclo

El escudo de Aquiles

Lamentos por la muerte de Héctor

Patroclo muerto habla con Aquiles

Príamo rescata el cadáver de su hijo

Duelos, lamentos y funerales

El encuentro entre Aquiles y Helena

Odisea

Los lotófagos y la isla del olvido

La isla del sol

Ulises y las sirenas

Ulises habla con el alma de Aquiles

Tiresias predice que el viaje de Ulises continuará tras Ítaca

«Ulises soy yo»

Ulises habla con su madre Anticlea en el Hades

El tapiz de Penélope

Las puertas de cuerno y marfil

El tálamo nupcial de Ulises y Penélope

Eneas sale de Troya cargando a su padre a la espalda

Notas